ACANTILADO

Fulgencio Argüelles

Noches de luna rota

NOCHES DE LUNA ROTA

FULGENCIO ARGÜELLES

ACANTILADO
BARCELONA 2022

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Fulgencio Arguëlles Tuñón
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-19036-28-5

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
diciembre de 2022

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

A mis nietos, Claudia, Martina, Andrés y Matías, que me resucitan. A mis hijos, María, Tamar, Eduardo y Aida, que me tienen y me explican. A Micaela, que me regala el amor y el tiempo.

En el pueblo bajo hay un dolor taciturno y sufrido: se incrusta dentro y se mantiene en silencio. Pero también existe un dolor que estalla: rompe a llorar de pronto y se manifiesta en forma de letanía.

Somos capaces de reunir todas las contradicciones posibles y contemplar a la vez dos abismos: el abismo que está sobre nosotros, el abismo de los ideales sublimes, y ese otro abismo que se abre a nuestros pies, el abismo de la más mezquina y rastrera abyección.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI,
Los hermanos Karamázov

TRAGEDIAS GRIEGAS

—Recibí carta de mi madre y vengo a traerte sus saludos y su deseo sincero de que todo te vaya bien.

—Pasa.

—Ella está contenta, porque conoció a un viajante que le compra los manteles y las sábanas que borda, que ya sabes que siempre se le dio muy bien el hilo tendido, el punto de cruz y la cadeneta, y la vista la tiene como los gatos.

—Siéntate.

—Me dice que vuelva con ella, que allí hay labor para las dos, y tal vez acabe haciéndole caso. Aquí me siento algo sola, así que puede que vuelva con ella si encuentro a alguien que me compre la taberna, porque el futuro se me encoge cada día un poco más. Mozos apenas hay en el pueblo, entre los que cruzaron la mar, los que se llevó la guerra y los que andan furtivos por el monte ya se cuentan con los dedos de una mano los que quedan, Arbicio era uno de ellos y llevaba yo tiempo insinuándome a él en la taberna, y no es que me hiciera mucho caso, te lo digo como lo siento, pero alguna esperanza tenía, no te lo voy a ocultar, que la esperanza es el deseo de que ocurra algo hacedero, y lo era, por qué no, una es más normal de lo que aparenta, y también la esperanza es alivio, aunque si se prolonga en exceso puede conducir a la locura, eso me lo enseñó mi madre, pero esta esperanza se prolongó lo justo.

—¿Te pongo un café?

—Te lo agradezco.

—Tiene achicoria.

—Las preferencias de Arbicio se fueron hacia Jovita, mucho más joven y hermosa que yo, eso hasta un ciego lo distingue. Fue observar en la fiesta de San Roque cómo se miraban los dos, cuando ella le colocaba la corona de laurel como ganador del tiro de la cuerda, y reconocer yo al instante que terminarían casándose, que así es el amor, según dicen, que experiencia no tengo mucha, como bien sabes, pero me gusta leer, y he leído que amar es como jugarse la vida sin querer, como lanzarse a la mar de las intenciones en un barco sin velas y a la deriva, eso dicen los poetas, y también dicen que el amor

puede florecer una y otra vez, como las flores, y que nuestro natural sentir nos hará creer que siempre estamos sintiendo lo mismo, que siempre olemos la misma flor, deseamos el mismo cuerpo o admiramos idénticos comportamientos, y esto yo no lo entiendo muy bien, porque tonta no soy, aunque tampoco tengo estudios superiores, pero lo importante es que existen las flores y que también existen los hombres para que disfrutemos de unas y de otros, todos reconociéndonos e ilusionándonos, a base de amor y de flores, que las flores parecen siempre las mismas, como los hombres, pero no lo son, como tampoco nosotras somos las mismas cada vez que amamos, y ya te digo que experiencia de amor, en el sentido de la correspondencia, o sea de que a mí me amen, no tengo, pero sí que amé muchas veces, aunque nadie lo supo jamás. Ya ves, Dulce, en estas dudas ando y con estos pensamientos te vengo a distraer.

—El amor, querida Veredigna, es una experiencia religiosa y por eso mismo tiene tantos peligros, porque se fundamenta en la irracionalidad y conduce a los enamorados hacia la inconsciencia, cuando no hacia un abismo sin fondo, y, por si fuera poco, a quienes andamos enamoradas se nos trastorna el sentido de la felicidad, porque tendemos a pensar que ésta depende más de lo que se desea que de lo que se tiene. En varias ocasiones, como bien sabes, pasé por ello, así que sé de lo que te hablo.

—De eso no tengo duda.

—De mi marido Lázaro nunca estuve enamorada. Él era amigo de mi padre, que en paz descansen los dos, y me casaron con él cuando terminé la escuela. Fue bueno y paciente conmigo y murió demasiado pronto, antes incluso de que yo fuera consciente de lo que significaba estar casada con él, pero era un hombre instruido y previsor y me dejó arreglada la vida. No deberías sorprenderte si te digo que el amor, en ese sentido religioso e irracional del que te estoy hablando, lo descubrí con tu madre, cuando las dos nos quedamos viudas.

—¡Qué bueno está tu café!

—Ella fue mi primer amor, se podría decir así, y en las tardes que pasamos juntas, aquí mismo, nos descubrimos la una a la otra, aunque a veces dudo, te lo tengo que decir, si aquello fue amor o tal vez algún otro sentimiento al que nadie hasta ahora fue capaz de ponerle nombre, porque en muy poco se pareció a lo que sentí después por el desgraciado Juan Damasceno, padre de mi hijo, o a lo que ahora siento por Delmiro, pues en aquella relación con tu madre no había desesperación por esa especie de insatisfacción que se prolonga, ya que lo que teníamos delante lo tomábamos sin esperar nada más, y tampoco nunca sentimos cansancio por la satisfacción que a la mínima ocasión se repetía.

—Hablas tan bien, Dulce, que a veces ni te entiendo.

—Son tantos años leyendo las tragedias griegas…

—Mi madre nunca le puso nombre a aquello que os mantuvo tan unidas después de las muertes de Lázaro y de mi padre.

—Fue en aquel tiempo cuando le tomé tanto gusto a la lectura de las tragedias griegas. Me apasionan los argumentos tristes de los autores clásicos. Lázaro tenía una buena biblioteca, aunque él apenas le dedicaba tiempo a la lectura, siempre quiso ser una persona distinguida, y no por vanidad, tampoco por estupidez, sino por cumplir una especie de designio familiar, ya tenía algunos cargos de responsabilidad en hermandades y consejos, pero él decía que sólo eran honoríficos, y aspiraba a algún oficio gubernativo de mayor autoridad.

—Apenas me acuerdo de él.

—Pues eso decía, e iba camino de conseguirlo cuando lo alcanzó la muerte. Fue ahí mismo, hincado en el sillón de mimbre, debajo del tilo, mientras yo le preparaba en la cocina una compota de pera mosqueruela con canela en rama y vino de moscatel, que ya sabes, porque alguna vez te lo conté, que andaba muy postrado por la caída del caballo que había sufrido unas semanas antes, así que, como te digo, él buscaba la distinción, pero ambicioso no era, más bien se trataba de una vocación, como cumplir un sueño ancestral, quién no ha tenido algún sueño ancestral: llegar a volar como los pájaros, hablar con los familiares muertos o estar en dos lugares diferentes a la vez. Todos tenemos sueños de esa naturaleza.

—A mí me gustaría volverme invisible y atravesar las paredes y entrar por las noches en las habitaciones de la gente.

—Pues el sueño ancestral de Lázaro era convertirse en un hombre distinguido, aunque para mí ya lo era, yo siempre se lo decía, pero a él nunca le parecía suficiente. A su muerte me quedé desconcertada, no derramé una sola lágrima… Fue como si a la habitación en la que duermes cada noche le hubieran arrancado el techo, ya sabes, el tejado vuela de pronto y ahí te quedas tú, en tu cama de siempre mirando al cielo.

—Si no te importa, voy a servirme otro poco de café.

—Sentí mucho desamparo, aquí sola, en esta casa tan grande, y en un pueblo al que no me ataba ningún recuerdo, y apareció entonces el amor de tu madre. Ella tenía un poder especial para hacer de lo insignificante algo muy importante, y su belleza, que a la vez me trastornaba y me aliviaba, se convertía en un resplandor que conseguía resucitarme.

—Siempre fue un ser especial.

—Ella inventó un padrenuestro que rezábamos juntas en aquellas tardes de amor. Que no se vaya tu reino de nuestras vidas, decíamos al

unísono, y que se haga siempre nuestra propia voluntad. Era una oración hermosamente blasfema. No se te ocurra dejarnos sin este pan y déjanos caer en la tentación. Así éramos en aquella época. El deseo que sentíamos nos avergonzaba a las dos, eso es de ley que te lo diga, pero no podíamos dejar de satisfacerlo.

—Sé que fuisteis felices. Ella me lo repitió muchas veces.

—Fue poco tiempo, hasta que Juan Damasceno saltó la tapia y me declaró su amor. Fui infeliz demasiadas veces. Es como quemarse la piel… Duele mucho. Y hasta estando enamorada puedes sentir ese dolor, y es verdad que la piel vuelve a salir, pero la cicatriz ya se queda para siempre. En algunas ocasiones pienso en lo que pudo ser, y también eso me duele, ya sabes, esa palabra que no dijiste, o la caricia que te guardaste, o la pregunta que no te atreviste a enunciar.

—Eso lo entiendo.

—Somos vírgenes de la desgracia, Veredigna, como también del placer, porque, cuando una u otro llegan, parece que lo hicieran siempre por primera vez.

—Mi madre me decía que tenías pensamientos muy extraños, y no le faltaba razón, pero a mí me gusta mucho escucharlos.

—Hay pensamientos que son como cuerdas que te sujetan los brazos y los pies. En mi caso, ese pensamiento que te digo de lo que pudo ser y no fue es de los que más me atan.

—Eres una mujer con muchas experiencias.

—Más bien acumulo desgracias, querida Veredigna. Primero se me murió el marido casi entre las manos, así, de repente y sin que ni siquiera lo hubiera imaginado, y luego tu madre salió huyendo del fantasma de tu padre. Ella decía que se le aparecía por las noches para pedirle cuentas.

—Lo sigue diciendo.

—Nunca tomé en serio aquella preocupación, pero una mañana le dijo a su tío León, el que contaba cada noche las estrellas, que preparara la caballería, y los tres desaparecisteis del pueblo sin despedidas, sólo lo supo el castellano Pascual, que fue el que se quedó con la taberna, ni siquiera a mí me lo dijo, y eso me dolió… Vaya si me dolió…

—Es de razón.

—Y después fue lo de Juan Damasceno, ya lo sabes, la maldita mina me lo arrancó y ni siquiera llegó a conocer a su hijo. Y después llegó la guerra con tanta muerte y tanta desesperación, pero de eso sabes tanto como yo… Fueron años muy duros… Y cuando ya el pasado, con todas sus desgracias, se había instalado para siempre en esta casa, otro vino a saltar la tapia, aquel primero la saltó para no dar qué decir, y éste la saltó para robarme, y ciertamente que me robó,

vaya si me robó. Ya lo ves, un hombre que no tiene vida, un fugitivo que anda por el monte alargando una lucha en la que ya nadie cree. ¡Ay, Veredigna! Pienso que cualquier día me lo van a traer con los pies por delante.

—Los del monte son hombres muy valientes. A mí me gustaría mucho tener un amor en el monte.

—Eres muy joven, y esa ansia de vida que sientes te lleva a pensar contrariedades.

—¿Qué sabes del crimen que ocurrió hace años y del que estos días tanto se habla en la taberna?

—¿Por qué hablan ahora de ese crimen que ocurrió hace tanto tiempo?

—Mujer, se le casa un nieto, al criminal, quiero decir, y ya sabes cómo es la gente, hurgan en el pasado de los contrayentes, es la costumbre, y los consejos de don Carmelo, en este caso, no ayudan precisamente, pues recomendó, a causa de esa desgracia que aún sigue señalando a la familia, y tú debes saberlo, porque Delmiro es hijo del criminal, pues el cura, como te digo, recomendó una celebración sin músicas ni algarabías festivas, algo discreto, y también aconsejó que el traje de Jovita no fuera blanco.

—Este pueblo está perdido, Veredigna… ¡Qué tendrán que ver las zanahorias con los salmos al amanecer!

—Pues ya lo ves.

—Aquél fue un crimen como otros muchos que ocurrieron y seguirán ocurriendo. Un hombre borracho y corto de entendederas se lleva por delante a una mujer medrosa, servicial y sumisa, una mujer que empezó a morir el día que la casaron con ese Delio de los infiernos. Son ganas de hurgar en las heridas.

—Y que lo digas.

—Recuerdo bien aquel crimen, porque me hizo pensar en mi circunstancia. A mí también me habían casado con un hombre al que apenas conocía, y Lázaro fue bueno y respetuoso y paciente, ya lo sabes, pero también hubiera podido no serlo, hubiera podido ser borracho y maltratador, como tantos lo son, porque yo apenas sabía nada de él antes de la boda, y quiera Dios, querida niña, que al hombre al que un día te arrimes sea cariñoso y respetuoso contigo, asegúrate de conocerlo bien antes de tomar la decisión.

—Mira, Dulce, me voy a ir con mi madre.

—Lo dices muy convencida.

—Hay un arriero que está cansado de andar por los caminos y quiere comprarme la taberna. Es el que trae la miel y los pellejos de vino. No me da lo que yo pido, pero no me importa. Le voy a vender el negocio y me voy a ir con mi madre.

—Haces bien. En este pueblo siempre se respiró resignación por la tragedia, es la fe de los humildes, así se podría decir, la fe de quienes no tienen nada, salvo la esperanza de que la siguiente desgracia se retrase lo máximo posible. Estoy harta de este fatalismo del que tantas veces han conseguido contagiarme. Esto no es un pueblo, es una enfermedad. No quiero envejecer aquí mirándome a cada instante en el espejo por ver si me crece la hierba en la sombra de las arrugas. Tal vez también yo me vaya más pronto que tarde. Ahora que mi hijo no está, puede que me vaya a vivir a Francia.

—¿Delmiro te lo pidió?

—Todavía no, pero lo hará. Seguro que Efrén Alonso me compraría la casa. Aquí vivió su abuelo, que era el padre de Lázaro, porque no sé si sabías que Lázaro era tío de Efrén.

—No lo sabía, pero no me extraña, aquí todos son parientes.

—Así que, ahora que tiene influencias y posibles en abundancia, no dejará pasar la ocasión de recuperar la vieja casa de la familia. Y del resto de la hacienda seguiré cobrando las rentas, aunque sea desde Francia.

—Bien que le vendrá a la engreída de Digna Emerita vivir en la mejor casa del pueblo, habrá que verla, se inflará como un pavo real. Bueno, Dulce, te veo muy decidida a marchar, se lo voy a contar a mi madre en la próxima carta. Y también le voy a contar que muy pronto estaré con ella.

—Ay, hija, durante demasiado tiempo anduve muy perdida, ni la presencia de mi hijo hacía que me recuperara, ni siquiera él me conseguía retener, ni siquiera mi Santiago lograba arrancarme la pena, andaba a tientas por las cosas y las personas del pasado, ellas ahí, inmóviles, y yo atada a ellas como hipnotizada. Así era, te lo puedo asegurar, hasta que Delmiro saltó esa tapia. Él arrasó con todo, figúrate, él, que también venía del pasado, que vive en el pasado, porque la lucha del monte hace tiempo que ya es pasado, pues él consiguió que el futuro me sacudiera. Llegaron él y el futuro como una tromba de luz. La edad me acecha, traidora y amenazante, y tengo decidido que una buena dosis de delirio no me vendrá nada mal.

—Parece que anduvieras con los sentimientos a flor de piel.

—Justo cuando la vida se vuelve más complicada es cuando todo parece más sencillo, fíjate tú qué contradicción, como si ese mundo que llevaba años acorralándote, de pronto y sin venir a cuento, se hubiera puesto a tus pies.

—Digo yo que me podrías prestar alguna de esas tragedias griegas.

—Claro. Puedes empezar con *Antígona* y con *Electra*.

—¿De qué van?

—De apegos y desapegos, de amores y de muertes.

—¿No serán muy tristes?

—Claro, pero son tristezas que reconfortan y te obligan a pensar.

—¿Irás a la boda?

—Supongo que sí. Mandé aviso para que Jovita y Arbicio vengan a verme. Desde que llegué a este pueblo acostumbro a hacerles un regalo a los que se casan.

—¿Tú crees que los del monte bajarán?

—¿Por qué lo dices?

—Lo hablan en la taberna.

—¿A qué habrían de bajar?

—Mujer, a la boda. Sobran motivos. A Milvio se le casa la hija mayor y a tu Delmiro el sobrino.

—¡Quiera Dios que no lo hagan!

NOVIOS

—Ya sé que tú querrías músicas y tambores para la boda, pero mi padre y mis tías dicen que de ninguna manera, y tampoco don Carmelo está por la labor, pues sospecha que el espíritu de mi abuelo todavía anda falto de consideración. Yo esperaba que el abuelo se muriera mucho antes de que tú y yo nos comprometiéramos, pero sigue vivo, ahí abajo en el valle, en la casa de caridad que hay junto a las escombreras, así que también continúa vivo y presente el crimen que cometió.

—¿Tú te acuerdas de él?

—Muy poco. Son muchos años los que lleva sin venir al pueblo, primero en la cárcel y después con las monjas… Yo era muy pequeño cuando se lo llevaron preso. Mi padre es el único que lo visita, dice que lo hace porque es su deber hacerlo. A mí no me gusta que mi padre lo visite, porque el abuelo Delio nos jodió la vida a todos: a mi padre, a mis tías, a mi tío Delmiro, y sobre todo a mi abuela, claro, a ella sí que le jodió bien la vida. Y ahora, figúrate, también nos la está jodiendo a nosotros de alguna manera, pues no vamos a poder casarnos como se casa la gente normal, con músicas y tambores y voladores a la salida de la celebración, y tú sin tu vestido blanco, que puedo concebir lo de los festejos, pero lo de tu vestido no consigo entenderlo, porque el luto y la maldición son por parte de mi familia, no de la tuya, pero don Carmelo insiste en que, estando como están las cosas, no conviene desagradar a Dios, como si Dios tuviera tiempo de andar preocupándose por el color de los vestidos.

—¡Qué cosas tienes!

—En todo caso, lo deja a nuestra elección. Llevo días dándole vueltas, no vayas a pensar que no, pero no quiero que por una mala boda los demonios se nos metan dentro, que dice mi tía Raida que unos parientes de Orestes Tablón, el padre de Veredigna, se casaron sin consideración a las penas y a los pecados de la familia y sufrieron desgracia tras desgracia desde el día de la boda. Primero fueron desgracias pequeñas, hasta que, pasado un año, la mujer se puso de parto y el marido fue en busca de la partera, pero se desnucó al caerse del caballo, y la partera nunca llegó y se murieron desangradas la

madre y la criatura.

—¡Virgen Santa!

—Y ya sabes que a mí no me gusta creer en hechicerías, pero más vale carta de más que carta de menos, y no es plan de andar haciendo enemigos antes de tiempo, que bastante tenemos con lo que tenemos. Así que de esta manera es como están las cosas. Tú eres una mujer comprensiva y temerosa de Dios, y por eso me caso contigo, por eso y porque desde aquel día que te vi en la procesión de San Roque, ya va para tres años, con el vestido malva y el sombrero negro, me obsesioné contigo, y sabes bien lo mucho que me empeñé hasta conseguir tu aprobación, así que confío en que sepas entender los inconvenientes.

—Te aseguro, Arbicio, que a mí nada me importa el color del vestido que me vaya a poner para la boda, y, en cuanto a las supersticiones, te diré que no sé si creo o no creo en ellas, porque la verdad es que nunca me paré a pensarlo. A mí lo que tú digas me parece bien. Llevo tiempo soñando que tú y yo no somos dos, sino varios, tú y yo somos tú y yo en esos sueños, pero hay otros que están también en nosotros y no tienen estatura ni tienen rostro, así que supongo que esos otros que veo en los sueños serán los hijos que vayamos a tener.

—Seguro que sí…

—Con respecto a tu abuelo, mi madre dice que él se dejó apoderar por los demonios que rondan siempre a los hombres, el demonio del alcohol, y el de los celos, y también el demonio de la violencia, cuando no el de la política, que son muchos los demonios que acorralan a los hombres, según dice mi madre, y espero que tú sepas espantar esos demonios. Ella dice que para espantarlos es bueno tener siempre la casa limpia y no dejar que se formen telarañas, y regar el patio y las paredes con agua de romero.

—Pues no parece difícil…

—Mi abuelo Benicio ya casi no habla, fue perdiendo las ganas de hablar poco a poco, pero dice que te pareces mucho a tu abuelo Delio, y, cuando lo dice, a mí se me ablanda el cuerpo, como si me lloviera dentro, y mi madre le pregunta qué quiere decir, y él responde, nada, y ella insiste, dice usted lo que dice para protegerse por lo que pudiera venir, y él se calla, y no sé si mi abuelo está bien de la cabeza, porque se pasa las horas debajo del emparrado sacando astillas a un trozo de madera y sin dejar de mirar hacia el camino del cementerio. Mi madre le recrimina tanta pasividad y él le dice que se meta en sus asuntos, y que si quiere un hombre que trabaje que vaya a buscar al vago de su marido. Ya ves qué puede hacer mi padre, el pobre, fugado como anda por el monte desde hace años, desde que se encaró con aquel guardia que nos asesinó a la perra *Linda*, pero eso de sobra lo conoces, porque

tu tío Delmiro anda también en el grupo, que vaya vida que llevan, y no parece que tenga solución.

—Bien que lo sé…

—Así que mi abuelo anda resentido desde que su yerno tuvo que tirarse al monte, y se pasa la vida sentado y callado y deshaciendo los palos con la navaja, y también le dice a mi madre, cuando ella se mete con él, que a ver si no va a tener él tiempo ni siquiera para pensar. Anduvo muchos años en las minas del monte y ahora respira muy mal, y digo yo que será por eso que está más tranquilo cuando no se mueve.

—Pudiera ser.

—Antes a mi abuelo lo quería de verdad, pero ahora sólo le tengo lástima, y a mi padre no sé si lo quiero o no lo quiero, porque apenas lo veo y cuando alguna vez baja del monte es siempre de noche y sólo acierto a imaginarlo a la luz escasa de una vela.

—Sé bien que me parezco a mi abuelo, porque siempre me lo dijeron desde pequeño. También lo dicen de mi primo Paulino. Mi tía Raida, la que vive con nosotros, me lo decía cuando me bañaba y me vestía los domingos para llevarme a la ermita. A ella le gustaba enjabonarme y hacerme cosquillas. Por fuera eres igual que el demonio de tu abuelo, me decía, pero por dentro eres un ángel. Siempre me decía lo mismo. Y entonces todavía no se había cometido el crimen. No sé cómo alguien puede cometer un crimen. Supongo que se producirán desarreglos en la cabeza, como cuando te mareas y te desorientas y no sabes dónde agarrarte. A mí no me gusta matar ni siquiera a los bichos. No me gusta matar ni a los sapos ni a las lagartijas, tampoco a los caracoles, y mucho menos a los grillos.

—En eso nos parecemos.

—Sólo mato a los animales que puedo comer, y no porque me guste hacerlo, sino por la obligación de la supervivencia, que el mundo es así de cruel, así quiso Dios que ocurriera, unos comiéndose a los otros para sobrevivir, que también vaya ocurrencia, pero el crimen es otra cosa, el crimen es un trastorno de la voluntad y una malformación de la conciencia, lo decía el maestro Conrado, así que matar por matar no es bueno ni es natural, ni siquiera cuando las víctimas son las cucarachas o las hormigas. Siempre me gustó el ruido de los animales, es como si fuera la música del mundo. Me gusta meterme debajo del tilo a escuchar el zumbido de las abejas, y los silbos de los sapos que se juntan en el molino cuando alumbra la luna, y el graznido de los cuervos cuando buscan acomodo en los cables de la luz. Me gustan esos sonidos, Jovita, te lo digo a corazón abierto, hasta me gusta el ladrar de los perros y el alboroto de los gatos que lloran por las noches como si fueran niños recién nacidos, y cuando era pequeño matábamos algún bicho, no te voy a decir que no, pero a

mí siempre me entraban después los remordimientos.

—Ya sabes que sólo tengo un abuelo, las dos abuelas y el otro abuelo se me murieron, así que dice mi madre que, aunque el tiempo del luto está ya más que vencido, porque la última que murió fue mi abuela Lina, ya va para seis años, tampoco está mal por ese lado que mi vestido de novia no sea blanco. Además, somos pobres, y ella dice que no está bien que los pobres se casen de blanco. A mi abuelo le da mucho coraje cuando mi madre dice que somos pobres. Se le nota porque arroja lejos y con rabia el palo que está deshaciendo con la navaja, y tose, pero no dice nada. Le da coraje, porque él piensa que no somos pobres, porque tenemos una casa propia y no pasamos frío y todos los días tenemos algo que llevarnos a la boca.

—No le falta razón.

—Pero mi madre dice que eso no basta para dejar de ser pobres, y le enseña a mi abuelo los zapatos rotos de mis hermanas, y le enseña la alambrera oxidada del gallinero y también le enseña las barandas, ahora vacías y en otro tiempo cargadas de morcillas y de tiras saladas de tocino, y siempre termina diciendo, si no fuera por estos ojos que todavía ven para enhebrar la aguja y por estas manos mañosas para bordar las telas, si no fuera por eso ya le iba a decir yo a usted cómo iba a poder estarse ahí todo el día ocioso y de brazos caídos, que la comida no nos cae del cielo.

—Tu madre es una mujer resuelta.

—Cose para los ricos, y mis hermanas y yo la ayudamos cuando tiene muchos encargos. Ella quiere que mi abuelo compre una vaca, pero él sólo quiere seguir sentado debajo del emparrado, porque respira mal y prefiere estarse quieto para evitar el dolor de los pulmones, y mi madre le dice, usted la lleva a pastar y se sienta a vigilarla, tampoco hace falta que se mueva tanto y ya me ocuparé yo de los ordeños, y mi abuelo calla, pero, cuando mi madre insiste, él siempre termina diciendo, si tu marido fuera un hombre como Dios manda, no tendrías una vaca, tendrías todo un rebaño. Mi abuelo piensa que ya trabajó bastante, porque entró en las minas del carbón a los doce años, y por eso tiene los pulmones como los tiene, que de tantos agujeros parecen un colador. A mí me gustaría que tú y yo tuviéramos una vaca.

—No te digo que no, Jovita, no te digo que no, porque aunque el trabajo de carpintero me ocupa las mañanas y las tardes, siempre quedaría un hueco para atender al animal.

—¡Qué alegría me das!

—Tú podrías ordeñarla, y Laureano tiene una hacienda pequeña que no la atiende desde que murió Constantina, así que se la podríamos arrendar. Tal vez incluso nos la ceda sin cobrarnos renta, sólo con que se la mantengamos limpia. Está cercada con sebes bien

construidas, como no podría ser de otra forma al ser el propietario carpintero, así que sólo habría que llevar la vaca y dejarla pastando allí todo el día. Claro que sí, Jovita, claro que tendremos una vaca.

—Me hace mucha ilusión.

—Y tendremos muebles muy bien armados, hasta un armario con luna, que me anunció Laureano que será su regalo de boda.

—¡Qué detalle!

—Es un buen hombre Laureano, a mí me solucionó la vida, porque me enseñó un oficio decente y me evitó la malaventura de entrar en la mina. Mi padre nunca quiso que yo entrara en la mina, por eso me puso a trabajar con Laureano con tan sólo trece años, que el maestro Conrado se enfrentó con él, con mi padre, porque tuve que abandonar la escuela, pero él sabía que lo hacía por mi bien, y le estoy muy agradecido, porque aprender hay que aprender y el saber nunca ocupa lugar, como decía el maestro, pero si lo que aprendes te sirve para vivir con decencia y holgura, entonces ese aprendizaje tiene prioridad, así es como lo veía mi padre y así es como lo veo yo.

—Bien visto está.

—Mi padre tampoco quiso entrar en la mina. Decía que no le gustaba vivir como si siempre fuera de noche, así que anduvo con los animales y con la siembra, y tampoco le va tan mal. La desgracia de nuestra casa llegó por otro camino, no por el de la escasez, sino por el del arrebato y la crueldad, o por el alboroto de esos demonios de los que habla tu madre.

—Ya se está haciendo muy tarde, Arbicio, así que antes de que oscurezca voy corriendo a probarme el vestido negro de tu tía Quiria. Tiene el cuello de satén y un cinturón de terciopelo. Mi madre dice que el terciopelo es una tela que incita al envanecimiento, así que se lo comenté a tu tía, pero ella dice que eso son tonterías y que un poco de orgullo siempre hace falta para vestirse de novia. Tu madre se ofreció para los arreglos. A mí no me importa lo del vestido blanco, así que no vuelvas a preocuparte por eso.

—No lo haré.

—¿Sabes qué dice mi madre de ti?

—¿Qué?

—Que tú nunca me vas a lastimar, porque tienes la mirada limpia, y eso ahuyenta los demonios de los hombres tanto como mantener la casa barrida y enjabonada y regada con el agua de cocer las plantas de romero.

REMORDIMIENTOS

—¿Qué tal pasó la noche, padre?

—Mal, la pasé mal… Hay un olor a muertos que no me deja dormir. Primero fue la vieja del pelo gris, la que siempre lloraba por una hija que le había nacido muerta hacía setenta años, era de Casares, se cayó desplomada cuando tomaba la sopa, y ayer por la tarde murió un viejo de Pedregal, uno que nunca hablaba con nadie, se le atravesó una espina del bacalao y dejó de respirar.

—¡Vaya por Dios!

—Andamos tan viejos que la muerte no deja de rondar, se asoma a la ventana, sopla ligero y uno a uno vamos abandonando la vida, así que apenas dormimos, porque en vez de dormir no hacemos más que esperar… Dame un poco de agua, que se me va la saliva, y échame una manta sobre las piernas, que se me están quedando en el puro hielo.

—Pero si no hace frío, padre, si no dejan de aturdirnos las chicharras.

—Ya te tengo dicho, Tricio, que a mí el frío me viene de dentro, negra de barro debo de tener el alma.

—El alma sí que la tendrá usted negra, padre, motivos hay para ello, pero después de tantos años con las monjas tiempo habrá tenido de ponerse a bien con Dios.

—¿En qué día estamos, Tricio? ¿Ya es tiempo de que llevemos las cabras a los cerros de Cueto Morán?

—No me venga con ésas, padre.

—Con este frío en los huesos a mí siempre me parece invierno.

—Queda mucho para el invierno.

—Con la vida que le di no tendré nunca el perdón de Dios.

—La vida que le dio a madre y la que nos dio a nosotros.

—Vosotros andáis saliendo adelante.

—Hay cosas que no dejan de incomodar.

—Cuanto llega la noche siento que se mueve todo, las paredes, los muebles, hasta el crucifijo se me viene encima.

—Son flojeras propias de su edad.

—¡Qué van a ser flojeras! Son los recuerdos del mal que vienen a alborotarme la cabeza, y todo es culpa tuya, Tricio, tuya y de nadie más.

—No me hable usted de culpas, padre…

—Ya te dije que no acudieras a verme, que hicieras lo que hacen tus hermanas, olvidarte de mí y no venir a sacudirme la cabeza.

—Cumplo con mi deber de hijo.

—¡Métete esa compasión donde te quepa!… Cada vez que me miras con esos ojos de lechuza siento que me estás perdonando la vida.

—Madre hubiera querido que yo viniera.

—¿Y por qué no viene ella?

—¡Porque está muerta, padre! ¡Está usted perdiendo la cabeza!

—¿Ves cómo quieres atormentarme? Mejor preparamos las mulas para la faena…

—¡Ya no le quedan faenas! Hace años que todas las faenas se agotaron para usted…

—No estás en lo que celebras…

—Y ahora lo veo ahí encogido de frío… Me parece un hombre muy diferente a aquel que gritaba como un demonio y nos azotaba con la retranca de las caballerías.

—Nadie estuvo allí para contradecirme. Siempre había sido así… Ellas eran ellas, y nosotros teníamos otra consideración.

—Sentíamos pánico cada vez que se le iba la mano con ella… Estábamos allí, pero tampoco usted tenía ojos para nosotros, sólo nos encontraba en el viento de las correas.

—Vienes todos los días a tocarme los huevos… ¡Vámonos ya, que nos van a cerrar el portón!

—Sólo vengo una tarde a la semana, y nadie va a cerrarnos ningún portón, porque no hay portón, padre… Usted sabe lo que hizo, pero nosotros no sabemos por qué lo hizo.

—Es como si ella quisiera estrangularme.

—Hablaré con el médico, porque se le ha vuelto ceniza el entendimiento.

—¡Qué médico ni qué carajo! Sé muy bien lo que tengo, porque yo me lo fui componiendo.

—Usted todo lo mezcla.

—Porque todo está mezclado, Delio.

—¡Tricio, padre, me llamo Tricio! ¡Delio es el nombre de usted!

—¡Qué más darán los nombres!… La monja que me arregla la cama me habla del alma y dice que el cuerpo ya no importa, porque es una retama seca que espera el fuego de Dios. Tengo que hablarte un

día del fuego de la suerte, que es distinto al fuego de Dios, los dos vienen de arriba, pero el fuego de la suerte no lo dirige Dios y es un fuego que tiene sus propios procedimientos.

—Tiene usted la cara hinchada y llena de nódulos negros.

—¿Cómo están tu mujer y tus hijos? ¿Ya te ayudan los pequeños con las faenas del campo?

—Pero, padre… Si sólo tengo un hijo, que trabaja con el carpintero Laureano y está a punto de casarse. Todas las semanas le tengo que decir lo mismo.

—¿Y tus hermanas?

—Nada quieren saber de usted, y, aunque madre viviera, tampoco querrían saberlo… Fue mucho el daño que les hizo.

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas a joderme de esta manera!

—Quiria piensa que usted llevaba el demonio dentro, y Raida dice que todo el vino que bebió acabó corrompiéndole la sangre, pero las dos son buenas y hasta pienso que algún día podrán perdonarlo.

—Escúchame bien, Delio o Tricio o como demonios te llames, no quiero el perdón de nadie… Ofensa hace a los buenos el que perdona a los diablos, y que no se les ocurra venir a verme…

—Descuide, que no vendrán.

—¿Las tratan bien sus maridos?

—Sólo Quiria tiene marido… Ya me canso de repetírselo… Se llama Fidel y es el alguacil del pueblo.

—Nada me hicieron ni tu madre ni tus hermanas y, sin embargo, las traté como si fueran perras, sólo por haber nacido hembras… Así lo teníamos aprendido… ¿Cuántos años llevo aquí encerrado con estas monjas?

—Tantos como los que antes pasó en la cárcel, que si no fuera por don Carmelo no sé qué hubiera sido de usted.

—También esto es una cárcel.

—Nunca me pregunta usted por su hijo Delmiro.

—Dejó de ser mi hijo cuando se fue con los curas.

—Eso fue antes de la desgracia, padre.

—¿Y tu madre? ¿Cómo anda la vieja de salud?

—¡Dios, qué hombre! A madre la desgració usted para siempre…

—Ella se dio contra la piedra de mármol…

—Qué más dará… Le pegó usted como tantas otras veces.

—En la taberna me engañaron y se rieron de mí. Insinuaron que Delmiro no era hijo mío, que se parecía al fraile que venía a buscar seminaristas.

—¿Por qué hay tantos hombres como usted, padre?

—Aire mal respirado de cuando te están criando, y luego está el

fuego de la suerte, un día te dan a la mujer y la tomas, y todos se ríen y te vitorean, y tú te crees muy valiente, porque ya tienes una mujer a la que domar… Ya sabes… Tu madre y yo éramos primos y nos apañaron por un pedazo de hacienda. Ella era calmosa y hablaba poco, y me sentía en la obligación de templarla, pero os criaba bien, todo hay que decirlo, aunque lloraba mucho, se quejaba demasiado y a mí eso me despertaba la rabia, y se me iban las manos… Pero de tanto hablar se nos está haciendo tarde.

—No vamos a ir a ninguna parte. A usted nadie lo espera.

—Me arroja puñados de gallinaza en la sopa cuando se descuidan las monjas, y me echa cáscaras de huevo en el café.

—¿Quién le hace eso?

—Tu madre.

—Está usted listo… Cada día anda peor de la cabeza.

—Lo tengo bien merecido por la vida de perra que le di. Ahora yo soy el perro y el mundo entero me ladra. Hasta tú vienes aquí a ladrarme todas las tardes.

—Sólo vengo una vez a la semana, padre, aunque lo cierto es que nadie lo entiende.

—Ya en la cárcel debería haberme cortado las venas, como hicieron otros por calamidades más flojas, pero no tuve valor, así te lo digo, me faltaron huevos.

—Ya la muerte no andará lejos, y estará bien que la reciba con la dignidad que nunca supo tener en vida, y después lo enterraremos junto a madre, aunque sus hijas no quieren, pero yo sí que quiero… Quién sabe si las cosas aún tienen arreglo en la otra vida.

—Pobre Raida… ¿Con quién dices que se casó?

—Raida no se casó, padre, que se pone usted muy pelma.

—Tu madre estará orgullosa de tener unas hijas sanas y hacendosas que la cuidarán cuando sea mayor.

—Está usted perdiendo el juicio… Voy a dejar de venir.

—Fíjate tú que me acuerdo del día en que viniste al mundo… Fue la curandera Dula, esa pécora de los demonios, quien te sacó. Fuiste el último y te aseguro que también fuiste el que tuvo el mejor recibimiento.

—No fui el último, padre… El último fue Delmiro.

—¡Cállate y déjame hablar! Tu abuelo decía que yo era un flojo, porque no sabía engendrar varones, pero la culpa era de tu madre. Ya había parido tres hijas, aunque una le nació muerta, y por fin naciste tú, que mira que te hiciste de rogar.

—¿Y qué pasa con su otro hijo?

—¡Deja ya de joderme la conciencia!

—Ella se afanaba de sol a sol por la familia.

—Andas descuidando tus obligaciones y distrayéndome a mí de las mías, que el sol ya se está poniendo y no terminamos la faena.

—Su única faena es aguardar aquí recogido al día en que llegue la muerte a agarrarlo por los pies, y ese día podrá descansar en paz.

—Hay una mujer que llora día y noche porque dice que quiere morirse para encontrarse con su marido.

—¿Y usted…? ¿Llora usted, padre?

—La tristeza me ahoga a la vez que me prospera aquí dentro el remordimiento. Me vienen los recuerdos descontrolados, así me vienen… Fíjate de lo que me acuerdo a menudo… Una vez me ablandé tanto con tu madre que le hice unas caricias y ella se estremeció como un perro perdido, y me miró con aquellos ojos asustados y tristes, con las lágrimas siempre a punto de brotar, y me dijo, no me hagas esto, Delio, porque si me haces esto los golpes me van a doler mucho más. Eso me dijo, y aquellos ojos de tu madre me vuelven una y otra vez a la memoria, como si fueran las únicas luces en medio de una noche negra, y es entonces cuando me da por llorar.

—Pues llore, padre, no se contenga. Ahora le toca llorar a usted. Nosotros ya lloramos mucho por su mala condición… No pensábamos que usted fuera un padre, se lo puedo asegurar, sino un viento negro de los que arruinan la hierba, y oíamos ese viento escarbando en las paredes y apagándonos los ojos y el entendimiento, porque nada podíamos entender, ya que sólo teníamos miedo… Pero esos recuerdos deben ser ahora para usted. Nosotros andamos en otras vidas y no somos tan desgraciados.

—A veces olvido vuestros nombres y sólo recuerdo el de ella gritado una y otra vez por mí… ¡Me cago en la vida, Tricio! ¡No vienes más que a joderme!

—Es mi deber venir.

—Lo que tenéis que decir es que el padre que un día tuvisteis está ya criando malvas, eso tenéis que decir… Díselo a tus hermanas y díselo a tu madre… Lo que yo tenga que pagar, lo pagaré, si es que hay alguien al otro lado exigiendo cuentas, y, si no lo hubiera, te aseguro que aquí en esta cárcel o infierno o lo que sea esta mierda, ya bien que lo estoy pagando… Y se me seca la boca de tanto hablar… Arrímame un poco de agua.

—Beba, padre… Ya veo que en su trastorno la tiene tan presente que a veces no sabe si está viva o muerta.

—Cuando me siento muerto es cuando ella revive, y al morir se me alivia el rencor y se me quita el frío. Sólo se me quita el frío cuando me siento muerto, pero, cuando tú te arrimas a mí, ya no me siento muerto, ni tampoco cuando esos viejos lloran por los que nunca vienen a verlos, y entonces procuro no recordar para morirme antes,

pero todo se mueve y se llena de voces, y ya no sé si estoy vivo o muerto… Has de decir a las niñas que me tejan una manta de lana gruesa…

—No sé por qué hizo aquello, como no sé por qué hizo nada de lo que hizo. Ellas eran jóvenes decentes que cumplían como hijas y no daban que hablar, y va usted y las azota delante de la gente.

—En la taberna murmuraron que se andaban viendo a escondidas con los hijos del herrero.

—En la taberna sólo había borrachos como usted que daban gusto a la lengua.

—Ya no voy a volver a esa taberna de mierda.

—Claro que no va a volver…

—Todo está quieto y cubierto de una niebla sucia que no se parece a la niebla… Sólo están los gritos de ellas… En cuanto anochece las tres se me ponen a gritar y todo lo demás es como si no existiera. Se lo dije a la monja que me muda la cama y me dijo que rezara padrenuestros, menuda ocurrencia, como si algunos pensamientos se borraran rezando padrenuestros.

—Debería usted rezar mientras espera.

—Tengo demasiado frío… Lo único que quiero es que me lleves adonde está tu madre, ella sabrá cómo quitarme el frío… Llévame, por Dios te lo pido, que se me está haciendo muy tarde.

—No son palabras lo que sale de su boca, son resuellos propios de la hora de la muerte… La próxima semana no podré venir a verlo, porque se casa su nieto Arbicio con Jovita, la nieta de Benicio, se acordará usted de él.

—¿De qué nieto me hablas?

—¡Por Dios, padre!

—No creas que no me está costando vivir más de lo que tengo por merecido, porque las deudas aprietan y ahora que estoy en un lugar en el que no hace falta respirar para sostener la vida, pues pienso y me entero de lo que me dice tu madre. Nunca la había escuchado como ahora, porque a las mujeres no hacía falta escucharlas, pero ahora ya no hay hombres ni mujeres, hay otra cosa, hay sombras que traen el frío y ojos tristes que miran de reojo… Llévame junto a ella, que ya no me queda calor para tanta espera.

—Vamos dentro, padre, que ya viene la monja a señalarnos el término de la visita.

—¿Y con quién dices que se casa tu hijo Delmiro?

—Arbicio, padre, Arbicio. Delmiro es el nombre del hijo del que usted reniega.

—¡Qué hijo ni qué hijo! No vienes más que a joderme la poca vida que me queda.

LÁGRIMAS

—Durante mucho tiempo me costó trabajo vivir, soñaba que tenía el cuerpo lleno de pústulas que supuraban agua sucia como la que queda después de cocer las patatas para los puercos, y me levantaba empapada en sudor y en lágrimas, tanto lloraba en los sueños que durante el día no era capaz de llorar, porque ya no me quedaban lágrimas, y los días eran tan trabajosos y tan largos que estaba deseando que llegara la noche, a pesar de las pústulas y de las lágrimas, porque la conciencia duele más de lo que puedan doler los sueños. Esto escúchalo bien, Arbicio, por muy malos que sean los sueños, la conciencia duele más.

—Ya pasaron años, tía Raida.

—Tú eras muy pequeño cuando la desgracia llegó a esta casa, que cada altar tiene su cruz y aquí hubo muchos calvarios, y cuando la muerte de la abuela, que Dios la tenga en la Gloria, que allá la tendrá, porque sufrió y vivió siempre como una santa, andabas con tu padre por los cerros de Cueto Morán detrás de las cabras. Cuando volviste, tu madre ni siquiera te dejó entrar en la casa y te llevó adonde Práxedes.

—¿Quién era Práxedes?

—Una tía nuestra que no sé si estará en la Gloria, porque de santa sólo tenía el nombre, pues con ella te llevó para que no escucharas los llantos y no sufrieras el duelo. Así que no viste nada de lo que ocurrió.

—No, no lo vi.

—No viste el cadáver ensangrentado de tu abuela, ni los ojos de él, ardiendo como dos brasas. Parecía un perro rabioso. Tu tía Quiria entró en la cocina cuando tu abuela dio el último suspiro, y se agarró a él y comenzó a golpearlo con los puños. Estaba muy borracho. Luego lo fue empujando hasta la ermita. Lo llevó a patadas y a empujones, que siempre tuvo Quiria la fuerza de un hombre, y lo arrojó contra el suelo y lo obligó a arrodillarse frente a la imagen de la Virgen de los Remedios. Reza por tu alma negra, le decía, porque vas a pudrirte en el infierno. Ella siempre tuvo más coraje, yo no valgo para esas cosas, me da miedo hasta mi sombra, me entran los temblores por cualquier cosa.

—Cada uno es como es.

—Quiria dice que eso es porque desde pequeña me dejé amenazar por él, y quien se deja amenazar, se deja apalear, eso dice ella, aunque nos apaleó a las dos. El caso es que tu abuelo estaba allí arrodillado, borracho y con la mirada roja por la sangre de la maldad, cuando llegó don Lubencio y lo condujo de nuevo hacia la casa. Parecía que se hubiera quedado ciego, porque llevaba los brazos por delante como si temiera tropezar. Tu tía iba detrás lanzando bramidos roncos, como los que salen de las vacas que están a punto de parir. Él no dijo una sola palabra hasta que vinieron los guardias y se lo llevaron con las manos atadas y la cabeza colgando. Entonces fue cuando gritó, maldita sea mi suerte. Eso fue lo que gritó, maldita sea mi suerte, y lo repitió varias veces. Pero tú todo esto no lo viviste, gracias a Dios, porque eras muy pequeño.

—Tantas veces lo escuché que es como si lo hubiera vivido.

—Te digo la verdad, Arbicio, a mí no me gusta que te hayas hecho un hombre tan rápidamente. Entiéndeme bien, sé que las cosas tienen que ser así, pero me gustaba mucho preparar la pila del patio y bañarte con agua tibia y enjabonarte y hacerte cosquillas. Y mírate ahora, ya todo un hombre a punto de pasar por el altar.

—Mi padre siempre intentó alejarme de aquella tragedia, y eso se lo tengo que agradecer. No me avisa cuando baja hasta el valle a visitar al abuelo. No sé lo que hablará con él, tampoco se lo pregunto. Pero ya me ves ahora, tía Raida, sin poder casarme como se casa la gente normal, y todo por culpa de un abuelo criminal al que ni siquiera recuerdo. Y encima está lo del padre de Jovita y lo del tío Delmiro.

—¿Qué pasa con esos dos?

—Andan diciendo algunos en la taberna de Veredigna que Milvio y el tío Delmiro piensan bajar a la boda. A Jovita no le dije nada para no preocuparla, pues si se entera se va a disgustar, y ya era lo que nos faltaba, que digo yo que qué ganas tendrán ellos de complicarse la vida y de complicárnosla a los demás, que anda que no hay delatores en este pueblo con ganas de hacerse notar. Así que te digo la verdad, tía Raida, bien que me gustaría ahora volver a aquellos tiempos de la inocencia cuando me metías en el balde del agua para restregarme con el jabón.

—¡Ay, hijo, la vida es un valle de lágrimas! Si yo te pudiera contar… Pero hay cosas que es mejor olvidar… Y en lo que respecta a esos pobres diablos que viven en la oscuridad del monte, mejor que nos comportemos como si no existieran.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos saben bien lo que hacen, no creas que no se procuran

precauciones y reservas, por la cuenta que les tiene. El pueblo los quiere, sé que los quiere, si no ya no estarían vivos, que hasta Efrén Alonso los protege. Figúrate tú, todo un representante político del régimen… Y don Carmelo… ¿Qué te voy a decir que tú ya no sepas de don Carmelo? Él es un hombre justo y siempre tuvo buenos quereres con mi hermano Delmiro, así que olvida esa preocupación y piensa sólo en Jovita y en la vida que estáis a punto de comenzar.

—¿Tú nunca pensaste en casarte, tía Raida?

—¡Qué demonios importará ahora eso!

—A mí sí que me importa.

—Bueno… Verás… Después de la desgracia pensé en marchar al convento de las Hermanas de la Caridad, como hizo Amelia, la hija de Tomás. Tú a Tomás no lo conociste, pero de Amelia te tienes que acordar.

—No te creas.

—Vivían en esa casa con corredor que hay por encima de la fuente. Ella estuvo de novicia en el convento, pero después se salió y anduvo por el mundo a punto de perderse, pero no se perdió, y regresó al pueblo, y hace unos años decidió volver a ponerse los hábitos. A punto estuve de irme con ella, pero me faltó valor. A mí siempre me falta el valor a la hora de decidirme. Hace mucho que acepté mi carácter, que es casi como aceptar un destino.

—¿De qué destino me hablas?

—Mira estas manos… Son las que hace años te enjabonaban todos los sábados, entonces estaban suaves, ahora están llenas de grietas y sabañones de tanta ropa que lavan. Son el certificado de mi penitencia. Me levanto al amanecer, como bien sabes, y a la medianoche me acuesto tan cansada que ni siquiera me quedan fuerzas para rezar. Cuando la casa se queda en silencio y cierro los ojos para dormir, te juro que me escucho envejecer. Llevo años lavándole la ropa a la viuda Dulce Nombre, y antes también a su hijo Santiago. Ahora la viuda está muy sola, desde que él se fue a estudiar a un colegio extranjero. Pero eso tú ya lo sabes…

—Claro que lo sé, tía Raida, que Santiago me escribe alguna carta de vez en cuando.

—Sabrás que nuestro Delmiro anda en amores con la viuda Dulce Nombre.

—Algo sé.

—Pues eso, que le lavo la ropa a la viuda, y también se la lavo y se la plancho a Digna Emerita. Lo de la viuda tiene una explicación, porque su marido fue un gran hacendado y ella tiene muchos posibles. Pero lo de esa engreída de Emerita… ¡Ya me contarás! Ahí no crece el río con agua limpia…

—No te cae bien…

—Efrén es un bendito, y, de acuerdo que tiene un cargo político, pero ella se da una importancia que no le corresponde. A veces me apetece decirle, oye, guapa, que no soy tu criada, sólo te lavo la ropa. Pero no se lo digo, porque soy muy cobarde… Ya te lo dije, siempre me falta valor… También lavo la ropa de casa, que ya sabes que tu madre tiene los pulmones como el papel de fumar.

—Lo sé.

—Así tengo las manos… ya las ves… Pero tampoco me importa tanto, porque sufrir tiene su lado bueno. Viene escrito en un libro que me regaló Amelia sobre las virtudes de las vírgenes cristianas. Don Carmelo no me dice eso, él es un hombre prudente, él me dice que yo hubiera sido una buena estudiante, porque tengo imaginación y memoria, y también una voluntad de hierro, aunque me falta carácter, pero no creo que para estudiar sea tan necesario el carácter. En nuestra familia no estudió nadie, salvo tu tío Delmiro, que mira para qué le sirvieron los años de seminario. Yo digo que cuanto más estudiado está uno, más se aprecia el sufrimiento de la vida. El tonto Alarico no sufre apenas, porque es muy poco lo que sabe, y don Carmelo debe de sufrir una barbaridad, se le nota en esas ojeras negras e hinchadas que le ocupan toda la cara.

—Pero, tía, también tú dices que tu vida es un puro sufrimiento.

—Pero es otra clase de sufrimiento, porque yo sufro por lo que nos pasó a nosotros, por lo que me pasa a mí, pero los que saben mucho sufren por toda la humanidad, sufren por lo que van descubriendo… Digo yo que si estudias mucho te deben de crecer dentro las esperanzas como si fueran zarzales, como si con cada sabiduría nueva fueras añadiéndole exigencias a la vida, y si luego no llegas a nada, no consigues que nada se resuelva, entonces sufres, porque las esperanzas se pudren dentro hasta formarte una costra que te encoge el corazón.

—Pero yo quería que me contaras si alguna vez se te ocurrió casarte. De vez en cuando recibes una carta, y nunca quieres decirme quién te la envía. Mi padre tampoco me responde cuando le pregunto. Sólo me dice que las cartas son un asunto muy personal. Eso me dice, y me tengo que callar.

—Te lo voy a decir ahora, porque ya eres un hombre que está a punto de pasar por el altar. Las cartas son de un arriero, o mejor dicho de un preso, porque hace años que no anda con las mulas por los caminos. Él venía cada dos meses. Traía las alforjas de las bestias repletas de cera, harina de trigo, pellejos de vino y cántaras de aceite y de aguardiente, y luego volvía a la Tierra de Campos con castañas, avellanas o nueces, según la época, y con pieles de raposo y tejidos de lino. Se llama Urbano Villamanín. Conocí sus intenciones por medio de Mauricia, la madre de Veredigna… ¡Qué sofocos me entraron

cuando me lo dijo! Yo no dejaba de tocarme la cicatriz, pero ella dijo, no le importa tu cicatriz, dice que le gustas incluso con esa cicatriz. Le pregunté a la posadera que cuándo me había visto a mí ese hombre, y ella me explicó que el arriero Urbano me veía sacudiendo las mantas en el corredor, me veía desde la ventana de la habitación que ella le tenía alquilada. El caso es que pretendía una relación formal, pero al poco sucedió lo que sucedió y todo quedó en suspenso.

—¡Siempre por esa puta desgracia!

—No hace falta que hables así, no te enseñé yo a hablar de esa manera…

—Perdóname.

—Pues lo que te digo… La muerte desgraciada de tu abuela enfrió mis sentimientos, y tantas lágrimas derramé que, cuando recibí de él una carta de pésame, ni siquiera encontré dentro de mí un solo suspiro para él, pero le contesté agradeciéndole el pésame, y después llegó la guerra y ya no volvimos a vernos, y a él un día lo detuvieron.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo las gastan los que ganaron la guerra, no hace falta que te explique nada… El triunfo lo tienen bien subido a la cabeza. Pasan los años y siguen humillando a los vencidos, pero Urbano ni siquiera era de los vencidos, porque él no luchó a causa de un defecto que tiene en la pierna derecha que lo obliga a cojear, pero alguien lo denunció por vender aceite y cecina a unos anarquistas que andaban escondidos.

—¡Vaya por Dios!

—Así que en la cárcel está, esperando un juicio que nunca llega. Llevamos ya varios años escribiéndonos, pero sin esperanza alguna, porque cuando quise empezar a quererlo se me agotó el cariño, y cuando junté el valor necesario para esperarlo se cruzó por el medio la política.

—Eso no es la política, tía Raida, eso es la calamidad, y yo tengo miedo a esa calamidad, estoy seguro de mí, pero no de lo que anda alrededor de mí, y siento que ahora que me voy a casar es como si se abrieran un montón de baúles que andaban por el desván guardando los secretos, como si todos vosotros os sintierais en la obligación de desempolvar para mí esos secretos.

—Anda, hijo, tú a lo tuyo, que bien lo tienes, y Jovita es una bendición de Dios.

MONTE

—Ten por seguro, Delmiro, que voy a bajar a la boda de mi hija, aunque me tenga que disfrazar de alma en pena, y tú deberías acompañarme, pues si la novia es mi hija, el novio es tu sobrino, así que yo me disfrazo de alma en pena y tú de judío errante, pero bajar, bajamos.

—Si te parece acudimos la cuadrilla entera simulando una estantigua como las que veía mi tía Práxedes por el camino de Casares.

—Te lo digo en serio, Delmiro… ¡Voy a bajar!

—Anda, Milvio, no me jodas. Te crees tú que los guardias no estarán suponiendo tus intenciones, eso sin contar con que Efrén Alonso los haya puesto en aviso, que al falangista le tengo mucha ojeriza, ya lo sabes, y tanto aborrecimiento no me deja ni dormir.

—A quien tú le tienes ganas no es a Efrén, sino a Digna Emerita, pero son unas ganas de distinta naturaleza, y esto ya te viene de lejos, que siempre anduviste perdido por ella desde que volviste de la escuela de los curas, y nunca pudiste soportar que Efrén se te adelantara, así que déjate de aborrecimientos y de ojerizas. Sabes muy bien que Efrén es un hombre bueno, falangista, pero de buen corazón, y que, gracias a él, los que andamos por el monte gozamos de cierta tranquilidad, pues siempre que puede nos manda los avisos de las batidas. A la brigadilla que llegó el mes pasado por el camino de Riofarta la estábamos esperando gracias a su advertencia.

—Con condiciones…

—No disparar a los guardias… Es de razón, al fin y al cabo son de los suyos y si tiráramos a matar sería como si él los hubiera llevado a la muerte. Así que no pongas a Efrén como disculpa para no bajar a la boda.

—No hay falangista bueno.

—Pues ya ves que sí, y a mí me jode reconocerlo tanto como a ti… Sé que tu incomodo es por Digna Emerita y por esos celos que no te dejan vivir.

—Mira, Milvio, en lo que dices de Digna Emerita no te falta razón, pero eso fue hace mucho tiempo. Ningún afecto me queda por esa

mujer vanidosa y consentida. De sobra sabes que es Dulce Nombre quien a mí me ocupa el pensamiento desde hace años.

—Lo de la viuda lo sé, pero uno no quita lo otro.

—Lo que tú digas…

—Cuando me imagino a Jovita vestida de novia, radiante como una virgen y con un ramo de rosas en el regazo, me entran ganas de resucitar, ya me entiendes, de arrojar el fusil y las pistolas al barranco y volver a nacer como un hombre normal, con trabajo para sudar, con una cama para las noches, y con Remedios arrimándome a la boca la taza con el café caliente. Ya llevamos demasiados años muertos, porque estamos muertos, Delmiro… Esta vida de enterrados que llevamos no es vida que como tal se pueda considerar, y yo tengo una familia, una esposa y nada menos que tres hijas, que si no fuera porque Remedios es una mujer resuelta ya se me hubieran muerto de hambre, pues el cabrón de mi suegro ni la hinca. Dice que ya trabajó bastante… ¡Hay que joderse!…

—¿Eso dice?

—Lo que oyes. Se pasa el día debajo del emparrado pensando en las musarañas. No hay quién pueda con él. Mira que le digo a Remedios que le consigo una vaca y que él la podría atender, pero no hay manera… Así que yo enterrado en el monte y el sinvergüenza de Benicio enterrado bajo la parra. ¡Joder, que tengo una familia!… Y tuve mis razones para matar a aquel guardia, no te voy a decir que no, pero también pudo haber ocurrido de otra manera a poco que la suerte se hubiera esmerado conmigo, que mira que matarme a la *Linda*, con lo que yo la quería… Siempre me avisaba con dos ladridos para que me escondiera en el agujero, y criando como estaba, tan cariñosa y familiar como era, y va el cabrón del guardia y le mete un tiro en la boca, sólo porque ladraba cuando él interrogaba a Remedios, y yo estaba bien escondido en el hueco que habíamos preparado en el pajar, y podía haberme aguantado, eso es lo que te digo que me atormenta. No sé por qué hostias no me aguanté.

—Debe de ser que las cosas sólo pueden ocurrir de una manera.

—Escuché el disparo y el grito de Remedios casi a la vez, y entonces la *Linda* ya no ladraba, así que enseguida me lo imaginé y salté del pajar con la pistola en la mano y le acerté al guardia en la misma boca, como él había hecho con la *Linda*, y al otro guardia vino a salvarlo el miedo, porque al ver cómo su compañero se desplomaba salió corriendo a esconderse en el maizal. Iba a correr tras él, pero Remedios me agarró y me contuvo y me dijo que lo dejara.

—Me lo contaste ya muchas veces.

—Lo sé… Tomé a la *Linda* en brazos y me dolió su cara de sangre y también me dolieron para siempre aquellos ojos azules tan grandes y

tan llenos de tristeza, y Remedios me suplicó llorando que me tirara al monte, que ya enterraría ella a la perra…

—Así fue y no sirve darle más vueltas.

—Y ahora el enterrado soy yo, así que estoy pensando en resucitar, y qué mejor momento que la boda de Jovita, que es la mayor y se casa con tu sobrino, un buen muchacho, como su padre, así que, me cago en mi manto, Delmiro, voy a bajar a la boda, aunque sea lo último que haga en esta puta vida.

—Ya veo que nadie va a poder impedirte que resucites, así que habrá que prepararse. Hablaré con Caparina. Podemos hacer lo mismo que hicimos cuando el entierro de la madre de Melquíades. De don Carmelo me ocupo yo, que tengo muy buena mano con él… Como siempre bajo a confesarme por Pascua Florida lo tengo en un puño, y le diré a Rufo que se ocupe de asegurar el silencio del falangista, a ver si es verdad eso que dices de su buena humanidad.

—Fíjate que estoy pensando incluso en entregarme, bajar a la boda como si nada y, después, entregarme a las autoridades…

—¡No digas tonterías!

—Puede que lo haga, entregarme a Efrén, que es una autoridad política. Pasaré unos años en la cárcel, que algo me tiene que costar la resurrección, y después a llevar una vida normal.

—¡Joder, Milvio, no sabes de lo que hablas! La emoción de la boda te trastorna. Te condenarán al garrote vil, eso es lo que harán, así que, si cometes esa locura, olvídate del trabajo para sudar y de la cama con Remedios todas las noches y de tus hijas y del café caliente para despertar, olvídate de todo, porque acabarás con tu cuello en el collar de hierro, así acabarás, y sentirás girar el tornillo, y antes de que se te parta la vértebra te preguntarás por qué coño se te ocurriría entregar tu vida a los guardias.

—Tu padre cometió un crimen horrendo y no tuvo garrote vil, sólo pasó unos años en el penal.

—Mi padre mató a su mujer, que era mi madre, y si por mí fuera estaría ejecutado siete veces, pero para este gobierno fascista que tenemos no es lo mismo matar a la esposa de uno que matar a un guardia que representa a la autoridad. Eso métetelo en la cabeza. Estás condenado a muerte y de esa condena nadie te va a librar.

—¿Tú crees que se acordarán?

—Ni cuando te hayas hecho viejo te dejarán en paz. Llevas muchos años sufriendo por estos montes para escapar de la muerte, porque eso es lo que hacemos… No vamos a liberar al pueblo de la opresión fascista, ni ningún gobierno se va a caer a cuenta nuestra, como nos sigue diciendo Caparina. Lo dice para animarnos.

—Eso lo sé.

—Y nadie va a venir a ayudarnos de fuera, así que no hacemos otra cosa que escapar de la muerte desde el día en que nos tiramos al monte, escaparnos una y otra vez de las brigadillas, como si nosotros fuéramos las liebres y ellos fueran los perros, pero algún día nos cazarán, ten por seguro que, si no pasamos a Francia, más pronto que tarde nos cazarán.

—Pues sí que andamos hoy con el ánimo por bandera.

—Mírate, Milvio, mírate tú y mírame a mí y mira a todos los demás, hasta a los más jóvenes que acaban de llegar… No somos más que pellejos andantes, de tantas mojaduras y tanta calamidad como llevamos encima.

—Pero hacemos lo que tenemos que hacer. Algún día se cansarán de buscarnos, ésa es la esperanza que tengo. O eso o morir, porque no me veo de viejo pateando el barro con las piernas acalambradas por el reuma y la fiebre saliéndome por los ojos. Y según te digo esto me entra una comezón en los huesos que parece que se me rompen y me dejan sin sujeción. Prefiero morir abajo, delante de los míos y de un disparo certero de cualquier fascista, te lo juro, Delmiro, más prefiero eso a que se me escurran aquí los pulmones por los huecos del esternón.

—Estamos metidos en un agujero del que sólo saldremos con los pies por delante, así que claro que iremos a esa boda, y entraremos en la ermita y hasta puede que nos quedemos a escuchar el sermón de don Carmelo, que en celebraciones solemnes y fiestas de guardar suele arreglar prédicas para no olvidar. Ya sabes que a mí todavía me tiran los años de seminario.

—Tenemos el pellejo negro de tanta noche y de tanto barro, y también el alma la tenemos negra de tanta calamidad.

—Hay cosas peores, Milvio. Déjame que te confiese algo.

—Tú dirás.

—Es difícil vivir sabiendo que aquel a quien debieras agarrarte para crecer es un criminal. Es muy difícil levantar la cabeza cuando sientes dentro el ansia de matar a quien te dio la vida. Cada día me despierto pensando que él sigue vivo y que entonces algo me falta por hacer. Se lo miento a don Carmelo todos los años en la confesión de Pascua. Él no me quiere absolver, no quiere compromisos de esa naturaleza con Dios, así que aplaza siempre la absolución para la Pascua siguiente, porque me exige que me arrepienta, y le digo que de qué me tengo que arrepentir, y él dice que de alimentar venganza y no ser capaz de perdonar, y también me dice que como Carmelo Pantaleón me comprende y me perdona, pero como ministro de Dios no puede hacerlo, y le digo que no acudo a confesarme con el sacerdote, sino con el hombre que siempre me tuvo consideración.

—Como si la venganza o el perdón fueran asuntos de la voluntad. No sé cómo tienes el cuajo de seguir creyendo en los curas y en Dios con lo que pasó estos últimos años y con lo que todavía sigue pasando.

—No creo en los curas y hace tiempo que dejé de creer en Dios, pero don Lubencio, a pesar de su trastorno, fue para mí el padre que no pude tener, porque aquel borracho que nos azotaba con la sufra de las vacas o nos deslomaba con la retranca de las caballerías no era lo que se dice un padre, era un bicho sin corazón, y como yo andaba de monaguillo, pues fue don Lubencio quien me enseñó a crecer.

—Pero don Lubencio hace años que murió, y tú ahora te confiesas con don Carmelo.

—Si tienes un poco de paciencia intentaré explicártelo.

—Perdona…

—Don Lubencio me enseñaba lo que estaba mal y lo que estaba bien, y fue él quien me sacó del infierno en el que vivía y me buscó el refugio del seminario. Allí no pasábamos frío y teníamos algo caliente para comer, poco, pero algo siempre había, y nos enseñaban la historia del mundo, y hasta aprendí cuestiones de filosofía y también algo de latín, y don Lubencio me regaló el primer libro que fue de mi propiedad, un libro auténtico, grueso y bien encuadernado, *Historia universal*, y luego al año siguiente me regaló otros tres libros más, uno de *Geografía de América*, otro de *Historia Sagrada* y el tercero era una *Gramática francesa*, porque él decía que el francés era el segundo idioma del mundo, después del nuestro, claro está.

—¿Y el latín?

—El latín era el idioma de los ángeles, eso decía él. El maestro Conrado, que no estaba de acuerdo con que yo hubiera ingresado en el seminario, también me regaló un libro, una *Introducción a la Poesía Moderna*, y me gustaba más que ninguno, y todavía recuerdo algunas poesías que me aprendí de memoria de tanto leerlas, un día te las voy a recitar. Hay una que me gusta mucho de un poeta gallego muy excéntrico… «Aladas sombras en la gracia intacta del ocaso poblaron los senderos y contempló la luna, estupefacta, el paso de los blancos mensajeros…». Y me aprendí otra de un poeta de aquí… «Del terruño materno salí en hora que el día iba a romper, con el alma y el rostro hacia la aurora, a espaldas, el ayer…». Aprendí muchas… Algún día te las voy a recitar enteras. Las que son como cantares me las aprendo más fácil… «Se encontraron y se hablaron, y dijo el tiempo al querer, esa soberbia que tienes yo te la castigaré…».

—Esa suena muy bien.

—Así que tenía ya cinco libros que eran míos, y era como tener una biblioteca, pero el caso es que cuando volví del seminario siempre mantuve muy buena relación con don Lubencio, porque había sido mi

salvador, aunque ya andaba mal de la cabeza y se pasaba las noches espantando los espectros del huerto rectoral, y luego vino don Carmelo, y le traté mucho desde el principio, porque era joven y conversador, y tanto conversamos que nos tomamos amistad y consideración.

—¿Y no te sabes ninguna poesía de Miguel Hernández? A mí me emociona mucho la historia de su boda en la cárcel con Josefina, unos días antes de morir.

—«Turbia es la lucha sin sed de mañana. ¡Qué lejanía de opacos latidos! Soy una cárcel con una ventana ante una gran soledad de rugidos. Soy una abierta ventana que escucha, por donde ver tenebrosa la vida. Pero hay un rayo de sol en la lucha que siempre deja la sombra vencida…».

—¡Qué poeta más cojonudo! Se me saltan hasta las lágrimas, Delmiro, y vaya bien que lo recitas.

—Otro día te recito el poema entero, ahora no tengo el cuerpo para tantos versos, que la poesía tiene su momento, como la música. ¿No ves cómo Caparina sólo toca el violín cuando está la luna entera?

—También lo toca cuando alguno de nosotros cumple años.

—Pero eso es diferente, ahí la música llega sin ningún misterio, forzada por las circunstancias.

—El seminario, a pesar de la religión y los curas y todo eso, debió de ser para ti un lugar importante.

—Lo fue.

—Deberías haberte quedado allí, y ahora no andarías por el monte escapando de la muerte.

—De allí salí porque me atacaron las fiebres y tuvieron que devolverme a casa. Al poco ocurrió lo de mis hermanas, ya sabes, cuando mi padre las desnudó y las azotó en la plaza.

—Bien que me acuerdo.

—No lo vi, porque estaba todavía convaleciente. Después, poco antes de la revolución, tuvo lugar el crimen, y la rabia me empujó de voluntario al ejército, o eso o matar a mi padre, y llegó la guerra y pasó lo que pasó, ya lo sabes, a mí me pilló en las tropas del teniente coronel Francisco Galán, y después aquellos meses de cárcel en cárcel, hasta que conseguí fugarme del penal de Celanova. Allí quisieron atacarme otra vez aquellas fiebres, porque nunca se me pasaron del todo, pero me hice con ellas.

—¿Tanto te duraron esas fiebres?

—Mucho, y todavía, a veces, siento que me rondan. La primera vez me salí de ellas con mucha ansia, con desasosiego… Era como si me picara la sangre, como si tuviera hileras de hormigas recorriéndome las venas. Desde que salí de ellas, y antes del día del crimen, anduve

en el estraperlo para sacarme unas perras, porque en las minas no me admitían por el aspecto de enfermo que tenía, y todo lo que ganaba lo gastaba con las mujeres que había junto a la cantina de la estación. Acudía allí como desesperado por aplacar el ansia, por aplastar aquellas hormigas, y cuanto más me vaciaba en aquellas buenas mujeres, más aumentaba el ejército de las hormigas. Hasta me salieron ronchas en la piel, así que era un hombre pálido con manchas rojas, como si me hubieran azotado con ramos de ortigas. Mis hermanas pensaban que había contraído una enfermedad maldita con aquellas mujeres de mala vida, y me mandaban bañarme en la poza que forma el arroyo por debajo del cementerio, porque allí hay un bosque de laureles, pero yo sabía que era el desasosiego que me había atacado a la sangre, y también me revolcaba en el lodazal que hay por debajo de las vegas, como hacían los burros, porque eso me aliviaba, pero fue entrar en el ejército y, fíjate tú, las manchas desaparecieron, y también el desasosiego.

—Mejor estabas en el seminario.

—Si algún día conseguimos pasar a Francia, puede que allí me haga cura protestante. Ellos no necesitan creer en Dios para ser curas y además pueden casarse.

—Eres un demonio, Delmiro.

—Cura no seré, pero lo que sí sé es que acabaré pasándome a Francia.

—¿Y dónde están ahora aquellos libros tan importantes?

—Esos y otros que fui adquiriendo después los guarda mi hermana Raida en un baúl en el desván. Sólo llevo conmigo el de Miguel Hernández, por eso me sé tantos poemas suyos. Me lo regaló Caparina. Él sí que sabe de libros, por algo estudió en la universidad. También tengo la libreta, ya lo sabes, ésa en la que escribo las ocurrencias de cada día y también alguna cosa que pienso, y te voy a decir algo, Milvio, pero no lo comentes con nadie, también me atrevo con alguna poesía.

—Pues ya me las leerás, que tampoco tiene mucho sentido escribir poesías para que nadie las conozca. En esa libreta tendrás que escribir la aventura de cuando nos decidimos a bajar a la boda de mi hija Jovita y de tu sobrino Arbicio.

VERGÜENZA

—Tricio dice que padre está perdiendo la cabeza.

—Padre perdió la cabeza hace tiempo, Raida, tal vez ya naciera con ella perdida.

—Dice que confunde los nombres y que por momentos no sabe ni dónde está, y que pierde la noción del tiempo y que la cara se le está llenando de nódulos negros.

—Serán las pústulas del demonio.

—Pero también dice Tricio, me lo acaba de decir, que el viejo tiene bien presente, incluso en el delirio, todo lo que nos hizo, y sobre todo lo que le hizo a madre.

—Ganas tengo de que desaparezca, a ver si así se nos quita de encima la maldición.

—Mira, Quiria, tú eres de otra manera, tienes otro carácter, y te entiendo, pero yo no soy capaz de desearle la muerte a nadie, ni siquiera a él con todo lo que nos hizo.

—Allá tú con tus indulgencias.

—Me acuerdo mucho de aquel día en el cementerio, más incluso que del día del crimen, así que cuando me viene el recuerdo siento un resquemor en la conciencia…

—Aquel día del cementerio también fue un día torcido, un anticipo de lo que habría de venir después, que no son todos los días iguales, Raida, algunos traen porfías, y aquel trajo una muy grande, y además nos arrimó un desengaño, porque fue un día muy largo, fue un día tan largo que todavía no terminó. Madre había tenido un pálpito al amanecer. Nos lo dijo a las dos, tú ya ni te acordarás…

—Creo que sí…

—Dijo que no había escuchado los gallos cantar como cada día, sobre todo uno que era de la tía Práxedes y que cantaba como un desesperado en cuanto aparecía la claridad por encima de la Peña del Cuervo, y fíjate tú que precisamente por eso nos envió al cementerio, a las dos. Id a llevarle estas flores a la abuela Plácida, nos dijo.

—Siempre se ocupaba de tener contentos a los muertos de la familia. Era así de agradecida…

—Y fue dejar nosotras las flores sobre la losa y rezar el

padrenuestro y, justo al tiempo de los santiguos, ya los vimos a ellos junto a la tapia, con los torsos desnudos y brillantes por el sudor.

—Estaban reparando la verja.

—Y luego nos dijeron aquello que nos dijeron. Tú no sé si te acordarás, pero yo me acuerdo muy bien.

—Me acuerdo por tantas veces que tú lo cuentas, pero no siempre repites de la misma forma lo que dijeron. Unas veces aseguras que Cilio preguntó que adónde iban las mozas más guapas de Peñafonte, y otras que fue Excelso el que nos suplicó que fuéramos a limpiarles los sudores con nuestros labios hermosos y frescos.

—Tienes muy poca memoria, Raida. Fue Cilio, el mayor, el que después se fue a la Argentina con Fabián, el hijo de Sebio… Creo que desaparecieron los dos, tanto Fabián como Cilio… Pues eso… Que fue Cilio el que nos dijo que nos acercáramos, que tanta belleza convenía mirarla de cerca.

—O sea que Excelso no dijo nada.

—Excelso diría algo, pero ya no fue tan importante como lo que nos dijo el otro, y fueron ellos los que se acercaron a nosotras, así como estaban, medio desnudos, tan brillantes que se parecían a los caballos saliendo del agua después de cruzar el río. Aquella bruja de Felicia lo vio todo con los ojos de lechuza que tenía.

—Andaba arreglando la sepultura de su marido.

—Ella fue la causante de la desgracia, porque bajó con el cuento de que nos estábamos dejando enredar por los hijos del herrero, que movíamos el vestido delante de ellos para comprometerlos, y a cada uno que se lo contaba iba añadiendo falsedades, y no te voy a decir que aquel día frente a ellos no se me despertaran los malos pensamientos, porque sabes que mentiría…

—Lo sé.

—El olor de aquellos sudores se me metió en el cuerpo como una yesca encendida, pero una cosa es pensar y otra, muy distinta, consentir.

—Eso sí.

—A ti mejor te hubiera resultado si cualquiera de los dos se hubiera fijado en ti.

—¿Tú crees?

—Mucho mejor, porque yo, al fin y al cabo, me pude arreglar después con Fidel, pero tú, hermana, ahí te quedaste, que no te digo que estés mal como estás, que no es eso, pero un hombre es un hombre, aunque tú y yo sabemos que hay hombres que llevan el demonio dentro.

—Y que lo digas.

—El arriero Urbano era un buen hombre. Ahí estaba la solución,

pero pasó lo que pasó, y a aquel Excelso mejor le hubiera ido contigo que con la desgraciada de su mujer, que mira cómo acabó…

—Dirás cómo acabaron los dos, porque él se colgó de una viga del pajar, y ella, después de fugarse con el guarda forestal y quedarse preñada, se murió en el parto.

—Al menos eso fue lo que nos dijeron.

—Y a ti, hermana, poco te faltó para apañarte con Fabián. Recuerdo que siempre tenía los ojos espantados, como si acabara de tener una visión.

—Aquello fue sólo un pensamiento.

—Cada sentir comienza con un pensar.

—Aquel falso testimonio de la bruja beata nos trajo la ruina, Raida, nos trajo la desolación y la ruina.

—Esa mujer llevaba la desgracia dentro.

—Eso por qué lo dices.

—El primer hijo se le murió a los cinco años de garrotillo, con una convulsión que fue muy nombrada. Se lo habrás oído contar a la tía Práxedes. Y a otro hijo, que padecía el mal del aire, se le aplastó el cráneo contra un peñasco al caerse de una mula durante la ofrenda de animales a san Antón.

—También tuvo una hija.

—Una hija que vivió desarreglada de huesos y vísceras y sin ánimo en el cerebro y que murió pariendo una criatura muerta con la que nadie, ni siquiera ella misma, contaba, así que Felicia se quedó sin hijos, y para rematar, a su marido le aplastó los huesos en la mina un costero traidor, así que te digo yo que aquella mujer llevaba la desgracia dentro y la iba repartiendo como si fuera trigo.

—Decían que Felicia levantaba un falso testimonio cada primer viernes de mes para irle el sábado siguiente al cura con algo para confesar.

—¡Qué pérfida fue!

—El día de su entierro lo celebré por todo lo alto.

—Me acuerdo bien, claro que me acuerdo, Quiria, pero lo que fue ayer ya nunca más volverá a ser, entiéndelo, y es para nuestra consolación, que el tiempo nunca camina al revés.

—Sí que camina al revés, hermana, claro que anda todo el día venga que venga tirando para atrás… No hay día en que no me vea allí en medio de la plaza, muertas las dos por la vergüenza, humilladas por aquel que debía protegernos.

—Nos abrazamos y estábamos tiritando de miedo.

—Me acuerdo mucho de cómo nos miraba la gente. Era como si todos, al mirarnos, hubieran mudado la piel, como si aquella satisfacción de vernos los hubiera cambiado.

—Él nos insultaba y nos pegaba con el cinturón y nadie hacía nada, sólo algunas mujeres se santiguaban.

—Me parecían serpientes escupiendo veneno por los ojos, eso me parecían, Raida, y tú llorabas, pero a mí no me salían las lágrimas. Nadie intentó detener a aquel borracho cabrón… Sólo cuando a ti te cruzó la cara con el hierro del cinturón apareció Fidel, y lo apartó con fuerza y lo tumbó en el suelo.

—Luego tu Fidel nos echó unos abrigos por encima…

—Tú tenías la cara ensangrentada y llorabas sin parar. Yo sólo sentía rabia, y Fidel intentaba consolarte diciéndote que no te preocuparas, que la sangre era muy escandalosa… Las serpientes seguían arrojando su veneno por los ojos.

—Sólo Fidel fue capaz de defendernos…

—Creo que por eso me prendí de él. En aquel momento no lo supe, porque no podía pensar en ello, sólo pensaba en nuestra vergüenza, pero seguro que fue entonces cuando me prendí de mi Fidel. Luego salió don Lubencio, que ya casi no podía caminar de viejo que estaba, y entonces ya las serpientes mudaron otra vez la piel, y unas se aproximaron a nosotras lanzando exclamaciones falsas, y otras se dispersaron como ratas, y algunos hombres, delante del cura, arrojaron insultos a padre, que estaba muy borracho y tirado a la larga en el suelo.

—Fíjate que yo tenía la cara destrozada y sin embargo no sentía dolor.

—A mí, desde aquel día, me empezaron los dolores de cabeza. Años me duraron. Se me quitaron cuando nació Paulino.

—Yo estaba muerta, sabes que estaba muerta, y que tardé mucho tiempo en hablar, no me salían las palabras… Madre me acariciaba y yo pensaba que estaba viva sólo porque seguía respirando, y también pensaba que aquello había sido lo peor que nos podía pasar. Lo pensaba porque no sospechaba lo que habría de llegar después.

—Madre temblaba cuando llegamos a casa, y mientras te limpiaba la sangre de la cara nos decía, éste no es el único mundo que existe para vosotras, para mí sí, pero para vosotras tiene que haber otro mundo, estoy segura de que lo hay, tal vez él se rompa cualquier día la cabeza en alguna de sus borracheras, rezo todos los días para que ocurra… Eso nos decía madre.

—Mira, Quiria, ese rencor no hace más que envejecerte deprisa… Tienes un marido bueno y dos hijos como dos robles. ¿Para qué quieres ese rencor? Ni siquiera te digo que olvides, ni siquiera que perdones, pero sácate ya ese rencor.

—Vamos a dejarlo, Raida, que siempre estamos dándole vueltas a lo mismo. Tú quédate con lo tuyo y deja que yo administre lo mío.

Vamos a ver a la viuda Dulce, a ver si nos presta la ropa para los reclinatorios.

—Claro que nos la prestará. Es buena y le gusta ayudar, y está muy contenta de cómo le lavo y le plancho la ropa, y hasta me preguntó por Urbano el otro día, que no sé cómo ella pudo enterarse, si desde que se fue su hijo, apenas sale de casa.

—Todo se lo cuenta Veredigna. Puede que la viuda termine siendo nuestra cuñada.

—No será verdad.

—Ay, hermana, ya sabes aquel refrán, al amor y a la fortuna, resistencia ninguna.

ACCIDENTE EN EL PAJAR

—Dijo usted que de hoy no pasaba…

—¿El qué, Arbicio?

—Lo de la pierna, don Laureano, lo de la pierna.

—La jodida pierna lleva unos días atormentándome. Es porque vienen otra vez las lluvias.

—¿Y no hay remedio?

—Ando tomando unos caldos de enebro y diente de león que me preparó María Perpetua.

—Nunca quiso usted contármelo.

—Mira, Arbicio, puesto que te quedan sólo unos días para la boda y eres ya un hombre hecho y derecho, te lo voy a contar, aunque de sobra sabrás la dirección de los tiros, porque en el pueblo se habla y, aunque hace mucho de aquel acontecimiento, sé que no andas ajeno a las palabrerías.

—Algo sé, don Laureano, ya se lo dije, pero siempre quise oír de su parte la historia completa y verdadera.

—A mi Constantina la conociste. Era una mujer enfermiza, tanto de cuerpo como de espíritu, seca como la hierba de los pajares, con un corazón bondadoso, eso sí que te lo tengo que decir, y no le faltaba el coraje para afrontar las tareas de cada día, y no es que me arrepintiera de estar con ella, tampoco es eso, que dicen que el arrepentimiento va detrás del casamiento, pero eso es cosa de los refranes, que muy pocas veces aciertan, así que yo vivía tranquilo, aun sabiendo que hubiera podido vivir mejor, pero nunca tuve ambición, sí que me hubiera gustado tener hijos, y no los tenía porque ella era una mujer muy débil, pero lo fui llevando, aunque a veces me desesperaban sus precauciones, pero a todo se acostumbra uno, ya lo verás, así que yo andaba por la vida con los brazos colgando, que es una manera de hablar, y con esa apariencia entré un día en la casa de María Gloria, ahora viuda y entonces casada con Haroldo Fernández, un hombre que tanto tenía de voluminoso como de indolente.

—Recuerdo bien a aquel hombre grande.

—Me habían llamado para que les tapizara unas sillas antiguas. Él andaba en la mina y ella recogía unos granos de maíz que se habían

esparcido por el suelo, y te lo voy a confesar, Arbicio, a nadie se lo confesé jamás, se me abotargó el cerebro, así lo debo decir, y empezaron a agitárseme los instintos al contemplar aquel cuerpo inclinado y mostrándome las curvas en su trazado propicio, y fue como si nunca antes la hubiera visto… Figúrate que María Gloria y yo habíamos asistido juntos a la escuela. Pues fue como si la estuviera viendo por primera vez, y perdí el control de las manos, que ya no andaban colgando, y fue el cuello blanco de ella lo primero que buscaron estas manos. A ella se le incendió la cara, y quiso mostrarse sorprendida y violenta, pero la besé antes de que dijera nada, antes casi de que pudiera moverse, y te juro por mi vida que no hubo ni un solo reproche. Se desparramó el maíz que llevaba recogido en el mandil, y aquello fue para los dos como un bautismo, o como una resurrección. Así nos lo dijimos uno al otro después. Ocurrió en un cuarto trastero que había debajo de la escalera, entre espuertas y garabatos y con presencia de telarañas en abundancia.

—Me deja usted sin palabras.

—Fue todo con mucho ardor y también fue con premura, de pie y con los sacos de carbón a las espaldas, y a partir de entonces nos quisimos intensamente y a escondidas, principalmente en el pajar de Haroldo, que fue un marido cornudo e indolente, pero muy buena persona, que todo hay que decirlo, y a los nueve meses de aquello, más o menos, nacieron los mellizos.

—¿Qué mellizos?

—Eliseo y Roberto Belarmino. Llegaron al mundo con una hoja de higuera en el centro de la frente, una mancha menuda y negruzca que parecía tatuada con propósito de la enmienda. El primero murió en la mina de San Roque, en el mismo accidente en el que también murió Juan Damasceno, el amante de la viuda Dulce Nombre.

—¿Y el otro?

—Roberto Belarmino se perdió en la guerra, andaba por el frente de Teruel y nunca más se supo de él, que por eso Amelia, que era su novia y hablaban de casarse en cuanto terminara la contienda, se volvió para el convento del que había salido.

—De Amelia me habló mi tía Raida.

—Eliseo era algo poeta… Sí que lo era… María Gloria me leía las poesías que le encontraba en los bolsillos de la chaqueta. Así que… ya ves, tanto esperar para nada, porque cuando faltaron Constantina y Haroldo, ya se nos habían marchado los mellizos, uno muerto y otro desaparecido, y además se nos habían apagado los instintos… Y así fue como ocurrió, tal como te lo cuento.

—¿Y qué pasó con la pierna?

—¡Ah, sí! Se me olvidaba lo de esta jodida pierna… Después de

que nacieran los gemelos continuamos con los encuentros en el pajar, aunque no con tanta regularidad, y lo cierto es que María Gloria nunca pudo asegurar con la certeza debida si eran hijos míos o eran hijos de Haroldo, porque los dos se parecían a ella y entre sí como si fueran tres gotas de agua. No sabíamos bien si aquello ya era costumbre o continuaba siendo necesidad… Y un día pasó lo que siempre sospechamos que habría de pasar.

—Todo se descubrió.

—Haroldo subió al pajar con el farol en la mano y la escopeta de matar los corzos cargada con cartuchos de perdigones y disparó, luego arrojó la escopeta al suelo y comenzó a llorar, porque pensó que me había matado, y no me mató, pero me dejó cojo y tullido de esta maldita pierna para toda la vida. Es la señal que llevo a rastras por aquel comportamiento indebido. Pero te digo, como en confesión les dije, primero a don Lubencio y después a don Carmelo, que de nada me arrepiento, porque aquellos encuentros furtivos con María Gloria fueron lo mejor que me pasó en la vida, y aquel incidente acabó con ellos, y durante mucho tiempo me dolió más aquella carencia que el desarreglo de la pierna. Después murió Eliseo y más tarde desapareció Roberto Belarmino, y ya todo daba un poco lo mismo.

—¿Y qué dijo Constantina de todo aquello?

—Al enterarse perdió el equilibrio y dio con su cuerpo en tierra. Mi prima María Perpetua la reanimó con sal de amoníaco, mientras el maestro Conrado me hacía a mí un torniquete. Ya no supe lo que pasó después, porque perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en la cama con la pierna vendada y dolorida y Constantina lloraba a mi lado. Siguió llorando de por vida. Dejó de llorar a la vez que dejó de respirar, muchos años después, que tú te acordarás bien de cuando murió.

—Claro…

—Pues eso te digo, que cuando abrí los ojos y la vi, me dijo, más te hubiera valido haber muerto. Eso fue lo que me dijo, y nunca más volvimos a hablar de aquel asunto.

—¿Y por qué cree usted que a mí me habrá de servir en el matrimonio esto que a usted le ocurrió?

—Arbicio, ahora es imposible saber ni cómo ni cuándo, pero te aseguro que llegará un momento en que te será de utilidad recordarlo.

—Por cierto, Jovita y yo andamos pensando en hacernos con una vaca. Ya sabe, como una especie de ayuda.

—Es buena cosa.

—Ella es muy dispuesta y tiene ganas de trabajar, pero en mi familia no quedan terrenos libres, porque lo poco que tenemos lo trabaja mi padre, y en la de Jovita no hay más propiedades que la

casa, así que si usted pudiera arrendarnos los dos prados que están por debajo de Rocellanos, pues nos vendrían muy bien.

—A mí ya me queda poco de darle a la garlopa y ya ves que no tengo hijos, así que este negocio de la madera será tuyo muy pronto, a poco que te comprometas a mantener mis necesidades básicas, y si, además, me prometes no llevarme con las monjas, te dejo todo lo que tengo, casa incluida, en usufructo.

—Me emociona usted, don Laureano.

—Así que tendrás una vaca, o dos o tres, porque tierras hay para ello. La propiedad, de momento, no te la puedo conceder.

—Ni lo pretendo… ¡Válgame Dios!

—Es que todavía sueño con que el hijo desaparecido aparezca. Nadie certificó la muerte de Roberto Belarmino. También María Gloria piensa que un día puede volver. Sé que lo piensa, porque yo lo pienso y porque muchas tardes se baja hasta las peñas del camino del cementerio y allí se sienta, mirando hacia el valle, y se pasa las horas esperando. Un día me acerqué a ella y le pregunté qué hacía allí, y ella volvió la cabeza y me dijo que esperaba, eso me dijo, espero, y le pregunté si quería que esperáramos juntos, y ella me respondió que ya no había nada que ella y yo pudiéramos hacer juntos… Me llenó de tristeza. Así que cada uno esperamos por nuestra cuenta, pero mantenemos esa esperanza, y es por eso lo del usufructo.

—Tiene usted mi gratitud y mi eterna consideración, y cuente, don Laureano, que cuando no pueda con la garlopa, que para eso todavía quedan años, aquí estaremos, Jovita y un servidor, para ocuparnos de usted.

RESIGNACIÓN

—Te quedaste, querida Raida, con el sabor del matrimonio en la boca, viuda de un hombre que bien podríamos decir que no está ni vivo ni muerto.

—No diga eso, don Carmelo, no está bien que diga eso.

—Lo de ni vivo ni muerto lo digo por la perfidia de esos barrotes que andan de por medio, ellos son el impedimento al pasaje del amor, y menos mal que te quedaron esas cartas que llegan como al vuelo y que son algo así como el recuento de las expiaciones. Fíjate bien, amiga Raida, barrotes y cartas, como si fueran las dos caras de una misma palabra, y la palabra no es otra que separación, la desilusionada esperanza de saberse en manos del arbitrio del azar, que no de Dios, y debo decirte que es digna de mención la resignación que muestras después de tantos años, y es de resaltar también tu discreta renuncia a la desesperación, que bien podría poner de ejemplo, en el sermón que habré de pronunciar el día de Santa Eulalia, el secreto de tu serenidad a la hora de dispensar perdón.

—¡Ay, don Carmelo! ¡Por Dios! No se le ocurra a usted hacer eso, que me muero de la vergüenza.

—Falta nos hace, querida Raida, y te lo digo sin dubitación, un perdón colectivo que desclave los barrotes de tantas cárceles y los funda en solidario remedio para la debilitada salud de esta nación, aturdida por la fiebre de una guerra que no encuentra su definitiva resolución, y te digo yo que tu alma, a los ojos de Dios, gana en consideración al mostrar esa inclinación inquebrantable hacia el perdón, porque sé que sinceras y loables intenciones como las tuyas habrían de contribuir sin duda a clarear la negrura que a todos nos viene amenazando de tragedia en tragedia. Primero fue el crimen cometido por tu padre, después la revolución y las represiones que ocasionó la derrota de los insumisos, a continuación la guerra entre hermanos y ahora estas venganzas sobre los vencidos que a los ojos de Dios carecen de fundamento, y ya sé que a veces no puedes evitar el pensamiento de que el criminal anda suelto y el inocente preso, pero resiste la tentación, hija mía, y persevera en tu resignación y en tu clemencia, porque te digo yo que no hay mejor atajo para alcanzar el

cielo.

—No sé, padre, si soy ésa de la que habla.

—Te inclinas hacia el perdón, porque sabes que la justicia de Dios no siempre se corresponde con la justicia de la tierra, y has de ayudar a tu hermana Quiria… Has de ayudarla a enterrar esos dañinos escrúpulos. Tu padre ya es un tizón apagado que no espera ni el más mínimo rescoldo de consideración. Rotas tiene ya las amarraduras de la conciencia, que en carne viva a menudo se le muestra, y eso hace que al momento se le pierda la razón, y el frío del pecado lo tiene entumecido y cada día se va muriendo un poco más por dentro… No te digo yo esto para despertar en ti más compasión que la que ya demuestras. Te lo digo para que adviertas a tu hermana de un final inminente, y no le convendrían al pueblo, en un tiempo como éste, públicas manifestaciones de impiedad o de venganza.

—Quiria no lo va a perdonar, padre, ni aunque viviera cien años. Ella es buena, pero tiene otro carácter.

—Vienes a menudo hasta este lugar de confesión a pedirme consejo, y dudo que tú necesites de mí más consejos, pues cumples con la palabra de Dios casi al pie de la letra. Te muestras ante mí como una mujer irreprensible, tal como deben hacer las viudas cristianas, que no eres viuda, ya lo sé, pero como si lo fueras, y no andas ociosa, sino ocupada siempre, así que el enemigo de las almas no puede encontrar en ti la ocasión de las tentaciones, y conversas cada noche plácidamente con Dios, y no te dejas ver en concurrencias públicas sin urgente necesidad, y no muestras curiosidad ni deseos de mezclarte en asuntos del prójimo.

—En este último argumento, don Carmelo, igual manifiesto alguna que otra debilidad.

—Nadie está libre de distracciones, pero quien vive en el silencio, como vives tú, lejos permanece de la maledicencia. Llevas además una vida austera.

—Eso, don Carmelo, perdóneme usted, pero tal vez no sea virtud, sino necesidad. Hay cosas que una hace porque no le queda otro remedio.

—Es por tu buena disposición hacia Dios. No hay lujo en tus vestidos, ni opulencia en tus comidas. No luces adornos ni composturas inadecuadas en la vida de las viudas.

—Me provoca usted los temblores asociándome a las viudas.

—¡Ay, hija! Tú estás sin marido por culpa de unos barrotes, y ya te digo que tu pretendiente, Urbano, antes arriero y ahora preso, ni está vivo ni está muerto, pues anda en el limbo de la política del desatino y de la justicia mal dispensada, así que viuda te considero y como a tal te aconsejo, aunque ya te digo que tú no precisas de mis consejos, más

bien te debo ofrecer consuelo, y recomendarte alguna lectura piadosa. Aquí tengo para ti este libro donde vienen explicadas las vidas de Judit, y de las Mónicas, las Paulas, las Melanias, las Brígidas, y otras muchas que en el estado de viudas sirvieron a Dios y se granjearon la corona de la Gloria.

—Me hace usted mucho bien recomendándome estas lecturas.

—Por cierto… ¿Cómo andamos con los preparativos para la boda de Arbicio y de Jovita?

—Ya va todo dispuesto, padre, los vestidos, las flores, los tableros y los bancos para los invitados y los ropajes para los reclinatorios nupciales. El convite será en el patio de nuestra casa, pero sin algarabías ni excesos, tal como usted nos recomendó, y debo decirle que andan algo nerviosos los novios con el asunto de los del monte.

—Pues no tienen motivos para preocuparse.

—¿Bajarán o no bajarán?

—No debes angustiarte, querida Raida. Si al fin deciden bajar, aquí serán bien recibidos, y ya nos ocuparemos, Efrén y un servidor, de que nada les ocurra.

—Es usted un santo, don Carmelo. Más de uno habría de contagiarse de su santa humanidad.

—Hacen buena pareja Jovita y Arbicio. Ella es hacendosa y cumplidora, y él es respetuoso y de buena palabra, aunque no le gusta mucho la iglesia, pero me consta que es temeroso de Dios, y sospecho que tú habrás tenido mucho que ver en ello.

—No lo crea, don Carmelo. Cuando uno sale derecho, sale derecho. Él salió a su padre, y su padre de ninguna manera salió al que avergonzó a la familia.

—Ciertamente que las consanguinidades no son palabra de Dios, y al mejor de los cocidos le sale una legumbre negra. Y ahora dime, Raida… ¿Qué te cuenta Urbano en esas cartas?

—Se desahoga, padre, se desahoga. Dice que si un día sale de la cárcel, que digo yo que algún día saldrá, ya no volverá al oficio de arriero, que los arrieros son, dice él, como judíos errantes, y que tiene la intención de embarcarse para Cuba o para Méjico, figúrese usted, no porque tenga él afanes de aventurero, sino para olvidar, para alejarse de la podredumbre y de la injusticia de esta nación de la que él dice que está secuestrada por los fascistas, eso dice, que no sé cómo se atreve a ponerlo en una carta. Es como si ya todo le diera lo mismo de tan desesperado que está.

—Debes aconsejarle que se contenga en sus expresiones. En su situación no le convienen nuevos estorbos.

—Se lo digo, claro que se lo digo, pero está desesperado… Sólo piensa en embarcarse y olvidar, y también me asegura que cuando

llegue a América, y tenga un trabajo y una vivienda, me mandará un billete para que me suba a un barco y me reúna con él. Dios mío, don Carmelo, eso me dice a mí, que no sé cómo es el mar y que apenas salí de Peñafonte. Me tiembla el cuerpo sólo de imaginarlo… ¡Qué ocurrencias tiene Urbano! Deben de ser trastornos propios de la falta de libertad.

—Algo habrá que hacer, Raida, algo tendremos que hacer sobre ese particular.

MANANTIAL

—Tú fíjate en ese manantial, observa la paciencia que tiene el agua y la resignación que demuestra tener la piedra, y escucha la música, porque hay una música, claro que la hay, y por eso todo resulta más llevadero. Es la música originaria de la tierra, y si te dejas envolver por esa música del agua contra la piedra ya nada te parecerá más importante, ya nada será bueno ni malo, ni siquiera esa sombra del laurel gigante que anda robándole el sol al manantial. Te lo digo como lo siento, Delmiro. Me paso aquí las horas muertas y siento que hasta se me quita de la cara la marca de la pena, y me dan ganas de romper toda esa hiedra, de arrasar la madreselva, de despejarlo todo, las zarzas, la hierbabuena, todo limpio para observar mejor los chorros del agua golpeando sobre las piedras, sin esa red ponzoñosa que enmascara la verdad, así se desnudaría la música por completo y a mí se me ocurrirían melodías para el violín. Nunca deseo tanto agarrarme a mi violín como cuando estoy aquí delante del manantial… Y el deseo lleva a la pena, inevitablemente… Pero lo más importante, sabes que lo digo siempre, es no arrimarse al vacío, porque el vacío nos arrebata, nos roba la voluntad.

—¡Joder!, ¡Juan Jacobo Varela Caparina! ¡Cómo me gusta escucharte!

—Una vez sentí una llamada. No era de voz alguna que pudiera describirse. Era como este sonido del agua, pero aquí dentro, en el pecho… Apenas era algo, blando, innominable, pero me atravesaba, y leí muchos libros y escuché muchos discursos, algunos sin ningún sentido, y, entremedias, amé apasionadamente a algunas mujeres de tantas que me gustaron. Lo invisible se me fue haciendo visible y grité cuanto pude, hasta que llegó la amenaza de los somatenes. ¡Qué hijos de la gran puta! Todos eran canijos y tenían el culo apretado y un bigote ridículo, y tuve que dejar la universidad y venir a refugiarme a Peñafonte, a casa de mi tío Conrado, el hombre más sabio de la tierra.

—A mí también me gustaba mucho escuchar al maestro Conrado.

—Lo que pensaba del mundo lo pude verificar aquí, y fui repartiendo las ideas que había aprendido sobre las cosas. Tocaba el violín por las noches. Fueron meses muy grandes. Ahora ya tengo

cerrados los ojos, porque los seres humanos resultaron ser peores de lo que pensaba. Amé a Mauricia Costales desesperadamente, porque era una mujer entera, la madre de Veredigna, te acordarás de ella…

—Como para no acordarse…

—Nunca conocí una mujer tan elemental y a la vez tan fascinante, pero ella no quiso quererme, y se enamoró de Efrén, aunque después se casó con Orestes… Así era ella, pero yo le tocaba el violín y le escribía versos que le recitaba subido a la mesa de la taberna.

—Cuando ocurrió todo eso yo estaba en el seminario.

—En el Ateneo Minero les hablaba del sentido de la rebelión, del socialismo utópico y de la regeneración social. Entonces yo militaba en la Federación Anarquista Ibérica, y ya tenía mis dudas, no te lo voy a ocultar, y pensaba a menudo que el sentido de la existencia era que la existencia no tenía ningún sentido. Hasta dudé de mi ateísmo, sobre todo cuando contemplaba a Mauricia Costales tendiendo la ropa en el corredor, y pensaba que la única razón que tenía para no creer en Dios era que nunca lo había visto como la estaba viendo a ella, con el sol iluminándola y sus pechos balanceándose sobre el tendal como dos campanas tocando a Gloria.

—Yo a veces veo a Dios en esa agua que cae sobre la piedra, y en la misma piedra, y en el musgo de la piedra, y entonces lo llamo árbol y luna, o lo llamo manantial.

—No sé, Delmiro… No sé si eso es creer en Dios o poseer un sentido poético del mundo.

—Algo es algo, y todo lo escribo en la libreta, y así, al escribirlo, lo pienso.

—Digo yo que lo pensarás antes de escribirlo.

—Antes de escribirlo lo siento, luego lo escribo y al final lo pienso.

—Nunca como ahora me espantó tanto la realidad. Antes decía y decía, y ahora cada cosa que se muestra me roba las palabras. Es mostrárseme la cosa y ya dejan de venirme las palabras. Todo se perdió, Delmiro, todo se perdió y el pueblo duerme, ronca estruendosamente de tan dormido que está.

—Al pueblo lo ataron a la cama, Caparina, y le apagaron la luz… Pero me hablabas de aquella primera vez que llegaste a Peñafonte.

—Mi prima Felícitas se enamoró de mí locamente, y no lo digo con segundas intenciones. Fue como si se quedara para mí en carne viva. Hasta aprendí a hacer conjeturas con todo lo que hasta aquel momento había pensado del amor, y olvidé cosas, o mejor diré que me distraje… Fue como comenzar a estudiar una lengua extranjera. De tanto besar se me secaron los labios, y de tanto olvidarme de las cosas hasta acabé planteándome entrar a trabajar en la mina. Fueron semanas febriles y excesivas, pero también fueron semanas estériles, y

entonces llegaron aquellos hijos de la gran puta, los somatenes, y me llevaron preso, y mi prima enloqueció y a mí me pasearon de cárcel en cárcel hasta que estalló la revolución.

—Fue entonces cuando te conocí, en aquel hospitalillo que improvisamos para los heridos en el palacio de los ingenieros belgas. ¿Qué fue de Alipio y de Aida? ¿Supiste algo de ellos?

—Consiguieron llegar a Méjico. Lo último que supe es que vivían en Juanacatlán, en el estado de Jalisco.

—A ese mismo lugar también emigraron María Casta y su hijo Edipio, y también Zulema, la hija del árabe Ibrahim… ¿Y qué fue de Nalo, aquel muchacho que trabajaba de ayudante de jardinero para los belgas?

—Anda por Francia. Creo que es arquitecto de jardines o algo por el estilo, y colabora con los enlaces que tienen el encargo de ayudarnos a cruzar los Pirineos.

—¿Hay fecha?

—No la hay.

—Se nos agota la paciencia. Nosotros no somos como esas piedras.

—Pero nos iremos. Ten por seguro que nos iremos, Delmiro. No nos queda otra.

—¿Y qué pasará con Felícitas?

—Mi tío la quiere internar en un sanatorio que hay en la villa costera de la que es natural mi tía Remedios. La última vez que bajé ni siquiera me reconoció. Se pasa las horas sentada y sin moverse frente al espejo… Así que me siento vencido, Delmiro, vencido pero lúcido, eso sí que te lo aseguro, tan lúcido como si talmente ahora mismo me viniera a reclamar la muerte.

—Hace años que estamos todos vencidos, Caparina, todos… Y Milvio quiere bajar a la boda.

—Lo sé. Bajaremos todos. Esta noche lo planeamos bien planeado. Ya sabemos por Melquíades de los consentimientos de Efrén Alonso y del cura. Tengo pensado que asistamos al convite. ¡Qué hostias! Nos vamos a dar una alegría, que la necesitamos, y a la misa también podrán asistir los que quieran, que yo sé que a alguno le tiran estas celebraciones.

—No lo dirás por mí, que a mí no me tira la misa, lo que me tira es el aprecio que le tengo a don Carmelo.

—Por ti y por otros… Vaya revolucionarios de los cojones… En fin, que le dije a Melquíades que se haga con unos corderos y los baje unos días antes a casa de la novia. Los va a requisar en una finca que aún pertenece al marqués de Comillas. Los guardeses se hacen cargo… Se asustan mucho, pero se hacen cargo, y no ponen mayores impedimentos.

—No sé… Cuando pienso en esa boda me llega como un pálpito que me revuelve el estómago. Esta noche no pude pegar ojo.

—Es el desasosiego, Delmiro. Ninguno dormimos bien, aunque preferimos no hablar de ello. Esta noche tocaré el violín.

—Has de hacerlo. Nos ayuda más de lo que piensas.

—A mí sí que me ayuda, y lo tocaría más, pero andar escondido y tocar el violín no son tareas muy compatibles.

—Debajo de la cuevona se retienen los sonidos.

—No aguantamos otro invierno, Delmiro, te digo que no lo aguantamos.

—Necesitamos una mujer.

—Ni aunque tuviéramos cada uno una mujer lo aguantaríamos. Tú obsérvalo todo bien… Fíjate en cada detalle… Es como si todo se anduviera moviendo a destiempo, como si el mundo fuera un puente colgante. Aquí escondidos ensayamos un olvido colectivo para aligerar la espera. Te digo que a veces siento como unos vaivenes de vértigo. Me agarro entonces a ese ritmo del agua del manantial, como se agarran las viejas beatas al ritmo de los rosarios, un baldío ceremonial que disimula las bruscas acometidas. No aguantamos otro invierno ni aunque tuviéramos aquí a unas cuantas como Mauricia Costales. ¡Qué mujer! La voluntad se nos vuelve trágica y ya no nos cabe dentro tanta tristeza.

—Mauricia era muy amiga de Dulce Nombre.

—Lo era. Tenían una relación muy especial.

—Lo sé. ¿Qué opinas de Dulce Nombre?

—Ya sé que a veces te ves con ella.

—Menos de lo que los dos quisiéramos.

—Ella también es una mujer entera. Es hermosa, irresistible, intensa, misteriosa… Sólo te digo que si te amara tanto como un día amó a Juan Damasceno, podrías sentirte el hombre más afortunado de la tierra.

—A ello aspiro, pero los tiempos cambian.

—Tiene bastante más edad que tú, al menos una docena de años.

—¡Hala! No exageres, Caparina, que no son tantos.

—Esta noche tocaré el violín. Tocaré algún *Capricho* de Paganini…

—A mí las romanzas del ruso me gustan mucho.

—Musórgski, se llama Musórgski. Por cierto, Delmiro… ¿Tu padre saldrá de la residencia para asistir a la boda del nieto?

—Mi padre no podrá nunca volver al pueblo, aunque bien me gustaría que lo hiciera para poder segarle la garganta en medio de la plaza, en el mismo lugar en el que humilló a mis hermanas.

—Ese odio, alma de cántaro, te consume más que el odio que les

tienes a los fascistas.

—¿Crees que no lo sé?

—Pues o matas el odio o matas al viejo ya de una puta vez. A veces, para resucitar, se necesita matar al padre. Lo dicen los psicoanalistas, que son los psicólogos modernos. Tienes un empacho personal muy considerable, y acabarás padeciendo de convulsiones histéricas. Piensas tanto en matar a tu padre que en realidad es como si ya lo hubieras matado.

—No es verdad.

—Leí una vez una novela del ruso Dostoievski… La tendrías que leer… A lo mejor la encontramos cuando pasemos a Francia. A mí me la dejó el ruso Basilio. ¡Qué integridad de hombre! Tú lo conociste en el palacio de los belgas, con él y con Nalo pasé las torturas posteriores a la revolución.

—Lo conocí.

—¡Vaya cómo nos dejaron, Delmiro, no te lo puedes ni imaginar! Dos días colgados boca abajo y dándonos palos hasta en el cielo de la boca… En fin, mejor no acordarse de aquello… Pues esa novela del ruso va de unos hermanos que desean matar al padre, y uno de ellos lo mata, era un padre tan cruel como el tuyo, aunque de otra manera, una cucaracha, y el hijo que mata al padre se considera a sí mismo más desdichado que culpable, aunque yo no la leí por eso, la leí porque hay en ella mucho anarquismo…

—Ya me parecía a mí.

—Habla de la supresión del Estado y de poner fin a la Iglesia, y vienen escritos en esa novela pensamientos muy grandes, como que todos estamos en el paraíso, pero no queremos enterarnos, y que el día en que todos nos enteremos de que estamos en un paraíso, entonces, desde ese momento, el mundo será un paraíso.

—Suena bien.

—También leí en ese libro que en el hombre todo es costumbre, hasta las relaciones políticas son costumbre. De este libro sacó el ruso Basilio la fórmula de la pólvora, que ya sabes que él mismo la fabricaba. Tienes que leerlo, pero no por lo de los pensamientos o lo de la pólvora, sino por lo de matar al padre. Tienes que leerlo, pero primero tienes que matar a tu padre, porque si lees antes el libro, igual ya no matas a tu padre, porque el libro te obliga a reflexionar sobre muchas cosas, y el odio es incompatible con la reflexión. Fíjate que allí se explica que ante nosotros se abren dos abismos, el abismo que está sobre nuestras cabezas, que es el abismo de los ideales sublimes, y el abismo que está a los pies, que es el abismo de la más vil y torpe abyección, y esas sensaciones de vileza y de nobleza, aparentemente tan contradictorias, a veces son perfectamente

compatibles.

—¡Joder! ¡Juan Jacobo Varela Caparina! ¡Qué bien hablas y cómo me gusta escucharte!

PALABRAS IMPROPIAS

—Esta noche llegó a casa un hombre con dos corderos. Nos dijo que, se llamaba Melquíades y que andaba por el monte en el grupo de mi padre.

Sé quién es, Jovita. Lo vi alguna vez en la taberna.

—Nos dejó los animales en el patio, y ya se marchaba, pero mi madre corrió tras él y le preguntó si mi padre iba a bajar a la boda, y el hombre dijo, señora, usted prepare unas buenas calderetas con la carne de estos recentales, y lo que tenga que ser será. Ella insistía, y como estaba muy nerviosa terminó llorando, y decía, ese hombre nos va a empujar a la ruina. Lo decía por mi padre, y entonces Melquíades, que tenía la cara tan oscura que no sabría decirte si era un hombre joven o un hombre viejo, y que llevaba el fusil a la espalda y las botas manchadas de barro, pues ese hombre le dijo a mi madre, tranquilícese, mujer, debe usted respetar nuestra circunstancia, sabemos lo que hacemos, así que, por el bien de Milvio y de todos nosotros, haga el favor de callarse y hágase cuenta de que aquí no vino nadie esta noche y no deje que los corderos lleguen vivos al amanecer. Mi madre puso el grito en el cielo. ¡Qué mierda me estás diciendo sobre discreciones y sorpresas! ¡Qué mierda me cuentas si ya todo el mundo sabe que bajaréis a la boda!… Así lo decía. El hombre se fue sin decir nada más y mi madre se quedó llorando, y yo no sabía qué hacer y miré a mi abuelo, y él dijo que había que matar los corderos, y se levantó de la silla y sacó un cuchillo grande de la masera y me dijo que cogiera el candil y que lo alumbrara. Sacrificamos a los pobres corderos, y mi madre se quedó llorando, creo que siguió llorando toda la noche. ¡Ay, Arbicio, cómo lloraba mi madre!

—Mi padre estuvo hablando hace un rato con Efrén, y no tenemos motivos para preocuparnos. También nosotros sacrificamos esta madrugada un cabrito de once meses y un par de gallos.

—¿Tienes que volver a la carpintería?

—Terminamos un baúl que nos encargó Veredigna, así que hasta después del viaje ya no tengo que volver.

—Cuidaremos de Laureano como se cuida de un padre.

—Eso haremos.

—Acompáñame a casa de la viuda Dulce Nombre. Me envió aviso por tu tía Raida… Parece que quiere vernos.

—Suele hacer un regalo a los que se casan.

—Tengo oído que se entiende con tu tío Delmiro.

—Desde hace años.

—Tú fuiste amigo de su hijo Santiago.

—Algo así, pero no tanto. Él siempre fue muy reservado. Algunos días me buscaba y subíamos hasta la Campa de la Parra. Le gustaba recoger hojas para después secarlas dentro de los libros. Pero luego nos pasábamos semanas sin ni siquiera hablarnos. El día antes de que se fuera vino a verme a la carpintería y me dijo que al día siguiente se iba, y le pregunté que adónde se iba, y me explicó que a estudiar para arquitecto, que quería aprender a construir palacios. Le deseé mucha suerte y le apreté la mano y, cuando ya se iba, me confesó que en realidad lo que buscaba era alejarse de este puto pueblo de mierda que lo estaba asfixiando.

—¿Así lo dijo?

—Con esas mismas palabras. Laureano dice que Santiago se parece a su padre, Juan Damasceno, que fue el amante de su madre y se mató en la mina. Por lo visto también Juan Damasceno era reservado e imprevisible, como Santiago, y también parecía siempre atormentado. Lo de Juan no lo sé, porque no lo recuerdo, pero Santiago había días que tenía el gesto como de haberse estado torturando toda la noche. A los pocos meses de irse me envió una carta en la que me decía que vivía en una residencia de estudiantes levantada frente al mar, sobre un acantilado, y que no estaba estudiando la arquitectura de construir los palacios, sino la botánica de descubrir la naturaleza de los árboles y de las plantas y también la naturaleza del mar.

—Por fin tú y yo vamos a conocer el mar.

—Mi padre nos bajará en el carro hasta la estación al día siguiente de la boda.

—Ya tengo preparado el equipaje ¿A ti no te da miedo viajar?

—¡Qué me va a dar miedo, mujer!

—A mí me da un poco de reparo.

—La hermana de mi abuelo se llama Ligia. Nos van a recibir con los brazos abiertos, eso dice mi padre. Tienen un negocio de mercería y viven muy cerca del mar.

—¿Cómo te lo imaginas?

—¿El qué?

—El mar.

—Pues como es. Estamos cansados de verlo en dibujos y en fotografías.

—No será igual. Yo lo imagino grande y terrible, como si en el mar se hubieran juntado todas las aguas del mundo.

—Pero el mar, Jovita, no es sólo agua… Fíjate que ni siquiera el agua debe de ser lo más importante del mar, porque hay viviendo en el mar millones de animales diferentes, y hasta hay peces en el mar que son mucho más que peces, y también hay bosques y montañas dentro del mar, y cuevas que deben de llegar hasta el centro mismo de la tierra, y luego están los oleajes y las tormentas marinas. El maestro Conrado decía que el mar era como el corazón del mundo y que cuando el mar latía muy fuerte, temblaba toda la tierra.

—Pues por eso lo imagino tan terrible.

—Pero hay otro mar que es más tranquilo, es el mar del verano que llega sin aspavientos hasta las playas de arena para que se bañe la gente.

—Yo no me pienso bañar.

—Santiago iba todos los años con su madre a una casa que tienen junto al mar. Decía que el mar era de varios colores que iban cambiando durante el día, y que el color que a él más le gustaba era el naranja del atardecer, y decía que a veces había tantas procesiones de cangrejos en la arena que no se podía ni andar, y también me decía que al lado del mar las casas están muy juntas y subidas unas encima de otras formando murallas y torres para defenderse de las aguas cuando se ponen bravas, y que esas casas están pintadas de colores muy vivos, porque utilizan en ellas la pintura que les sobra de pintar los barcos, y también me decía Santiago que, cuando llega la noche, el mar se vuelve verde oscuro y después negro, y que por la noche uno no se puede bañar en el mar, porque hay algas asesinas que te enredan los pies y peces que te pueden devorar.

—Lo que yo te digo, que no me pienso bañar.

—Pues yo sí que me pienso bañar. Creo que hay olas de espuma que te dejan el cuerpo curtido y sereno para todo el año. Hasta puede que aprenda a nadar. Me decía Santiago que a él le gustaba mucho hundirse en el mar y abrir los ojos y ver las rocas y los bosques y los peces que viven en el agua.

—¿A ti te hubiera gustado marcharte a estudiar con Santiago?

—No te digo que no, pero también me gusta la carpintería.

—¿Y qué te hubiera gustado estudiar?

—Pues no me disgustaría aprender a construir palacios.

—Y cabañas…

—Ya sé construir cabañas. Para eso no hace falta estudiar. También me hubiera gustado estudiar las palabras… Cada palabra encierra en sí misma una historia, así que hay tantas historias como palabras, y a mí me gustaría conocer todas esas historias, porque creo

que si los hombres conocieran bien la naturaleza de cada una de las palabras que van a decir, entonces no las dirían o no las dirían de la misma forma, y así podrían evitarse los malentendidos, incluso las guerras, porque las palabras, Jovita, lo cambian todo, o están tan vacías que no cambian nada, y con palabras se ata y se desata, se gana y se pierde, y muchos problemas que tenemos vienen por las palabras que no conocemos bien.

—¡Qué bien te explicas, Arbicio!

—En mi casa, por ejemplo, siempre hubo palabras impropias, digamos que disconformes con lo que cada palabra debiera significar. Sí, eso es, en mi casa hubo siempre muchas palabras confundidas desde el crimen de mi abuelo Delio… Así que a mí me hubiera gustado estudiar para ser un experto en palabras, y ya te dije que no quiero visitar a mi abuelo, no tengo ningún interés en hacerlo, pero si algún provecho le veo a tener a mi abuelo cerca sería por saber qué palabras utiliza, y también por preguntarle qué significado tienen para él algunas palabras que por su culpa tanto se pronunciaron durante estos años en nuestra familia.

—¿Sabes una cosa, Arbicio?

—¿Qué?

—Que eres lo que más me importa en el mundo… Bueno, en realidad eres lo único que me importa, y te seguiré adonde tú quieras, incluso te seguiría si quisieras subir a uno de esos barcos gigantes que atraviesan el mar. Figúrate tú cuánto te quiero y cuánto me importas… Y si tú me lo pidieras hasta sería capaz de bañarme en ese mar que me da tanto reparo.

—Llevas unos pendientes nuevos.

—No son nuevos. Eran de mi abuela Cándida. Mi abuelo los sacó ayer de un baúl que tiene en su cuarto para regalármelos. Mi madre pensaba que estaban perdidos y se enfadó con mi abuelo, pero él no le hizo caso y me los entregó y me dijo, póntelos, que se te van a cerrar los agujeros. Ya sabes que yo no llevaba pendientes, los últimos que llevé fueron unos aros que me trajo mi padre de una feria, pero los perdí, y ayer cuando me puse estos de mi abuela Cándida me sangraron un poco las orejas, pero ya no me sangran, así que ya tengo pendientes para la boda. Mira, toca… Son buenos, no vayas a pensar que no, tienen un baño de oro, no mucho, pero algo tienen, por eso duraron tanto, y te voy a decir algo, aunque te parezca una tontería, me gustaría que un día pudiera regalarle estos mismos pendientes a una hija tuya y mía cuando se fuera a casar.

—Para eso falta mucho.

—No te creas. El tiempo pasa volando.

—Pues yo no quiero que pase volando. Ahora que vamos a estar

siempre juntos, quiero que vaya lento, incluso no me importaría que se estuviera quieto.

—Eso, que se pare, pero que se pare después de la boda y del convite, que se pare después de que pasemos el apuro por los que van a bajar del monte, que se pare cuando estemos cerca del mar.

—Mira… La viuda Dulce está en el jardín, debajo del tilo en su mecedora de mimbre…

—¡Qué mujer tan misteriosa y elegante!

SOBREVIVIR

—Bien pudiera ocurrir que el mundo fuera de otra manera a como aquí lo pensamos.

—Por eso es por lo que luchamos, Rogelio, por conseguir que el mundo sea de otra manera.

—No me toques los huevos, Melquíades. Nosotros luchamos por sobrevivir. En realidad ni siquiera luchamos, sólo sobrevivimos, porque dime tú a mí qué mierda de lucha es ésta, si andamos siempre escapados.

—A ver entonces dónde encajas tú la escaramuza de hace dos meses en el roquedal de la Rosellona. Acabamos con varios guardias heridos, que a poco que no nos hubiera fallado una de las cargas de dinamita, ahora estaríamos hablando de catorce guardias muertos, total nada, y nosotros sin un rasguño, sin despeinarnos siquiera.

—¿Y a eso llamas tú cambiar el mundo?

—Joder, Rogelio, digo yo que primero habrá que cambiar a los hijos de puta que le robaron el gobierno al pueblo.

—Pues los guardias no gobiernan.

—¡Hombre no! Ellos son el soporte del régimen… Pero estás tú hoy un poco arisco, así como con ganas de tocar los huevos.

—Este maldito monte que no se termina nunca es el que acabará con nosotros. Ya no tenemos salud, Melquíades. Siempre con los pies encharcados y el corazón en un puño.

—Pues habrá que aguantarse, Rogelio. Un día firmamos la hoja de ingreso en las milicias… ¿O no te acuerdas?

—¿Qué tendrá eso que ver?

—La firmé yo y la firmaste tú, lo decía en la décima y última prescripción, que en aquellos momentos no existía para el miliciano más que una sola consigna, vencer unidos al fascismo, y esto último con letras grandes y mayúsculas, y se añadía que esta determinación franca decidiría la lucha con fervoroso entusiasmo, prestigiando los ideales de liberación… Me acuerdo bien.

—Tú andas tocando gaitas sin fuelle a santos sin procesión.

—Tampoco vamos a andar ahora pidiendo misericordia.

—Yo esto no lo soporto más. Ya lo hablé con Caparina. Me están preparando en casa un escondrijo entre la cocina y la cuadra para pasar el invierno.

—¿Y lo de Francia?

—No me atrevo a pasar a Francia y dejarlo todo.

—¿Dejar qué, Rogelio? ¡Qué más te dará, si no vas a poder disfrutarlo!

—Tú sabes, Melquíades, que tengo tres hijos pequeños, y la Guadalupe está preñada otra vez.

—¡Anda que tú! ¡Desde luego, Rogelio! ¡Tienes un cuajo de tres pares de cojones!

—Ella piensa que Dios nos envió un castigo, y quiere ir a ver a la curandera Dula, pero ya le dije que ni hablar de eso. Ella sabe que yo no creo en Dios y, por consiguiente, que tampoco creo en ninguna fuerza espiritual superior, y eso incluye magias y hechicerías. Ella lo sabe bien, pero creo que me dice esas cosas porque no está contenta con mi ateísmo, y hasta sospecho que cree que el castigo de Dios viene por haber yo renegado del catolicismo.

—Pudiera ser.

—¿Tú también?

—No hombre, digo que pudiera ser que ella lo pensara de esa manera.

—¡Ah! Y luego, encima, está lo del asma, que hay que joderse cómo me pongo cuando me ataca, tú lo sabes bien, que parece que el pecho, aquí donde el esternón, se me parte a la mitad, así que no hay Francia que valga, un rincón seco y tranquilo es lo que necesito, y a esperar, eso es lo que me toca… Soy una rémora para el grupo, que a veces tenéis que llevarme a rastras… Si hasta siento remordimientos… Ya no me queda coraje, Melquíades, ya no me queda ni un poco así de coraje, y para vivir de esta manera hace falta salud, además de muchos huevos y mucha resolución, que esto es un resistir inhumano… Andamos ateridos, fúnebres, enganchados unos a otros por el puto sentimiento de la derrota, que mira que es dañino este sentir, y nuestras mujeres allá abajo, madres e hijas, hermanas y esposas, allá abajo haciendo lo suyo y lo nuestro. Te digo yo que estamos envejeciendo muy deprisa, nosotros y ellas, sobre todo ellas de tanto tragarse la desesperación y llevar el alma de luto.

—No sigas hablando, Rogelio, que me vas a convencer, que estás hoy blando de cojones. No sé si será el asma o será la pena, pero andas hoy con la conciencia al aire y expuesto a la desesperación.

—Pero si la conciencia la tengo tan atrofiada como tú… Todos la tenemos atrofiada…

—¿Qué dices, Rogelio? ¡Ni que fuéramos unos canallas!

—No sé lo que somos, eso es lo que te digo, que no tengo ni puta idea de lo que somos. Antes de la guerra sí que sabía lo que yo era, y durante la guerra también lo sabía, y cuando anduvimos en las guerrillas de los montes cántabros. Todo músculos y tendones, ágil como un gato y bravo como un toro de los que se torean… Así era yo antes. Y no por esa mierda de papel mojado que una vez firmamos… Tenías que haberme visto, y ahora me cuesta trabajo hasta respirar, y no tengo más futuro que un agujero que me están haciendo entre la cocina y la cuadra.

—Estás cambiando la revolución por un cajón de muerto, porque eso es el agujero que te preparan, un puto cajón de muerto.

—Qué revolución ni qué hostias, Melquíades… Ellos tienen el poder y tienen el ejército, y a base de miedo y de fuerza consiguen apagar en la gente el deseo de venganza y de justicia, y los de fuera ya no se acuerdan de nosotros. Andan metidos en peleas absurdas, purgas políticas y discusiones de salón. El último delegado que nos enviaron ya viste cómo llegó, con la lengua fuera y las ideas más blandas que el cuerpo de un caracol. Parecía un despojo. Menuda ayuda que nos mandaron los del Buró Político… Si lloraba todas las noches como una Magdalena… Así que ya no esperamos ninguna ayuda. Tú lo sabes. Caparina lo dijo bien claro… Lo que hagamos a partir de ahora dependerá sólo de nosotros, y, encima, los desertores y los delatores crecen como las setas. Lo que yo te diga, Melquíades, que somos cuatro reumáticos con un fusil al hombro que sólo sirve para matar conejos.

—¡Quién te ha visto y quién te ve!

—Tengo las mismas ideas que tuve siempre, no te vayas a confundir, pero me quedé sin ganas. Las ideas las tengo, pero digamos que no tengo fuerza para tirar por ellas, no sé si me entiendes, para ponerlas ahí a la vista como referencia de cada cosa que haga, como pasaba antes. Ahora no tengo ganas ni de pensar… ¿Quién coño se cree ya eso de la revolución, Melquíades? ¡Anda, dímelo! ¿Quién coño cree en la revolución?

—A mí no me queda más remedio que creer, Rogelio, esperar y creer. No tengo a nadie que me prepare agujeros, tampoco sería capaz de vivir así. No tengo ánimo de topo. Prefiero arriesgarme a cruzar la frontera, y, si hay que morir, se muere, y puede que más allá de los Pirineos haya lugares donde sea más fácil hacer la revolución.

—Un topo voy a ser, en eso no te falta razón, pero tengo los huesos tan blandos que como tenga que salir corriendo se me van a desvanecer.

—¡Anda, hombre, anímate, que mañana nos vamos de boda, y vas a poder ver a tu Guadalupe!

—Yo no voy.

—¿Cómo que tú no vas?

—No me quiero arriesgar, ahora que ya casi me están terminando el agujero.

—Joder, Rogelio, la humedad ya te llega hasta el cerebro.

—Lo que tú digas, Melquíades, pero yo no bajo al pueblo a la luz del día, por muy amañada que esté la expedición.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de Francia?

—Si tú nunca estuviste en Francia.

—Visito Francia todas las noches. Cuando me meto debajo de la manta y ya dejamos de conversar, entonces me voy a Francia.

—¿Y qué hay en esa Francia, Melquíades?

—Está ella esperándome.

—¿Quién?

—Ella. La que habrá de ser mi mujer. Morena, sonriente… Está asomada a la ventana y le da el sol en la cara, así que brilla, Rogelio, brilla como una moneda de oro. ¡Una hembra de las que ya no quedan! Pero Francia es Francia… A veces sale al balcón y entonces puedo ver sus caderas anchas y sus piernas largas, y me saluda alegre, porque me está esperando, y me llama Mel, así me llama, porque las francesas son muy dulces y muy ahorrativas, y yo no acierto a llamarla de ninguna forma, porque, como podrás imaginar, Rogelio, todavía no sé su nombre, así que en los labios no tengo un nombre, pero en los ojos tengo algo así como bienestar, un sentirme completo, ya sabes, por lo del deslumbramiento.

—A lo peor, querido Mel, y no quiero joderte el sueño, ella está casada y bien casada.

—¡Casada! ¿Cómo va a estar casada si lleva toda la vida esperándome? ¡Anda que tú! Y más te voy a decir… Ella también siente, debajo de unos pechos espléndidos que se aplastan contra el marco de la ventana, el ansia de la revolución… ¿Cómo lo ves?

—¡Estás tú listo!

—Listo y preparado para hacerla mía en cuanto llegue a Francia… Y desde allí te voy a escribir una carta contándotelo todo, una carta muy larga, porque tiempo para leer vas a tener de sobra cuando te encierres en el agujero.

—Aquí, el que más o el que menos, todos andamos buscando un agujero para sobrevivir. Somos unos desertores, Melquíades, eso es lo que somos, unos putos desertores de mierda.

—¿Qué dices?

—Desertores de nuestra familia, desertores de nuestras ideas, que andan por ahí, pero es como si ya no estuvieran, desertores de una vida normal de seres humanos normales… Incluso te voy a decir más… Escuchándote hablar de esa Francia que visitas cada noche y de

esa hembra que te espera en un balcón… ¡Desertores de la puta realidad!

—Lo que yo te digo, que hoy andas tú con ganas de tocar los huevos.

OMISIÓN

—De pequeña tenía un muñeco de madera que hablaba. Tú no te acordarás. En realidad no hablaba, pero yo imaginaba que sí lo hacía, así que era como si hablara, y siempre decía palabras sucias y agrias, no paraba de quejarse, incluso cuando le ponía los trajes que le hacía con los recortes de tela que le sobraban a madre, también entonces se quejaba, le dolía el roce de la tela en los brazos de madera. Era tal como te lo digo, y la voz de ese muñeco era como la voz de padre en los sueños que yo tenía. Las palabras de aquel muñeco maldito eran igual de borrosas y falsas que las de padre… Así que acabé tirándolo a la lumbre. Fue un día en el que gritó como un loco, porque lo pinché con una aguja en el pecho de madera, lo pinché varias veces y él se quejaba, hasta que le clavé la aguja en un ojo y entonces gritó y acabé arrojándolo al fuego. La memoria que tengo de aquellas palabras que no eran palabras es una memoria fría, Tricio, muy fría. Tengo la memoria fría. La abuela decía que el diablo era puro fuego, pero que tenía la memoria fría, así que debo de tener una memoria de diablo, y también el diablo tiene una boca grande por donde escupe el miedo…

—Padre tenía una boca de diablo. Tú eso lo sabes bien.

—Yo no le tenía miedo a aquel diablo del que nos hablaba la abuela, le tenía miedo a padre. No recuerdo la cara de padre, sólo recuerdo su voz y el estrépito de la puerta cuando volvía de la taberna, y el terror que sentíamos, y todo lo que nos hizo, eso sí lo recuerdo, pero ya no sé cómo tenía la cara.

—Ahora tiene la piel cetrina y llena de nódulos negros, y tiene los ojos muertos, y junto a la boca le han brotado dos arrugas que parecen heridas de cuchillo.

—Todavía me despierto a veces empapada en sudor, porque lo escucho gritar con una voz agria y sucia como la de aquel muñeco maldito.

—Lo sé, Raida, bien que lo sé.

—¡Ay, Tricio! Todavía tiemblo, y mira que pasaron años. Sigo imaginando que viene a arrancarme aquel vestido de papel que con tanta dedicación me había cosido madre para que hiciera de ángel en el nacimiento viviente. La maestra Vidalides me eligió a mí para que

fuera el ángel de la anunciación. Padre entró borracho y pidió la cena, y, como madre se retrasó, porque estaba prendiéndome los últimos alfileres, entró en la sala furioso, y ella dijo que ya terminaba, y añadió, mira qué bien le sienta el vestido a Raida. Él me arrancó el vestido y lo arrojó a la lumbre… Todo un día de trabajo de madre quemado en un instante. Me acurruqué tiritando y llorando desnuda debajo de la mesa, y él blasfemaba y decía, te voy a enseñar yo a ti a aprovechar el tiempo, y madre mordía con fuerza el acerico y apretaba las tijeras con la mano, y yo deseaba que ella corriera tras él y le clavara las tijeras en la espalda. Eso deseaba entonces y todavía en sueños lo sigo deseando, y, en esos sueños que tengo, madre corre hacia él, pero siempre se resbala, o la tijera se le cae de las manos o él se vuelve y madre se acobarda.

—Él siempre bebía más de lo que le cabía dentro. Te haría bien contemplarlo ahora, derrotado y viejo y con la conciencia al aire. Te haría bien para dejar de soñar con voces y con tijeras.

—Me haría bien mirar a su cara vieja para decirle, mire usted cómo me doblegó, padre, mire cómo aprendí a mover los labios para callarme, mire usted cómo llevo esta cicatriz, padre, como la bandera de una desgracia, atienda usted cómo le sueño muerto, cómo llevo años inventando una muerte para usted cada uno de los días de mi vida. Eso me gustaría decirle, Tricio, y señalarlo con el dedo, y esperar una respuesta, esa respuesta que ninguno tuvimos jamás.

—No hay respuestas, Raida. La respuesta es su arrepentimiento o su derrota o su locura, que por todos esos territorios anda su alma, ésa es la respuesta.

—Te puedo decir que casi lo tengo perdonado. En eso no tengo cuidado. Ya lo tengo resuelto con don Carmelo, pero hay veces que se me viene encima la figura asustada y enclenque de madre, acurrucada en un rincón de la cocina, y ahí es donde me entran todas las dudas.

—Qué poca salud tenía madre…

—Ella apenas hablaba y, cuando lo hacía, arrastraba las palabras, como si le pesaran, y con las palabras le salían toses, unas toses abrasadas que le partían el pecho por la mitad. La curandera Dula decía que madre, desde bien niña, había perdido el hambre, y después los disgustos la fueron debilitando, así que cuando ocurrió la desgracia, pobrecilla, no era más que un pellejo relleno de huesos, que tú te acordarás del trabajo que le costaba respirar cuando subía la escalera del desván, y de cuando no era capaz de subirse a la banqueta para alcanzar las cazuelas de la alacena.

—Lo recuerdo bien, hermana.

—Nunca la veíamos comer. A la mesa no se sentaba. Iba y venía y siempre se disculpaba diciendo que ya había comido. Creo que se alimentaba únicamente del vapor de los pucheros. La mirada se le

quedaba fija, como agarrada a las cosas, como si le costara trabajo parpadear. A padre le ponía muy nervioso aquella mirada de madre y por eso la asustaba con voces para obligarla a cerrar los ojos. Dula pensaba que todo era culpa de un mal de ojo.

—¡Qué tendría eso que ver!

—¡Ay, Tricio! A mí tampoco me gusta creer en esas cosas, pero a veces para tanta desgracia ha de haber una explicación. Dula le dio a probar muchos brebajes, y madre los bebió en cuernos de ciervo y en cuencos de madera de boj, y también aspiró el vaho de muchas humadas, pero al final Dula se rindió ante el embrujo y le dijo a madre que no había nada que hacer, porque la causa del mal andaba por tierras argentinas y el efecto de los remedios no alcanzaba tan lejos. Todo era culpa de una prima segunda de madre que anduvo siempre como una perra detrás de padre y que el día en que él acordó las amonestaciones para casarse con madre, que sabes que fue un apaño de la familia, pues ese día la pécora celosa, al verse rendida, escupió la maldición, y esto no lo digo yo, esto lo decía la curandera Dula, que Dios me perdone si falto al respeto de la religión, no por creerlo, que no lo creo, pero sí por decirlo, que mejor estaba callada.

—Lena tampoco goza de muy buena salud y no creo que sea a causa de maldiciones o embrujos.

—Lena padeció una tisis de la que nunca consiguió recuperarse. Ahí tienes la explicación. Además, ella vive rodeada de cariño y consideración, nada que ver con lo que le pasaba a madre, que Dios nos perdone por no haberla querido como se merecía y no haberla defendido de la vileza de padre con uñas y dientes.

—¿Qué es lo que insinúas, Raida?

—Nada insinúo, Tricio, más bien lo afirmo. Muchas veces los pecados también se fabrican por omisión, que hay mentiras y verdades, pero también perezas y flojedades.

—Ni tú ni yo andábamos sobrados de ánimo, pero a Quiria no le faltó nunca el arresto, y menos a Delmiro, y sin embargo tampoco ellos supieron reaccionar, así que no vayas por esos despeñaderos, que hay noches que tienen luna, aunque sea rota, y días que tienen niebla… Lo cierto es que tuvimos un padre criminal, eso es lo que tuvimos.

—Todavía lo tenemos.

—Ahora ya no es más que un desperdicio, un remordimiento que respira con dificultad.

—No sé si me duelen más las manos de tanta ropa que lavo o los ojos de tanto sueño que me atormenta, porque yo sueño con los ojos, Tricio, no te lo vas a creer, pero sueño con estos ojos que ves, y por eso me levanto con ellos encendidos como brasas. No hay nada más

innecesario que los sueños, que digo yo que los ricos algo habrán inventado para librarse de ellos. Los sueños malos son un asunto exclusivo de pobres y desgraciados como nosotros. Fíjate que me dice Urbano, en las cartas, que a él tampoco le dejan en paz los sueños, y que, para no soñar, lo que hace es dormir siempre bocabajo, porque así se le caen los sueños de los ojos, pero no siempre consigue uno mantenerse bocabajo, porque los propios sueños trabajan para que te des la vuelta sin despertar.

—Déjate de sueños, Raida… Ahora lo que traemos entre manos es la boda de Arbicio, que no te vayas a creer que no me abruma la preocupación.

—No hables de esa manera, que estás ofendiendo a Dios. La boda está atada y bien atada, y es una buena unión, porque ellos se quieren y son respetuosos con su propia condición, así que no te preocupes tanto. Todavía me acuerdo cuando tú te casaste. Fue poco después de que padre nos pusiera en evidencia delante de todo el pueblo, así que ni Quiria ni yo pudimos disfrutar de la celebración, eso tú ya lo sabes, no pudimos disfrutar ninguno, porque él estaba allí con su traje limpio y con aquella cara de santurrón que tenía por las mañanas antes de que empezara a beber… Estaba al lado de madre, y hasta le pidió a ella que lo cogiera del brazo para recibir juntos los saludos de felicitación, como un feligrés fervoroso y respetable, y nosotras allí desvalidas y rotas por la vergüenza, sin atrevernos a mirar a nadie. Recuerdo que Quiria me dijo, creo que acabaré matando a ese hombre. Eso me dijo nuestra hermana, Tricio, y yo le advertí que no se olvidara que estábamos en la presencia de Dios.

—Creo que aquella fue la única vez que vi a padre y a madre cogidos del brazo y sonriéndome a la vez. Al salir de la iglesia él se me acercó y me dijo al oído, tiéntala bien desde la primera noche y átala corto, hay que atarlas corto, porque si no en seguida se ponen bravas. Ése fue el consejo que me ofreció el muy cabrón, y te confieso que en aquel momento no le di ninguna importancia, hasta me pareció normal que me dijera aquello.

—Eso es lo que antes te quería decir, que anduvimos flojos y que sufríamos una ceguera de mil demonios.

—Me gustaría que lo vieras ahora… Es un hombre desconocido, hasta tiene un cuerpo y un rostro diferentes.

—Él siempre fue un hombre cambiante. Cuando salía por las mañanas camino de la mina de San Roque era un ser derrotado y lloroso, tambaleante, hasta nos sonreía al entregarle la taza caliente con el café y la achicoria. Ése era el hombre que se iba, un hombre vulgar que no merecía reparos, pero el que por la tarde volvía de la mina era otro distinto, lo sabes bien. Era exigente, malicioso, acusador… Y por la noche, cuando regresaba de la taberna, hasta le

había mudado la expresión y venía como dispuesto a arrancarnos la piel, ofensivo y provocador, y procurábamos acostarnos antes de que llegara, pero no siempre era posible… Le gustaba romper cosas contra la lumbre. Luego, a los pocos días, preguntaba por ellas y acusaba a madre de perderlo todo.

—Pues te digo que el viejo al que visito cada semana ya no es el fantasma que se te sigue metiendo bajo la almohada, por eso creo que tendrías que decidirte a visitarlo.

—No te pongas pesado, Tricio, que parece que quisieras, incluso, invitarlo a la boda de Arbicio. Tengo demasiadas voces que me siguen sonando aquí dentro, y una cosa es perdonar y otra extender la alfombra. Las voces no se resignan, y te ruego que no me lo vuelvas a mentar, que ya bastante cargo a la espalda para que intentes añadirme remordimientos.

—No me estás entendiendo, Raida, lo que yo te propongo es que por fin lo entierres, que vayas a enterrar al criminal. En cuanto veas a ese viejo con el alma aterida y la memoria floja te digo que se te muere el fantasma… Claro que no quiero que venga a la boda ni que vuelva al pueblo, sólo quiero que allá abajo se quede quieto esperando la muerte, que no tardará en llegar, pero te digo que, además del castigo de tener como padre a un criminal, no quiero que arrastremos otro castigo no menos principal, el de cargar a la espalda con un muerto al que no hayamos tenido el coraje de enterrar.

—Si mi Urbano consiguiera un día salir del penal y para entonces aún le perdurara la pretensión de elegirme como compañera, te juro, hermano, que me lío la manta a la cabeza y me embarco con él de primeras rumbo a Cuba o a Méjico o adonde sea…

—Se dice México…

—No lo creo.

—Te digo yo que sí, que se dice México.

—Pues yo siempre lo escuché con jota… A mí lo mismo me da el lugar adonde me lleve Urbano… Verás cómo entonces se me ahogan los fantasmas de las almohadas y se me descuelgan los cadáveres de las espaldas, que digo yo que podrías tú hablar con Efrén Alonso para que intentara mover sus influencias.

—No sé.

—Don Carmelo le escribió una carta al párroco del pueblo de Urbano, pero aún no recibió contestación. Eso es lo que a mí me falta, me falta un hombre apacible y reparador, un hombre como Urbano que me rellene la memoria y que me ocupe el cuerpo. No, hermano, no necesito visitar a padre, eso a mí no me va a arreglar ni un botón de esta rotura que tengo, que ya el corazón me está pesando demasiado de tanta metralla que llevo en él… La herida está ahí, pero

tampoco es cuestión de andar echándole sal, y ya es tiempo de que en mí se acomode el sentir con el pensar. Te digo que la boda de tu hijo me está añadiendo un coraje que, en mi persona, es algo más que una novedad. Las vísceras me andan diciendo que, si quiero peces, me tengo que mojar. Así que ya sabes qué hacer si me quieres ayudar, y si hace falta me presento en el penal, lo acabo de decidir, que ya no me quedan cosas a las que me pueda agarrar y la vida da de sí lo que da de sí, ni un centímetro más.

—No te reconozco, hermana, por Dios que te estoy escuchando y no consigo reconocerte.

—A mi edad sé bien lo que voy perdiendo cada día que pasa.

SOSIEGO

—¿Se nos habrá olvidado algo?

—Seguro que no.

—Tú pareces muy tranquila.

—Es ley de Dios.

—Mira, Lena, una cosa es que seas una mujer paciente y otra muy distinta es que te dé igual ocho que ochenta, porque lo tuyo, perdona que te lo diga, ya no es paciencia, sino indolencia.

—¿Qué me quieres decir?

—Hostias, Lena, que mañana se te casa el único hijo que tienes.

—Quien quiere acertar aguarda, y Arbicio se casa bien.

—¡Coño, pero se casa! Y no habrá músicas ni tambores, porque es el nieto de un criminal, y cuando don Carmelo haga la pregunta de rigor…

—¿Qué pregunta?

—Pues la pregunta, mujer, eso de si tú, Arbicio, quieres por esposa a Jovita en la salud y en la enfermedad… En fin, ya lo sabes… Cuando el cura pregunte todo eso, te aseguro, Lena, que todos mirarán a nuestro hijo y pensarán cuánto se parece a su abuelo Delio, eso pensarán, Lena, eso pensarán… Habrá mucha malicia en ese pensamiento de la gente, y tú estás ahí tan tranquila.

—Imaginaciones tuyas.

—¿Y los del monte?… ¿Qué me dices de los del monte?… Aquí que se nos presenta la cuadrilla al completo con los fusiles al hombro y con Caparina al frente, y Milvio y Delmiro de protagonistas.

—¿No hablaste con Efrén?

—Claro que hablé con Efrén, mujer, pero qué tendrá que ver… La desazón no nos la quita nadie, que donde menos se sospecha aparece un delator. Él ya me lo dijo, que parte no iba a dar, faltaría más, pero que no garantizaba que alguien de abajo no se presentase de pronto… Eso me dijo, así que estaremos con el alma en vilo.

—Tú quieres controlarlo todo, y eso no puede ser. ¿Quién va a subir al pueblo y a qué? Por aquí no pasa nadie si no es por algún motivo.

—Y a ti no te altera ni el fin del mundo.

—Ven acá que te abrace, que hace mucho que no nos abrazamos.

—La ermita va a parecer un cuartel, porque entrarán en la ermita, casi ninguno cree en Dios, pero a la ermita entran, aunque sólo sea por escuchar a don Carmelo, que ya sabemos que es bueno con los sermones, aunque también tiene un cuajo que… válgame Dios… En eso tú y el cura os parecéis.

—Lo del cura es buena voluntad.

—¡Y una mierda! Es falta de consideración. La voluntad es decidir, eso es la voluntad, andar listo para resolver, tener un deseo, y lo que él hace es dejarse llevar, eso hace, no poner impedimentos a ninguna situación, aunque sea tan peligrosa y absurda como ésta.

—Pues bien que nos dijo que no quería músicas ni tambores, ni trajes blancos. Ahí sí que anduvo listo con los impedimentos.

—Ni siquiera eso fue un acto de voluntad. Se dejó llevar por la costumbre y emitió un consejo para evitar las habladurías.

—Vas a ver a tu hermano Delmiro…

—¡Menuda ocasión!

—Una fiesta familiar siempre es una buena ocasión.

—Apenas pude convivir con él… Era un niño cuando se fue al seminario. Tuvo suerte al quitarse de encima las palizas del viejo, y luego las fiebres y la revolución y la guerra, y después el monte, así que no creas que lo echo tanto de menos.

—Echarás de menos lo que pudo ser y no fue.

—Espera un poco, mujer, suéltame los brazos, que te estoy hablando.

—¿Quién te quita de hablar? ¿Es que ahora necesitas los brazos para hablar?

—Menos mal que en la guerra no tuve que disparar ni un solo tiro, ni siquiera toqué el fusil, porque con las prisas me libré de la instrucción y sólo tuve que cuidar de los caballos en el cuartel, y el coronel me licenció cuando se liberó la ciudad.

—Querrás decir cuando se perdió.

—Bueno, ya sabes, para el coronel y los suyos fue un asunto de liberación. Lo que te digo, Lena, que mira tú si me hubiera tocado disparar contra mi hermano.

—Otros lo hicieron, y vosotros también lo hubierais hecho, y lo triste es que nadie hubiera esperado nada de ninguno de los dos, ni que os matarais ni que os dejarais de matar, menuda situación, uno en cada trinchera y el padre en el penal.

—¿Sabes que el viejo no quiere que le hable de Delmiro? En cuanto se lo miento se pone como un loco y enseguida reniega de él.

—Nunca me cuentas nada de tu padre y nada te pregunto sobre él,

así que no sé por qué hoy tiene que ser diferente.

—Tiene la cabeza llena de demonios que lo confunden y lo entristecen, él dice que esos demonios le hunden clavos ardiendo en la memoria, así que se va muriendo poco a poco por la memoria, ahí es donde tiene el mal, porque de cuerpo anda bien, a excepción del frío, que ya no se le quita con nada. Se distrae conversando con Sebio, el que vivía en esa casa ruinosa que hay por detrás del caserón de la viuda Dulce.

—Sé bien quién es.

—Los dos comparten recuerdos, aunque más que recuerdos ya son despojos de la memoria enferma, pura ceniza, como dicen ellos, y lo que no son capaces de recordar se lo inventan. Dos fantasmas parecen allí sentados todo el día debajo del tilo.

—¿Sebio no es pariente de Laureano?

—Creo que no, si acaso tío lejano de Constantina. Tiene un hijo que siendo muy joven emigró a la Argentina, se llama Fabián y pretendió a mi hermana Quiria, nada serio, el caso es que hace muchos años que no se sabe nada de él.

—Creo que lo vi una vez en las fiestas de Pedregal, cuando tú empezaste a fijarte en mí. Tenía la cara redonda y el mirar esquivo.

—Creo que te confundes, porque Fabián era largo y atrevido, y ya se había marchado cuando tú y yo nos hicimos novios, pero déjate ya de hablar de gente que ni está ni se la espera, que hoy tenemos a la vista otras preocupaciones.

—Eh, Tricio, cálmate, que fuiste tú quien sacó el asunto.

—Yo te hablaba de mi padre.

—Tú me hablabas del crimen, es de lo que siempre hablas, a veces ni siquiera sabes que estás hablando del crimen.

—Pensábamos que el tiempo se llevaría la resaca del crimen, pero, cada vez que hay motivo para alegrarse, la resaca se manifiesta, siempre estuvo ahí desde el principio en cada uno de nosotros… Tú lo sabes, Lena…

—Antes se os notaba más, en la mirada esquiva, en ese andar desandando y con la cabeza rendida, y en el hablar sujetando la respiración.

—Tú también lo sufriste.

—Pero algo bueno tuvo esa resaca. Sí, no me mires así… Juntó a la familia en el recelo frente al mundo y en la mutua compasión.

—Es poca rentabilidad. Creo más bien que el recelo era nuestro y la compasión del mundo.

—Es otra manera de verlo.

—Fue como andar viviendo al revés.

—Ahora están dando las bocanadas el criminal y el crimen, y se

agotó la resaca. Arrímate más a mí, que esta noche ando algo necesitada de entusiasmo. Mira tú que la boda de Arbicio igual me resucita las apetencias…

—No me lo puedo creer. Esto es producto de esa extraña relajación que a ti te entra justo cuando, por lo que viene ocurriendo, deberías estar de los nervios, y no me digas que esta noche, así como por arte de magia, no tienes ningún dolor.

—Ya sabes que eso no puede ser, pues desde niña convivo con el dolor. De tanto esperar la salud, perdí el beneficio de la esperanza, así que el único consuelo que me queda es la negación de la enfermedad, y eso que tú llamas indolencia no es más que una costra que me generó el corazón en beneficio de la voluntad, así que, de tanta paciencia que gasté con el sufrimiento del cuerpo, a la mínima ilusión que se me presenta, consigo arrinconar el dolor, que no creas que se va del todo, nunca se va del todo, digamos que da un paso atrás y me deja respirar.

—No sé por qué diferencias la esperanza de la ilusión.

—Las diferencio, porque no son lo mismo. La esperanza siempre me pone de los nervios y nunca me trae ganancia, y la ilusión, cuando me viene, como ahora mismo, se agota en sí misma dentro de mí para hacerme resucitar.

—No te entiendo, Lena, me estás contando una historia para no dormir.

—Pues que con esto de la boda de nuestro hijo me sobrevino una ventajosa ilusión, así que por consecuencia se me arrincona el dolor, y no quiero seguir con la explicación que se me van a perder las ganas de complacerte.

—En todo caso será un complacimiento mutuo.

—Anda, ven aquí que te sienta dentro de mí, que con los años vamos perdiendo alicientes y apetitos, y esta ocasión nos la están pintando calva, tú andas con el alma en vilo entre la desgracia de un padre y la ventura de un hijo, en un puro vacío andas, que se te ve en los ojos, rojos los tienes de andar escarbando en las cenizas de tu padre, que allá él con su remordimiento, y del hijo no sé por qué te andas preocupando, si salió sano y formal y se casa con la inocencia. Anda, Tricio, métete dentro de mí, igual que lo hacías antes, cuando tú y yo éramos algo, que ahora ya somos muy poca cosa y estamos más cerca del rescoldo de la mañana que del incendio del anochecer, y, si te esmeras un poco, hasta podemos imaginar que nos quedan suspiros de amor para rato.

—Pero no apagues la luz, que me gusta ver cómo te brillan los ojos. Hoy tienes los ojos encendidos, como si quisieras quemarme en ellos.

—Está todo tan hinchado que, aunque todavía no hay luz, es como si ya fuera por la mañana.

BODA

—Con el día bueno que hizo ayer, y mira tú hoy qué niebla más puñetera, y la lluvia amenazando.

—Bueno, mujer… Boda mojada, novia afortunada.

—No me vengas con refranes, Milvio, que hoy no tengo yo el cuerpo para refranes.

—Míralo por el lado bueno, Remedios… Con este tiempo de perros, a nadie se le ocurrirá aparecer hoy por el pueblo.

—¿Y si aparece?

—¿Y quién habría de venir? Además, tenemos las entradas vigiladas, así que guarda cuidado.

—¡Vaya ocurrencia la tuya! Poner en peligro tu vida y la de los tuyos de manera tan ociosa. ¿Y no pretenderás presentarte en la iglesia con esas trazas? Porque lo de tu presencia ya no tiene solución, pero, ya que estás aquí, irás arreglado y limpio, como es de ley para un padre que va a casar a una hija, y la llevarás hasta el altar con dignidad y como Dios manda.

—¿Quieres decir que voy a poder apadrinar a la niña?

—Anda, Milvio, ¿para qué viniste entonces? Ay, Dios, cada vez que te veo pienso que va a ser la última, es una cruz que llevo en el pensamiento, qué desgracia la mía, siempre con el alma en vilo. Anda, quítate esas botas llenas de barro y ponte estos zapatos de mi padre, que a él se le hincharon los pies de tanto quedarse quieto y ahora ya no le entran.

—No quiero los zapatos de tu padre, prefiero ir con los pies descalzos.

—Vaya, hombre, encima con exigencias… Y habla bajo, que anda por el patio y te puede oír.

—Pues que me oiga.

—Mira, Milvio, no me atormentes, que lo tuyo son malos pasos, con botas de barro o con zapatos prestados, y no tienen los malos pasos nada que ver con los pies, ni desnudos ni calzados, sino con la cabeza rota, porque rota la tienes desde que le disparaste a aquel guardia en la boca, que no digo yo que no se lo mereciera, porque la *Linda* para nosotros era como de la familia, pero no mediste las

consecuencias, Milvio, no las mediste, reconócelo, se te rompió la cabeza y a mí se me rompió la vida, y ahora andamos los dos rotos y perdidos. Quítate los calcetines también y lávate los pies en esa palangana, que tiene el agua templada.

—Se te olvida que lo mío tiene que ver con la mala suerte.

—Menos mal que llegaste temprano, porque con esas pintas voy a necesitar un buen rato para cambiarte la facha de fugitivo que traes, que mira que sois descuidados, porque otra cosa no habrá allá arriba en el monte, pero lo que es agua, la hay, y en abundancia, y de jabón dispones, que yo siempre te echo un buen trozo en el morral.

—La desidia, Remedios, es todo por culpa de la puta desidia, que allá arriba no le quedan a uno ni ganas para vivir.

—Sécate con este trapo y quítate también esa camisa. Bueno, quítatelo todo y acabaremos antes.

—Mira a ver si van a venir las niñas.

—Las niñas están arreglándose el pelo donde Quiria, que tiene buena mano para esas cosas y mejor disposición, que una cosa no quita la otra, Milvio, miedo tuve mucho cuando me enteré de lo de nuestra Jovita con el nieto del criminal, eso tú ya lo sabes, pero ya se pasó, y ahora incluso hasta estoy contenta, porque esa familia, incluido el novio y a excepción del canalla del abuelo, es una familia honrada, generosa y de lo mejor. Lávate bien esos sobacos, que hasta las ortigas deben de crecerte en ellos… Eso es, restriégate bien, la espalda te la froto yo. Por cierto… ¿Cuántos habéis venido?

—Pues todos, menos uno de Pedregal, que tuvo miedo a bajar, porque andan preparándole en casa una topera y no se quiere arriesgar. Tenemos rodeado el pueblo. Hasta que empiece la boda… Después se quedarán algunos haciendo guardia.

—Ponte esta ropa que voy dejando en el escaño.

—¡Hostias con la gata!… Si quiere echarme las uñas.

—Ya te extrañan hasta los gatos.

—Digo yo, Remedios, que ya que me tienes así, tan limpio y tan desnudo, ¿no podríamos meternos en el cuarto y cumplir con esas obligaciones maritales que tenemos tan descuidadas?

—¿Tú crees que éste es momento, Milvio, para lujurias? Si cuando te digo que tienes la cabeza rota…

—Vaya, mujer… Debes entender que me aprieta la necesidad.

—Y que lo digas, que no hay más que ver cómo se te ha puesto el arma. Pues enfunda, Milvio, que no habrá tiroteo, y esta noche, si Dios quiere y todo transcurre con normalidad, ya habrá ocasión de cumplimientos y tiroteos, porque supongo que esta noche te quedarás.

—Aunque me cueste la vida.

—¿Y qué sabéis de lo vuestro?

—Pues nada nuevo sabemos. Caparina tiene claro que la solución no es otra que pasar a Francia, y así se lo manifestó a los de arriba, así que seguimos esperando una respuesta.

—Será lo mejor. Cuando estés allá andaremos todas más tranquilas, encontrarás un trabajo y podrás enviarnos algo de dinero, y hasta igual algún día podamos irnos contigo.

—Fíjate que estos días hasta se me anduvo pasando por la cabeza la idea de entregarme.

—¿Es que quieres morir? ¿Eh? ¿Tú quieres morir? ¿Quieres darles el gusto de que terminen contigo? Eres un cabeza rota. ¡Madre mía de mi vida! ¡Ni se te ocurra!

—Anda, no llores, mujer, que no lo voy a hacer. Fue todo por la angustia de pensar que no podía asistir a la boda de la niña. Cálmate, que no me voy a entregar.

—Me vas a matar a disgustos, Milvio.

—Pero es que es muy duro, Remedios, y andamos preocupados, porque ya tanta es la desidia y tanto el olvido que andamos con los ojos cerrados, y ya no sentimos aquel vértigo de las balas que nos obligaba a la guardia permanente, ya no lo sentimos.

—Tanta confianza os acabará matando. Confiáis demasiado en Efrén, pero el día que a él no le llegue la información estaréis perdidos.

—Tenemos la expectativa puesta en otro lugar, eso es lo que pasa, antes nos dábamos ánimo unos a otros, pero ahora nos tendrías que oír, parecemos viejos preparándose la mortaja, hombres en ruina, Remedios, podrían colgarnos a cada uno en el cuello el cartel de liquidación por derribo.

—Hace mucho que andáis con el cartel colgado. Ven que te ajuste la corbata. Anda, que pareces otro, mírate al espejo de la sala, ni tus hijas te van a reconocer. Verás cuando veas a Jovita frente al altar, con lo guapa que es… En eso salió a ti, no me duelen prendas en reconocerlo, que mira que irá vestida de negro, ya sabes la razón, pero el traje que le prestó Quiria es una preciosidad, hasta lleva algo de terciopelo. Te digo yo que cuando la veas, así de guapa, vas a volver a creer en Dios.

—Eso sí que no, mujer. ¿No ves que con esta vida que llevo no puedo creer en Dios? Los que creen en Dios son los que nos andan buscando.

—Oye, Milvio, que tus hijas y yo misma también creemos en Dios.

—Vosotras sois mujeres y, además, ese Dios vuestro no puede ser el mismo al que le rezan ellos. Ellos rezan para que Dios les ayude a encontrarnos, y vosotras rezáis para que no nos encuentren, así que menudo compromiso si el Dios de ellos y el vuestro fueran el mismo

Dios.

—Sólo hay un Dios, Milvio, que una cosa es que seas ateo y otra muy distinta es que andes pregonando las herejías.

—Eso lo dices tú… ¡Anda que no hay dioses repartidos por el mundo! ¡Muchedumbre de dioses, mujer, eso es lo que hay, una verdadera muchedumbre!

—Bueno, pero aquí en Peñafonte hay un único Dios, y ahora quédate ahí quieto, que me tengo que arreglar. Limpia ya estoy y peinada también, sólo me tengo que vestir. Puedes mirarme, si quieres.

—Quiero.

—Pero ni se te ocurra alargar la mano. Mientras me miras, puedes contarme cómo pensáis llevar a cabo lo de Francia.

—Pues de pueblo en pueblo, caminando de noche y ocultos por el día en los pajares. Iremos de dos en dos y con la distancia entre unos y otros de un día. En cada pueblo asignado para el descanso contamos con enlaces, así que únicamente falta que nos llegue la orden de salida… Pero me estás poniendo nervioso mostrándote así ante mí y sin que pueda ni siquiera aproximarme. Te digo, Reme, que te estoy mirando como si te mirara por primera vez.

—Anda, tonto, olvídate de lo que ves y sigue contándome lo de Francia.

—Como si fuera tan fácil.

LOCURAS

—Cada noche cientos de hombres son arrancados del sueño de los hogares y ejecutados sin remedio. Usted lo sabe bien, tío Conrado. Otros son mutilados, y son muchas las mujeres que sufren violación, y sabemos, incluso, que algunas son asesinadas en cuanto dan a luz, y que hay un comercio infame de huérfanos. El horror camina a plena luz del día vestido de traje y corbata, y los cerdos desentierran los cadáveres recientes cuando hocican en busca de raíces, y el ejército se vuelve glorioso en cada tortura, en cada crimen, y los muertos ya no se cuentan por cadáveres, sino por desaparecidos.

—No lo tenemos fácil, Juan Jacobo.

—Lo sé, tío Conrado. Ésta es la penitencia de la derrota. Parece que ya ni siquiera les gusta vernos morir poco a poco, porque podrían dejarnos en paz, y en silencio nos retiraríamos. Ya no nos queda voz. En nosotros ya sólo queda paciencia, en ellos la resaca perniciosa de la victoria. En el monte permanece la esperanza de la huida, y allá en los cuarteles y en los despachos la certeza de seguir ganando. Somos apestados en nuestra propia tierra y aspiramos al exilio.

—Anda, tómate ese tazón de leche caliente, que con esta humedad tendrás el cuerpo aterido.

—¿Cómo está Felícitas?

—Mal, hijo, está mal. Hay días en que ni siquiera se levanta de la cama. Antes, al menos, tenía momentos que parecían de lucidez, y hasta cantaba, sabes que siempre le gustó cantar, y reía, y hacía planes de viajes para cuando se te acabara el exilio del monte, pero ya no abre la boca… Cuando le hablas te mira con esos ojos grandes de animalillo herido, y calla, ni siquiera pestañea, sólo calla, y apenas come, no sabemos ni cómo se mantiene viva.

—Tío Conrado, yo quisiera…

—Tú no tienes que preocuparte, que bastante tienes con esa vida que te obligan a llevar. Eres un hombre inteligente y honrado. Siempre lo fuiste, a pesar de la adversidad… La suerte nunca te acompañó… Con tu prima Felícitas cumpliste sobradamente. Con tu vuelta, ella se recuperó y durante un tiempo, gracias a tu dedicación, pensamos que volvería a ser la que había sido antes de la enfermedad,

pero el mal lo llevaba dentro. Ahora debes pensar en ti y pasar a Francia en cuanto surja la oportunidad, que nosotros nos iremos en poco más de un mes al pueblo de tu tía. Allí hay una casa familiar que le tocó en herencia y está desocupada. Internaremos a Felícitas en una residencia especial para casos como el suyo, no es un manicomio, es un sanatorio de notoriedad. No hay otra solución. Ya somos viejos y ni podemos ni sabemos atenderla bien, y la residencia está a unos kilómetros del pueblo, así que ya todo está bien dispuesto.

—¿Y cómo se van a arreglar, si a usted le están negando la pensión de maestro?

—Tu tía seguirá cosiendo, tiene todavía buena vista y sabes que con la aguja y el hilo es la mejor, y yo daré clases particulares de latín o de filosofía, o de lo que sea, que no me faltarán alumnos, y la casa es grande, así que podemos alquilar habitaciones. Allí hay muchos que vienen de fuera a trabajar en los barcos de pesca. Tú no te preocupes, estaremos bien, y algunos ahorros tenemos para echar a andar.

—Es usted un hombre sabio y un hombre bueno.

—Sabio quise serlo, pero el camino de la sabiduría siempre es más largo que la propia vida, y bueno no sé si lo soy, si por bondad entendemos una inclinación permanente a servir de alguna utilidad a los demás, pudiera ser, que ya sabes que abundan los sentimientos de piedad y de misericordia, y yo a ellos no me sujeto, pues me huelen demasiado al agua bendita, y prefiero buscar directamente el beneficio de los otros, y más ahora que parece que los corazones supuran más inmundicia que nunca.

—Siempre tuve la tentación de parecerme a usted, tentación o vocación, que no sé cómo llamar a este impulso interior que en mí provocó su ejemplo, sobre todo en lo que se refiere a dar sentido a la vida.

—No digas eso, Juan Jacobo… Tú tienes superado con creces lo que en mí no era más que una buena disposición. Yo me quedé en los preceptos y tú fuiste un hombre de acción. A mí, para eso, me faltó valor, y no dejo de ser un reo de mi indolencia, y te aseguro, sobrino, que la cobardía se administra mal.

—¿Usted cobarde? ¡Por favor, tío! Si estuvo toda la vida entregado a la enseñanza… No hable de cobardías, porque hizo usted mucho bien a mucha gente, y, precisamente por haberse mantenido firme lo han represaliado de esta manera indigna, que si no es por Efrén y por don Carmelo hasta andaría usted encerrado en algún penal.

—Me niegan la pensión.

—Se están cagando en la educación y en la justicia y en todo… Andan flotando en la mierda.

—Y repartiendo muerte… Sabes tú que soy hombre manso, libre,

pero manso, y me duele más la ofensa de lo que hacen en las escuelas que lo de mi pensión, me duele incluso más de lo que me dolió la guerra, porque ésta es otra guerra sorda y eficaz, y mucho más devastadora y definitiva, una guerra que se libra sin oposición en cada una de las escuelas de la nación, una guerra sucia que reniega de la verdad y propaga el servilismo, el odio y el escarnio.

—Siempre viví con el pálpito de que nada que mereciera la pena resultaría fácil. Cuando llegué al pueblo por segunda vez tenía la intención de echar raíces, usted lo sabe, pero apenas aparecieron los primeros brotes ya tuve que poner otra vez tierra de por medio para salvar el pellejo, y estoy cansado de huir, tío Conrado, estoy muy cansado de dormir sobre la tierra.

—En breve pasaréis a Francia.

—¿Puedo ver a Felícitas?

—Espera a que la tía nos avise de que ya está despierta… Pero no te va a reconocer.

—Antes que se me olvide… Tengo una muela que se me mueve y a veces se pone rebelde. Usted siempre tuvo buena mano para las extracciones.

—Ya no ando bien del pulso.

—Pero no habrá perdido la maña, ni tampoco las herramientas.

—Ven que te la vea. En todo caso será mejor que te la extraiga después de la boda, por si le diera por sangrar. A ver…, sí, la tienes inservible, y creo que hay espacio para agarrar.

—Esta boda me está dando muy mala espina.

—Don Carmelo me dijo que no hay motivos de preocupación.

—No los hay hasta que los haya, tío. La desgracia llega sin avisar. Ojalá que a ningún guardia se le ocurra aproximarse por aquí, porque preparados estamos y organizaríamos una lamentable carnicería que no sería buena para nadie.

—Con esta boda se volvió a resucitar el recuerdo del crimen.

—Me preocupa Delmiro… El odio hacia su padre no lo deja respirar.

—Delio era un pobre hombre del que se burlaban todos en la taberna, se emborrachaba con facilidad y trataba a sus hijos como a animales, y mira que tenía unos hijos buenos, no se los merecía. Iba de mal en peor. Su mujer apenas salía de casa, andaba siempre asustada, y pasó lo que tenía que pasar, y ninguno hicimos nada para evitarlo, porque se veía venir, Juan Jacobo, aquello se veía venir. A estas cosas y a otras parecidas me refiero cuando te hablo de la cobardía y de la indolencia. Delio era un ser ignorante y débil y no recibió ayuda de nadie, y tampoco nadie tuvo el coraje de pararle los pies.

—Ya viene la tía.
—Anda, entra a ver a Felícitas.

FUEGO DE LA SUERTE

—¿Cómo es que llevas tantos años en esta casa de caridad si tienes un hijo que anda por tierras argentinas?

—Precisamente por eso, Delio, precisamente.

—¿Cómo es que no te fuiste con él?

—Ya te lo conté mil veces, pero ya sé que tienes la memoria blanda como la arena del río. Argentina es muy grande, uno de los países más grandes de la tierra.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo leí hace muchos años en la *Enciclopedia Universal* que había en el Ateneo Minero. Muy grande es Argentina, como te digo, y cada carta de mi hijo venía de una provincia diferente. La primera me acuerdo que llegó de Catamarca, y la última desde Tucumán, y las hubo de Mendoza y de Misiones y de no sé cuántas provincias más. Él me decía que era viajante, representante comercial de una fábrica de aceite de girasol, pero no sé si decía la verdad, porque siempre fue culo de mal asiento y muy propenso a la trapacería, y tampoco en las cartas se extendía en explicaciones excesivas. Muchas cartas se perdieron con el incendio, pero todavía conservo algunas.

—¿De qué incendio me hablas, Sebio? Cada día te inventas una nueva catástrofe.

—Ay, Delio, qué cabeza la tuya. Tú estabas en la cárcel, pero ya me canso de contártelo. La casa se me quemó con todo lo que había dentro, que tampoco era tanto, pero lo suficiente para que tuviera que venirme a vivir con las monjas.

—¿Y cuánto hace de la última carta de tu hijo?

—Ya va para diez años, así que ni siquiera sé si está vivo o está muerto.

—Estará vivo, pero no querrá saber nada de ti.

—¿Qué coño te pasa, Delio? Parece que te hubieras levantado hoy con ganas de amargarme la existencia.

—Nadie nos quiere, Sebio, ésa es la puta verdad.

—Ésa es tu puta verdad. Yo no tengo crímenes que ocultar, así que tengamos la fiesta en paz.

—Tampoco yo los oculto, bien a la vista están. En la cárcel pensé en colgarme, que lo sepas, pero fui un gallina.

—En eso nos parecemos. También yo pensé en colgarme y también a mí me faltó el valor.

—Pero tú no fuiste un criminal.

—Pero estaba cansado de tanta soledad. Desde que Etelvina murió, tanta soledad fui acumulando que hasta pensé que me había vuelto invisible. Nadie me visitaba, yo no hablaba con nadie y nadie hablaba conmigo, y hasta el cura Lubencio me dijo un día, no te dejas ver, Sebio, parece que anduvieras escondido. Eso me dijo el cura, y te digo que no me escondía, pero dejaron de verme. Así que… verás lo que pasó, Delio, te lo voy a contar, a nadie jamás se lo había contado antes, te lo puedo asegurar, y a ti te lo cuento porque sé que mañana ya no te acordarás.

—Lo que tú digas…

—Un día me colgué, até una cuerda a un gancho que había en la viga de la sala, me subí a un taburete, me eché la lazada al cuello y… hala, patada al taburete y a morir, pero el gancho se partió, me desplomé y fui a dar contra la luna del armario. Se partió en mil pedazos. Aquella luna había sido un capricho de Etelvina, obra de Abilio, el carpintero de Casares.

—Yo conocía bien a ese Abilio.

—Ya sabes que después de que Efrén le trajera a Digna Emerita aquel armario con luna, el primero que se había visto en Peñafonte, a todas las mujeres se les antojó uno igual, y mi Etelvina no iba a quedarse atrás, así que me acordé mucho de ella cuando, en lugar de matarme, destrocé aquella luna en la que a ella le gustaba tanto mirarse, y nunca más pensé en quitarme la vida.

—Lo tuyo no fue cobardía, Sebio, perdona que te lo diga, lo tuyo fue el maldito fuego de la suerte.

—Eso sería.

—La suerte es como una riqueza que te viene de nacimiento, como andar toda la vida con una estrella en la frente o con un par de claveles prendidos en las orejas.

—No te digo que no.

—Mi Sara también quería un armario con luna, pero me negué, le dije que ni hablar. Siempre fui muy duro con ella.

—Como que la acabaste matando.

—Vete a la mierda, Sebio, vete a la putísima mierda. Tú no eres un amigo. Yo soy quien soy y ninguno es más que nadie.

—Somos como dos perros, Delio, dos perros callejeros que hasta perdieron la calle, lamiéndonos las heridas en medio de esta miseria, dos perros que a veces se dan calor y a veces se muerden y se ladran.

Tú me mordiste antes con lo de mi hijo y ahora te muerdo yo con lo de tu mujer.

—Nadie nos llama y nadie nos espanta.

—De vez en cuando las monjas nos ponen el collar y al sentirnos atados es cuando nos entra la sensación de que esperamos algo.

—Congoja, diría yo.

—En los sueños que tengo últimamente es todavía peor. No sueño más que recelos y el alma se me separa del cuerpo, como lo oyes, Delio, se separa y se queda suspendida como una pluma hasta que se la lleva la ventolera, y se me envenena el cuerpo cuando se queda sin alma. Me levanto con el sabor del veneno en la boca.

—A mí el cuerpo se me queda frío.

—El cuerpo frío y la mente oscura, pero de lo que sí nos libramos, hace ya tiempo, es del miedo. Puede que sigan rondándonos algunos miedos, pero ya se hicieron costumbre. Un día tuve miedo de no volver a ver a mi hijo, y cada día y cada hora se repetía ese miedo, y ahora esa sensación ya no es miedo, sino costumbre.

—Yo sentí una vez el miedo cuando me dijeron que tenía cumplida la pena y que debía salir del penal. Es el tedio el que agota el miedo, y para tener miedo hace falta seguir vivo. Nosotros estamos muertos. También tuve miedo la primera vez que Tricio vino a visitarme.

—Al menos tú tienes un hijo que viene a verte.

—No sé si viene a alimentarme la congoja de vivir o a certificarme la muerte.

—Pero viene.

—Rendido ya estoy, Delio.

—Delio eres tú, yo soy Sebio.

—Rendido estoy y la renuncia la tengo bien tramitada… Hace mucho que no viene mi hijo a hacerme la visita.

—¿Qué dices, Delio? Esta semana no vino porque precisamente hoy es la boda de tu nieto.

—Estás tú listo… ¿Tan viejo me ves para que ya se me casen los nietos?

—¿Es que ya lo olvidaste? ¡Coño, qué pronto se te olvida todo!

—El día en que se nos case un hijo a Sara y a mí organizaremos un banquete por todo lo alto. A ella le hace mucha ilusión lo de los banquetes, porque nunca asistió a ninguno…

—Ya se te abrieron otra vez los agujeros de la memoria. Te digo que la tienes como un cesto, así que mejor volvemos a lo nuestro.

—¿Y qué es lo nuestro, Sebio?

—Recordar los momentos felices y a las personas buenas.

—No eres capaz de dejarme tranquilo con esas ocurrencias tuyas

que me envenenan la sangre.

—Así se te quita el frío.

—Sara es la única capaz de quitarme el frío.

—Pues entonces, Delio, vas a morir de congelación.

—Sobre todo cuando abro los ojos al amanecer y la siento cerca. Despierto y me desvanezco en el calor que ella me presta, y entonces todo lo que se había roto la noche anterior, vuelve a recomponerse. Te confieso, Sebio, que ése es el único momento bueno del día y de la noche. La toco sin otra intención que la de recibir el calor, y ella tiembla, y a veces me pregunta por qué no soy siempre así, y no respondo nada, porque no sé qué responder, no sé por qué soy como soy, supongo que nadie lo sabe, y entonces suenan las campanas del reloj de la sala, y ella dice que es la hora, y hay tanta pena en la manera de hablar de ella que a mí me entra de nuevo el frío y le grito que ya voy, y me levanto y es como si detrás de mí se escuchara el estrépito de un cerrojo.

—Un día me dijo Lázaro Alonso, el marido de Dulce Nombre, ya sabes que mi casa o lo que queda de ella está justo detrás de su caserón, pues un día me dijo Lázaro, él siempre me hacía alguna que otra confidencia cuando íbamos de caza, pues un día me dijo ese hombre, qué mala suerte tuvo con lo buena persona que era…

—¡Me quieres decir qué coño te dijo Lázaro!

—Pues… si te digo la verdad, ya no sé lo que iba a contarte…

—El que no lo sé soy yo.

—Ah, sí… Me decía Lázaro que todas las mujeres habían vivido otras vidas antes, varias vidas, vamos, que cada mujer acumulaba, tanto en el cuerpo como en el espíritu, varias reencarnaciones, y que por eso todo en ellas es diferente, la intención de lo que dicen, la intensidad de lo que recuerdan, todo, hasta el calor que desprenden, eso decía él, y que los hombres no, que nosotros éramos seres simples de una única vida, que ellas eran más profundas, y nosotros más huidizos, ellas mucho más proporcionadas en sus sentimientos, y nosotros más animales, porque los animales, a excepción de los gatos, tampoco se reencarnan, así que, lo que ellas pierden por la fuerza, lo ganan por la voluntad y por la experiencia. Esto me decía Lázaro, que ya sabes que era un hombre de mundo y muy instruido.

—Pues podía haberse aplicado a sí mismo tanta sabiduría, porque su mujer se la pegó bien pegada con Juan Damasceno.

—¡No digas eso, Delio, por Dios, no digas eso! Lo de Juan con Dulce Nombre fue después de la muerte de Lázaro.

—No sé yo qué te diga… Pero te hablaba de mi Sara, y tú vas y me sales con esa Dulce Nombre de María. ¡Coño, Sebio, qué conversación más dispersa tienes!

—Ahí te doy la razón.

—¿A tu Enedina cómo la conociste?

—Etelvina, Delio, se llamaba Etelvina. Ya sabes que era de Casares. Me habló de ella el carpintero Laureano. Él hizo de mediador, porque a ella uno de la Tierra de Campos que traía pellejos de vino la había dejado plantada, y Etelvina vivía avergonzada y sin salir de casa, y te digo, Delio, y no te exagero nada, que mi Etelvina fue la mujer más extraordinaria de la tierra, y no sé cuántas reencarnaciones llevaría encima, pero lo tenía todo, experiencia y solicitud, templanza y resolución, cariñosa, ahorradora… En fin, que no había otra como mi Etelvina.

—Yo apenas me acuerdo de ella.

—¿Y cómo fue lo tuyo con la pobre Sara?

—Mi padre y su padre acordaron la boda siguiendo el consejo de don Porfirio. Ella traía al matrimonio la huerta de Pando, una mata por debajo de Cueto Morán y una casa en ruinas que había ganado el abuelo de Sara en una partida de cartas. Como éramos primos, don Lubencio tuvo que tramitar las dispensas, así que, mientras llegaban, que más de un año tardaron, ella se empleó de costurera en casa de Gudelia, la mujer del árabe José Ibrahim, y yo, que entonces trabajaba de entibador en la mina de San Roque, fui poco a poco arreglando la casa…

—Hostias, Delio, te estás emocionando… No me digas que estás llorando.

—Sara es muy buena conmigo, Sebio, y no merece el trato que le estoy dando… Acabará castigándome Dios…

—Coge el bastón con la mano izquierda, y con la derecha apóyate en mí… Vamos dentro a ver si encontramos a otros dos y echamos una brisca.

—¿Sabes de lo que siempre tuve miedo?

—¿De qué, Delio?

—De terminar como un vagabundo.

—¿Te acuerdas de aquel vagabundo que venía por Peñafonte todas las primaveras?

—Claro que me acuerdo. Llevaba siempre un saco lleno de botes y de latas, no sé para qué los quería.

—No recuerdo cómo se llamaba.

—Ni yo.

—Algo como Tarsio o Társilo… Don Porfirio quiso darle un trabajo y él se puso como una fiera corrupia, vaya cómo se puso, y decía que dónde se había visto trabajar a un vagabundo, que hasta ahí podíamos llegar, que un vagabundo vaga por el mundo, como su propio nombre indica, atendiendo a la cristiana caridad y sin echar raíces en ningún

bancal. Él era un vagabundo con mucha dignidad, pero decían que había dejado preñada a la mujer del alguacil de Casares, y puede que fuera verdad, porque desde aquello no volvió a aparecer por estos pueblos.

—Era un vago muerto de hambre y a mí siempre me dio miedo terminar como él.

—Y mira cómo acabaste…

—Tú sí que terminaste mal… Sin mujer, sin casa y sin hijos… ¡Anda que no tienes tú poco para que andes criticando a los demás!

—Mira, Delio, no me hagas hablar. Tira para dentro y tengamos la fiesta en paz.

—¿Adónde quieres que vaya con lo tarde que es?

—Un invierno más, Delio, y el viento nos apagará como si fuéramos velas.

TRINIDAD

—Vivo así no por propia determinación, sino porque el instinto me empujó a preservar la vida y porque prefería luchar por algo a dejar el cuello expuesto al yugo de la infamia, y también, todo hay que decirlo, porque carezco de responsabilidades familiares que pudieran de alguna manera torcerme la voluntad.

—Mira, Delmiro, te entiendo y no te entiendo. Por un lado, sé que tu vida se determinó al albedrío de las amenazas, pero también pienso que nadie puede estar preparado para vivir como una alimaña salvaje.

—Somos animales del monte, hermano, eso es lo que somos, pero no te creas que no soñamos con una vida mejor. No nos hemos embrutecido tanto.

—¿Y tú con qué sueñas, Delmiro?

—Ahora sólo pienso en pasar a Francia y dejar atrás este sinvivir, y también sueño, a ti te lo puedo decir, con que Dulce Nombre, más pronto que tarde, pueda reunirse conmigo.

—¿Conoce la viuda tus intenciones?

—Ella conoce las mías, pero yo no termino de descifrar las suyas. En mí todo parece inminente, y en ella, sin embargo, todo se retarda. Sospecho que, de alguna manera, está esperando el consentimiento del hijo.

—No lo tenéis nada fácil. Lo que a ti te mantiene cercado es mucho y, déjame que te lo diga, hermano, lo que ella aguarda tal vez no esté de tu mano entregárselo.

—No creo que por ese camino que tú nombras ande la verdadera dificultad, pero vamos a dejar el asunto de Dulce Nombre. Lo que quería manifestarte es que, antes de abandonar estos montes, necesito visitar a nuestro padre.

—Yo voy todas las semanas.

—Lo sé.

—¿Y se puede saber por qué ahora, después de tantos años…?

—Quiero acabar con él. Eso quiero, y no te sorprendas, Tricio. Llevo mucho tiempo pensándolo y, antes de pasarme a Francia, quiero acabar con él.

—Tarde llegas, Delmiro, porque hace tiempo que a nuestro padre

no le queda una gota de vida.

—Debo hacerlo, por madre y por las hermanas. Es algo que me atormenta desde hace años, algo así como un presentimiento, como una de esas zarzas que se te enreda en las piernas y cuanto más te mueves más se quiere enredar, como si la zarza fuera creciendo. A veces sueño con él y me quedo mirándolo y él no dice nada, porque está siempre quieto, pero siento un vacío grande, la conmoción de quien acaba de perder su casa en un incendio.

—Te convertirás tú también en un criminal.

—A mí ya me persiguen y me acusan de un buen montón de crímenes, así que uno más no alterará mi expediente. Está claro que soy el señalado para acabar con él.

—Pero es tu padre.

—Supongo que a ti nada te importará que acabe con él, y sé que tampoco a las hermanas.

—A mí me importas tú, y también yo tengo presentimientos, pero con respecto a ti, así que, si lo vas a hacer, hazlo sin que se sepa que lo hiciste tú, con que le soples los ojos seguro que se le apagan… La nuestra, Delmiro, es una familia muy desgraciada.

—Cuando él se acabe, se acabará la desgracia.

—No debiste contármelo.

—Lo que necesito es que tú me absuelvas. Tú eres mi hermano mayor y no pude disfrutar de tu compañía todo lo que hubiera querido, pero te respeto mucho y no puedo hacerlo sin tu consentimiento.

—Cuando eras pequeño te llevaba a veces conmigo y el olor de las cabras te hacía estornudar.

—Fíjate que, en los años en los que anduve en la mala vida, el olor de las mujeres de la cantina también me hacía estornudar. Era un olor a manzana asada, a la ropa que se plancha cuando está todavía mojada. Son alergias inexplicables, pero uno aprende a vivir con ellas, y ahora lo único que me hace estornudar es el aguardiente.

—No deberíais haber bajado.

—Fue cosa de Milvio. Estaba desesperado, pero no pasará nada. Está todo controlado.

—La gente estará nerviosa.

—¿Va a venir ella a la boda?

—¿Quién?

—Dulce Nombre.

—Invitada está, como lo está todo el pueblo. Comida, gracias a vosotros, hay en abundancia. No estará Efrén, porque me dijo que para él sería un compromiso juntarse con vosotros de forma tan descarada, así que se quedará encerrado en casa. Llamó al cuartelillo

para pedirles que estos días no hubiera batidas, porque él, a consecuencia de un viaje, no iba a poder servirles de guiador.

—¿Tú te fías de él?

—Completamente.

—Fíate de los santos y no les pongas las velas.

—A Efrén todo el pueblo le pone velas, y vosotros también deberíais ponérselas.

—… Tricio.

—¿Qué?

—¿Qué fue lo último que te dijo madre?

—No lo recuerdo… Sabes que yo ya estaba en mi casa con Lena y con el niño… ¿Y a ti? ¿Qué fue lo último que te dijo a ti?

—Ella hubiera querido que me ordenase cura. Siempre tuvo esa esperanza desde que marché al seminario, y eso fue lo que me dijo, que rezaba todos los días para que su hijo pequeño llegara a ser un ministro de Dios, así lo decía ella, porque pensaba que nuestra familia necesitaba oraciones en abundancia y muchas indulgencias, así que lo último que me dijo fue que debería haber seguido en el seminario, y yo le recordé que no me habían dejado seguir por culpa de las fiebres, y ella insistió en que debería volver cuando me recuperara… Quiero que vuelvas, me repetía…

—Raida dice que ninguno hicimos lo suficiente.

—El daño nunca viene únicamente de la mala fortuna. La fortuna desafía y nosotros le vamos dejando las señales, y la indolencia es un vicio grande. Él fue tejiendo la tela con algunos hilos prestados, pero la araña fue él, hermano, la puta y desgraciada araña no fue más que él.

—Me pides consentimiento y no puedo dártelo, y tampoco puedo negártelo. Digamos que si haces lo que dices que pretendes hacer voy a mantenerme indiferente en cuanto se refiere a los sentimientos, pero preocupado por las consecuencias, y vuelvo a repetirte que padre está más muerto que vivo, y que esa poca vida que le queda está sostenida por un grave y desconsolado remordimiento, así que, si lo vas a matar, lo vas a matar en vano, salvo que lo hagas por sujetar de una vez y para siempre ese amor propio que te consume por dentro.

—Es el mal de lo que se queda a medias. Hay quien lo llama el mal de la niebla. A medias se me quedó la lucha, a medias las ideas que me llevaron a ella, a medias se me queda el amor que siento por Dulce Nombre, si es que ella no acepta corresponderme, y a medias tengo desde hace años el asunto éste de acabar con quien nos jodió la vida. Es como si desde siempre me encontrara frente a una ventana cerrada y con los cristales sucios, y al otro lado estuvieran ellos, desvanecidos, confusos… Está padre, siempre borracho y con la mirada perdida, y

está ese caudillo hijo de la gran puta, con sus polainas de cuero y su cínica sonrisa de beata, y sé que están ellos al otro lado, pero no consigo verlos con claridad por culpa de la puta niebla, y también al otro lado está Dios, ese Dios que no quiere convencerme de su existencia, el Dios que también es niebla, porque está, pero no está, así que tengo que tumbar esa puta ventana, hermano, sea como sea tengo que echarla abajo, y no te creas que te estoy hablando de un conflicto moral, de ninguna manera, se trata más bien del trance de la supervivencia, porque no hay en mí remordimientos, sino la triste comezón que me provoca el sentirme incompleto.

—Pues no quiero desanimarte, pero matar a padre, al caudillo y a Dios va a resultar una tarea dificultosa.

—Es algo así como una trinidad…

—Pues figúrate tú…

—A Dios no puedo matarlo, porque no lo encuentro, aunque lo seguiré buscando, y al caudillo lo mataré alejándome de su ámbito de influencia, digamos que rindiéndome y olvidándolo, así que, de momento, con matar a padre, me basta, y con convencer a Dulce Nombre de que se reúna conmigo en Francia.

—Te digo, hermano, que el monte te tiene reblandecido el entendimiento, lo cual de ninguna manera me extraña, viviendo de la manera que vives. Anda, pasa a ver a Lena y a tus hermanas, y al novio, que hay que joderse lo temblón y lloroso que está, que parece que fueran a degollarlo.

NIEBLA

—Cuando amanece un día de niebla, como el de hoy, se me hace más evidente la eternidad, porque el mundo se queda quieto, Melquíades. ¿No ves que parece que se hubiera parado el mundo? Los pensamientos se congelan y la memoria se extingue como la llama de un candil que se hubiera quedado sin aceite. También yo me casé con la Guadalupe en un día cerrado y blanco como éste, por eso la niebla siempre me aprieta el corazón y me echa a las barbas la precariedad de esta vida estorbada y arrastrada que llevamos.

—Estamos de pie, Rogelio. No digas que andamos a rastras, porque llevamos la cabeza bien alzada.

—Los afectos que tuvimos ya ni nos tocan, la voluntad se nos desprende como una costra reseca y el alma la tenemos blanda como la manteca, tanto que a veces hasta nos entran ganas de volver a creer en Dios, así es como te lo digo, que cuando me casé con la Guadalupe todavía creía en Dios, pero luego Dios se desentendió de mí sin reparar en barras.

—Yo nunca tuve fe, pero me da que tú la perdiste por puro resentimiento.

—Será que la fe se viene y se va como si fuera niebla.

—¿Cómo es que al final te decidiste a bajar a la boda?

—No podía soportar la idea de quedarme allá arriba solo y triste como un perro.

—Hombre, Rogelio, triste lo sigues estando, que pareces un espantajo, con la mirada rota y ese gesto de palo reseco que te duplica los años.

—No será para tanto… Sólo trato de conversar contigo para pasar el rato.

—En un día de perros como el de hoy, por aquí no se asoman ni los cuervos. Ya está empezando a llover. Voy a liar un cigarro… ¿Quieres que te líe uno?

—Joder, Melquíades… Sabes de sobra que a mí no me sienta bien el tabaco, por lo del asma.

—Un día es un día y hoy lo es de celebración, y el aire está más que blando, pero si no quieres fumar, al menos échate un trago de ese

aguardiente que nos dejó Delmiro.

—A eso no voy a decir que no.

—¿No te gustaría escuchar el sermón del cura? Dicen que habla claro y muy transparente, con el corazón en la mano y en romance, como se suele decir, tanto que algún problema ya tuvo con las autoridades, aunque siempre sabe cómo engañar a los guardias. Creo que gasta descaro hasta con el mismísimo Dios.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que a Dios lo trata de tú.

—Ya te dije que a mí no me queda ninguna confianza en Dios.

—¿Qué tendrá eso que ver? A un buen parlamento no se le hace desprecio. Tampoco yo creo en Dios.

—Pues corre a escuchar al cura, que para esta guardia yo me sobro y me basto.

—Sólo comulgué una vez, cuando hice la primera comunión.

—Ay, Melquíades… Los del monte comulgamos todos los días con unas ruedas de molino de tres pares de cojones.

—Dice Delmiro que este don Carmelo, cuando habla, te provoca una especie de euforia interior que te despabila los sentimientos. A ti te vendría bien escucharlo, porque andas triste y ojeroso como un ahorcado.

—A lo mejor, si escucho ese sermón de la montaña, hasta se me cura el asma. Anda, Melquíades, no me jodas, que parece que anduvieras buscándole el pelo al huevo. No me creo nada de lo que dicen sobre ese don Carmelo, pues cura es al fin y al cabo. El de mi pueblo, que se llama don Servando, es un fascista cabrón, delator y mujeriego, y me da que todos se ilustraron en el mismo patronato.

—¿Y vas a meterte en el agujero que te están preparando en casa teniendo cerca a tal personaje?

—La Guadalupe lo tiene todo pensado. Ella es muy lista, no te vayas a creer. Caparina le va a escribir una carta comunicándole mi defunción. Ella es muy buena cristiana, cumplidora y todo eso, así que cuando tenga la carta irá toda llorosa a enseñársela a don Servando, ya sabes, para pedirle unas misas por la salvación de mi alma, y entonces el pueblo entero me dará por muerto. Fíjate qué bien pensado lo tiene mi Guadalupe.

—Como un muerto vas a vivir.

—Pero sin tanto sufrimiento y tanta calamidad. Tener por fin a mis hijos y a mi Guadalupe cerca, después de tantos años en fuga, será como estar viviendo en la Gloria.

—Desde luego, Rogelio, tienes mucha capacidad de conformación. Con lo arrojado y dispuesto que tú eras…

—Libre y quieto, y bien agarrado a lo único que tengo.

—Quieto sí, Rogelio, pero libre… por los cojones. Atrapado sin voluntad para ver el sol…

—Miraré la luna. Una vez estuve un día y una noche debajo de un vagón, porque me hirieron en una pierna. Fue cuando nos arrebataron Reinosa. El tren estaba parado en la estación y había un montón de militares. Era el mes de septiembre, pero hacía un frío del carajo, y los soldados prendían hogueras y conversaban, y yo no podía ni toser, calado como estaba hasta los huesos y sin comer ni dormir desde hacía tres días. Los ojos se me cerraban y no podía dormirme por si soñaba en voz alta o roncaba. Ellos se reían y conversaban unos con otros a dos pasos de mí. Te digo, Melquíades que aquella tortura fue peor que las que sufrí cuando la represión del treinta y cuatro, y lo cierto es que me dormí, y cuando desperté ya no estaban los soldados y tampoco estaba el tren, y yo tumbado a lo largo de la vía como una culebra muerta.

—¿Y qué me quieres decir, Rogelio?

—Nada, hombre… ¿Qué te voy a querer decir? Es sólo un recuerdo que me llegó… Te lo refiero con la única intención de pasar el rato.

—¿Y no escuchaste el ruido del tren?

—Nada, así que figúrate cómo estaría de cansado. Desde aquella vez se me agravó lo del asma. Digo yo que igual esto se me ocurrió por lo de la quietud. Sí, seguro que sí. Está todo muy quieto, y a veces quedarse inmóvil, como hice yo aquella vez en la estación de Reinosa, sirve para espantar las adversidades.

—Hostias, Rogelio… Menudo espíritu revolucionario…

—El tiempo de la euforia a mí ya se me pasó, y no me duelen prendas al reconocerlo.

—Y que lo digas.

—Ahora siento la emoción de la quietud como una llamada de la conciencia. Delmiro dice que ésa es la señal de la decrepitud, pero yo no lo creo. Te lo digo de verdad, Melquíades… Tengo ganas de vivir, y más ahora que voy a ser padre otra vez y voy a estar cerca de los míos.

—¿Sabes que Delmiro quiere matar a su padre antes de pasar a Francia?

—Son maneras de hablar, Melquíades, son formas de manifestar el resentimiento. A un padre no se lo mata por muy criminal que sea. A mí, como padre que soy, no me cabe en la cabeza esa circunstancia, y, además, de aquel crimen horrendo pasaron ya muchos años.

—Pues yo te digo que, si la conciencia se lo pide, y está claro que se lo viene pidiendo, es menester que lo lleve a término. Al fin y al cabo el viejo ya estará más muerto que vivo, y a Delmiro se le aplacará por fin esa inquietud que lo está arruinando, y te aseguro que

a nadie de su familia, incluso a nadie del pueblo, se le ocurrirá cursar una denuncia. Él acaba con el viejo y se viene a Francia cumplido. Es un buen compañero y seguro que a él también lo estará esperando allí una mujer cariñosa como la que a mí me espera. Parece que las estoy viendo, asomadas las dos al balcón, con las caderas anchas y las piernas largas, saludándonos alegres… Qué bienestar me da imaginarlo, Rogelio… Tiene que ser muy luminoso el cielo de Francia.

—No sé por qué, Melquíades, no sé por qué si Francia está más al norte que España.

—Pero el cielo de Francia no estará tan estremecido y tan sucio como éste. La luz de allá debe de ser deslumbrante. Sólo de pensarlo me entran unas ganas enormes de tener trabajo y obligaciones, de levantarme cada mañana con tareas que desempeñar y deberes que cumplir. Te juro que así me siento. Ir haciendo, una tras otra, todas las cosas insustanciales de la vida con la ilusión de que cada una sea la más importante del mundo, sin que me quede dentro nada malo que recordar, y que mis gustos coincidan siempre con los de ella, para que, así, cada cosa esté siempre donde tenga que estar. Tengo ya muchas ganas, Rogelio, de abandonar de una puta vez esta vida de desidia, y no te lo digo para convencerte, que tú está claro que tienes otro destino.

—Lo tengo.

—Ah, y quiero tener un hijo francés. Nunca había pensado en tener hijos. Mi padre nos abandonó, a mi madre y a mí, cuando yo era muy pequeño. Ni siquiera lo recuerdo. Mi madre murió de pena y yo crecí en el hospicio, y por eso no pensaba en tener hijos, pero cuando imagino a la francesa esperándome en el balcón, con el sol brillándole en la cara, te digo que en los ojos se le adivinan unas ganas enormes de tener un hijo conmigo. Debe de ser algo muy grande tener un hijo para quererlo.

—Dímelo a mí que ya voy a por el cuarto… Arrecia la lluvia.

—Habrá que resguardarse.

—Vamos allí debajo de aquella portalera.

—También a mí me hubiera gustado matar a mi padre antes de marchar a Francia, pero nunca supe nada de él, salvo que llevo su nombre, y ni siquiera sé si estará vivo, y tengo para matarlo las mismas razones que Delmiro, porque también mi madre murió por su culpa. Él la mató de pena. Tú no lo entiendes, pero es como soltar un lastre, como arrancarte una zarza que lleva toda la vida pinchándote el corazón, pero a mí no me atormenta tanto esa necesidad, porque al mío, al fin y al cabo, lo doy por muerto, pero Delmiro lo tiene ahí abajo en el valle, viviendo y recordándole cada día el destino que debe cumplir, porque te digo yo que sin ese cumplimiento andará siempre sin rumbo y a la deriva, y para empezar una vida en Francia

hay que tener la de aquí bien concluida y resuelta, porque es importante que esas mujeres que todavía no tienen nombre, pero que ya nos esperan en el balcón de las flores, nos encuentren con el corazón sin fatigas y con el cerebro limpio.

—Con respecto a Delmiro, andas mal encaminado, porque él sólo piensa en la viuda Dulce Nombre, y además se la quiere llevar a Francia.

—Ésa, de aquí no se mueve… Lo que yo te diga.

—¡Qué sabrás tú!

—Dame un trago de aguardiente, que me está creciendo algo aquí dentro, no sé si la desazón o la euforia, más bien creo que será la euforia.

—Pues ya lo ves, te estás animando sin necesidad de escuchar a don Carmelo.

—Estará predicando en este momento y me estarán llegando las ondas.

—Ya te digo…

SERMÓN

—Ellos contribuyen, sin duda, con sus corazones inocentes, con sus intenciones honestas, a crear una atmósfera tranquila que los protegerá y envolverá, a pesar de la tensión de este día que huele a lluvia y que huele a monte. Sí, hermanas y hermanos, aun aquí, bajo el techo de la casa de Dios, huele a lluvia y huele a monte, y no albergo duda alguna de que, confundido entre los forasteros asistentes, andará un ángel con sus alas invisibles bien extendidas…

—¿No serás tú el ángel del que habla el cura?

—Vete a la mierda.

—Querida Jovita y querido Arbicio, el anhelo incesante por juntar vuestras vidas os ha traído, en sublime misión, a la presencia de Dios, y doy por seguro que ese mismo anhelo, desde esta ermita humilde, dedicada al peregrino y sanador san Roque, os llevará a la virtud, y no puedo evitar, al veros, el supremo ensueño de suponer también, un día, unida y confortada, a la patria ahora ensangrentada y dividida…

—Ya se está animando.

—No me parece.

—Cuando se enciende una luz, decía nuestro Señor Jesucristo, no se la pone debajo del celemín, sino en el candelero para que alumbre a todos, y en este tiempo que nos tocó vivir hay demasiadas luces alumbrando tenadas, cuevas y desvanes, demasiadas luces clandestinas y excesivos mesías equivocados que se desentienden de la sana propagación de la luz, que destruyen con su ignominia, incluso, los sagrados candeleros que sostienen la verdad y la justicia, demasiados salvadores de la patria tristemente ocupados en encontrar luces inocentes para apagarlas de forma definitiva…

—¿Qué te dije?

—Tira a matar.

—Este amor puro y sincero, que ahora os prometéis, será una poderosa luz que iluminará hasta el deslumbre los desvanes de la sinrazón, las tenadas de los desvaríos y las cuevas de la mala fortuna, una llama ingente que destruirá todos los celemines, porque el amor, vuestro amor, el amor de todos vosotros, será la luz de la verdadera salvación, la luz de la palmatoria inquebrantable de la

reconciliación…

—Muy bien traído.

—No sé… Más bien un clamor en el desierto…

—Desde este mismo instante fundaréis una familia edificada con palabras fecundadas por la divina gracia, y asisten hoy a esta fundación matrimonial, excepcionalmente, unos feligreses inesperados que bien pudiéramos suponer como representantes simbólicos de todos los que esperan y de todos los que sufren, entre ellos el padre de la novia y un tío carnal del novio, y sé bien que algunos de ellos no creen en Dios, o al menos eso es lo que dicen, pero estoy convencido de que la causa de su ateísmo no es otra que la ignorancia, pues el creer en Dios es el fundamento incontestable de todo orden social y de toda responsabilidad sobre la tierra, y, además, afirmar que no existe más que una sola realidad, la materia, con sus fuerzas ciegas, la cual por evolución llega a ser planta, animal o ser humano, es lo mismo que negar la belleza, la memoria o los sentimientos, pues ninguna de estas cosas pertenece al mundo de la materia, sino al del espíritu, que es el mundo primero y principal que lo ocupa todo y ante el cual la materia no es más que inmundicia perecedera, así que escuchadme todos atentamente, contrayentes y testigos, y especialmente quienes declaráis abiertamente vuestro ateísmo… La existencia de Dios es una verdad que ha sido probada mediante la razón y sin ninguna otra ayuda, y no es preciso que os explique ahora el argumento de la causa primera o el de la ley natural, o el argumento del plan, donde se demuestra que el mundo está hecho para que podamos vivir en él, y están, además, los sólidos argumentos morales, pues cierto es que sin Dios no existirían el bien y el mal, y sin Dios no habría cielo ni infierno y, por lo tanto, sería imposible la justicia…

—Por si tenías dudas…

—¿Y quién no las tiene?

—La vida es un combate, y el miedo regula las fuerzas, un combate contra el mundo que nos cerca y contra nuestras propias pasiones, un combate contra la rebeldía de nuestro espíritu y contra la soberbia, perpetua enemiga del género humano, pues soberbia grande es pensar que el hombre se basta a sí mismo y que no necesita de Dios, como soberbia es pretender llevar a cabo persecuciones y crímenes en nombre de Dios, y cuando desaparece el miedo al castigo divino, entonces se pueden escuchar voces ilustradas asegurando que Dios es el mal, porque los poderosos están de su lado, que Dios es el mal, porque los vencedores proclaman que su victoria fue la victoria de Dios, y, a consecuencia de esta osadía, hasta se pretende escribir de nuevo la historia, sin duda, esta vez, con tinta del infierno, y aumenta de esta manera el número de los descreídos, no como consecuencia de una reflexión filosófica y profunda, sino por entender que no puede

existir un Dios que haya preferido situarse en el bando de los opresores…

—Esto se anima.

—Se está poniendo profundo.

—Pero en lo que sí creemos todos los presentes, estoy seguro de ello, es en el amor, en ese amor que hoy representan estos jóvenes contrayentes, y creemos también en el poder de los buenos ejemplos, y en el sacrificio de quienes arriesgan o entregan su vida por mejorar la vida de sus semejantes, pues yo os digo que estos que aman y sufren, aunque digan que no creen en Dios, sin saberlo, están aceptando a Dios, y son gentes de buen corazón, y recordad que no hay flores más hermosas ni frutos más dulces que los afectos calentados con el verdadero amor, que mana siempre de Dios, así que, Jovita y Arbicio, amaos siempre con caridad, adelantaos en daros honra uno al otro, y gozaos, y llorad con los que lloran, ayudad a los perseguidos, auxiliad a los débiles, porque eso es cumplir con la ley de Dios…

—Se está alargando.

—Anda, cállate… A mí me gusta lo que dice y, sobre todo, cómo lo dice.

—Dichoso el hombre que en el amor al prójimo fundamenta su vida, porque están en su corazón las semillas de la verdadera victoria, y él soportará las tormentas en el valle de las lágrimas hasta el día de la justicia…

—Hay prójimos y prójimos.

—Tú y yo también somos prójimos.

—Si lo miras así…

—Esta fidelidad y esta fe que hoy os prometéis delante de Dios, Jovita y Arbicio, os obliga de por siempre, y debo recordaros que este compromiso incluye la comprensión hacia la indisposición circunstancial del otro, siempre que ésta no conforme capricho, mal humor o espíritu de venganza, y que esa comprensión os llevará hacia la virtud cristiana, así que el amor que os tenéis es tan legítimo como sobrenatural, y es tan honesto que será sin duda meritorio para vuestra salvación, como lo serán cada uno de los actos conyugales que de este amor se vayan a derivar, y recordad que el deleite no debe ser nunca un fin, sino un medio para engrandecer el amor, y no vengo ahora a decir que el placer sea un acto malo por sí mismo, pero puede transformarse en peligroso si pierde la relación con algún noble y legítimo fin…

—Se está volviendo algo espeso.

—Siempre se espesa antes de entrar en materia.

—Pero en esto, como en todo, es preciso seguir la línea recta sin inclinarse ni a izquierda ni a derecha, porque si a la izquierda hay

impaciencia y desorden, a la derecha hay prepotencia y ruindad, y no estoy hablando de política, que nadie se venga a engañar…

—No, qué va…

—Cállate.

—Hablo más bien recordando a Tertuliano, cuando escribe que la verdad se encuentra entre dos errores opuestos, como se encontró el crucificado entre dos ladrones, y esto no es política, porque este púlpito es para alabar a Dios, y no para denunciar las tropelías del César, quien últimamente anda pecando tanto que cualquier palabra pronunciada desde el sentido común y la buena voluntad talmente parece dicha en su contra. Así que este amor que os tenéis y que sirve hoy de ejemplo para todos los presentes será una herramienta poderosa para combatir las incontinencias del mundo, las venganzas y los resabios, y también para combatir todo acto que no se refiera a un fin legítimo y que por lo tanto adolezca de falta de moral. El amor será el arma más definitiva contra prácticas o diligencias como la de perseguir a los vencidos, con inquina y criminalidad, una vez conseguida y bien certificada la victoria…

—Esto merece un aplauso…

—Vamos allá…

—¡Silencio! ¿Qué es esto de aplaudir en la casa de Dios como si estuviéramos en un teatro? Vamos a estar en lo que celebramos, que es la unión en sagrado matrimonio de estas dos criaturas. ¡Vamos! Poneros todos en pie para escuchar las palabras que unirán para siempre a este hombre y a esta mujer…

CONVITE

—Está saliendo todo a pedir de boca.

—Sólo nos faltó la música.

—Vamos, Quiria, no me digas que echaste de menos el ruido de los tambores y de las gaitas.

—Pues sí que lo eché de menos, hermana, y también que hubiera salido el sol.

—El luto es el luto.

—No confundas el luto con la vergüenza. Los crímenes familiares tienen un débito grande, y el luto es orgulloso y reconciliador, el luto es pena justificada y compartida, pero lo nuestro es encogimiento, eso es lo nuestro, y, si me apuras, Raida, también en nuestro silencio hay cierta aceptación de culpa, o al menos abnegación.

—No te quito la razón, hermana, y, además, está este ambiente de guerra en el que vivimos. Sigue estando bien presente, aunque ya pasó una década desde que oficialmente se certificó la paz. Menuda paz, si se sigue matando impunemente, y eso es lo más terrible. Así que ya ves… Motivos hay de sobra para no dar bríos a la gaita ni redobles al tambor.

—Si lo miras así…

—¿Te imaginas qué contenta estaría madre de ver cómo se le casa un nieto?

—Con lo sentida que era.

—Aquel crimen, Quiria, fue mucho más que un crimen, porque fue como una derrota, como terminar de golpe con el desvalimiento y con la inocencia. No fue sólo el acto de violencia de un borracho, fue la ejecución pública de una sentencia popular.

—¿Qué estás diciendo, Raida?

—Yo me entiendo. Me lo explicó don Carmelo y tiene mucha razón. La sociedad nos trata a las mujeres como a seres inferiores, como a animales frágiles e indefensos, podríamos decir, y el hombre es el amo, el dispensador de los premios y los castigos, ésa es la justicia del mundo, así que cuando un marido castiga a una mujer no está haciendo más que lo que se espera de él, no está haciendo más que aquello que le enseñaron a hacer.

—Mi Fidel es un hombre honrado y justo y me trata como a una persona, y tu arriero espero que también, y nuestro hermano Tricio, ya lo ves, se desvive por su Lena, así que no sé qué es lo que me estás contando.

—Lo sabes muy bien, Quiria. La vida de los justos es la excepción, aunque bien te digo que esas vidas son el aval de que la justicia es posible.

—Si repartimos la culpa, hermana, corremos el riesgo de confundirnos e, incluso, de conformarnos.

—Nada ocurre porque sí. La naturaleza no gasta saliva en balde, y los hombres ya nacen enseñados para ser machos, para ejercer en todo momento como machos que dominan. Luego está la educación de cada uno para enmendar o corregir, y la listura, que eso también influye, vaya si influye, que te digo que nuestro padre era más bruto que el brocal de un pozo.

—No lo voy a perdonar, si es eso lo que pretendes con tanta palabrería.

—Mujer, no te lo digo por eso… Anda, vamos a dejarlo. Mira qué contento se le ve a nuestro Arbicio, mira con qué afectuosa diligencia lo abraza Delmiro. Son igual de altos y se dan un aire.

—¿Qué dices, Raida? Arbicio, para su desgracia, es clavadito a padre, como dos gotas de agua, y Delmiro tiene los ojos y la nariz de madre.

—Me da mucha pena Delmiro. Es tan buena persona y tuvo tan poca suerte, tantos años por el monte pasando calamidades, total para nada, escondido como un criminal… Que te digo una cosa, Quiria… Andar escondido es como no existir. Poco a poco los fugados se van borrando de nuestras vidas, por eso me alegro tanto de que hoy esté aquí con nosotros, en familia. Al principio me dio temor y reparo, pero ahora estoy contenta de tenerlo cerca. Por un momento es como si el monte ya no existiera y todo hubiera acabado. Ojalá tenga suerte y pueda pasar a Francia. Me dijo que quiere llevarse a Dulce Nombre con él.

—No digas disparates.

—Me lo dijo.

—¿Y qué?

—La viuda lo quiere bien.

—Si bastara con el querer, tú y el arriero también andaríais juntos.

—Cuando le escriba a Urbano le preguntaré si no prefiere mejor Francia que América, digo para emigrar, porque eso es lo que dice que va a hacer cuando salga de la cárcel, embarcarse para Cuba o para Méjico, perdón, para México, que no acaba de sonarme bien esto de la equis, y Francia está ahí al lado, como quien dice, y si Delmiro va por

delante, siempre será más fácil. Ay, hermana, qué suerte tuviste tú con Fidel, y también Tricio la tuvo con Lena, pero Delmiro y yo andamos viviendo a medias, siempre a cuenta de lo que nos traerá la suerte, y me da miedo pensar que haya tan pocas cosas que no dependan de la suerte, y no es que te quiera decir que nos tengamos que dejar llevar, eso no, pero la cara a la vida no se la vuelvo y tengo decidido, escúchalo bien, porque nunca lo había dicho, lo decidí esta mañana, atendiendo al sermón de don Carmelo y viendo con qué cara se miraban los novios, tengo decidido que me voy a ir con Urbano.

—¿A la cárcel?

—Me voy a ir con él en cuanto salga de la cárcel, que sólo se vive una vez y a mí se me está terminando el caldo, y soy retraída, ya lo sé, y cobarde también, desconfiada no, y desalentada tampoco, y el amor da mucha fuerza, mira la fuerza que te dio a ti el amor de tu Fidel, te sacó por los pelos de aquel pozo negro al que nos había arrojado padre, y ya va siendo hora de que yo también salga del pozo, y no te digo que vaya a salir con las banderas al viento, eso no, porque no va con mi carácter, pero tampoco con el rabo entre las piernas, ni por la puerta grande ni con la capa a rastras, digamos que ras con tras, como mujer esperanzada, pero comedida y decente. A lo mejor hasta llegamos a Francia antes que Delmiro, porque don Carmelo escribió una carta a las autoridades políticas, con las que él cordialmente se trata, y espera una respuesta muy pronto, y entre los arbitrajes que les propone a los mediadores, eso sí, como último recurso, está el de cambiar el penal por el destierro, y el propio don Carmelo dice que para el destierro no hay mejor sitio que Francia.

—Tú te lo guisas y tú te lo comes. No te reconozco, hermana.

—Estoy tan aburrida, Quiria, de esta vida sin alicientes, que ya no distingo la resignación de la destemplanza, y a veces no sé si lo que siento me sale del corazón y lo componen por desespero estas manos agrietadas y dolientes de tanto lavar ropas del prójimo.

—No quisiera, Raida, que te pusieras a correr sin escopeta y sin ni siquiera saber si delante hay una liebre.

—Tienes razón, pero déjame que ya imagine la carrera, déjame que vaya entrenando el corazón para los saltos, déjame que escuche las voces que me llaman con urgencia desde la otra parte.

—Si yo te dejo…

—Voy a atender a los reclamos, como me llamo Raida. El eco ya lo distingo, así que cuando llegue el momento correré con la decisión tomada y sin mirar a ningún lado, así es como voy a superar el vértigo, soñando por adelantado, que a los cobardes nos hace falta mucha preparación. Hasta me siento ya más ligera después de contártelo, fíjate lo que te digo…

—Mira tú cómo se está poniendo de preñado el cielo por encima de las peñas, tal parece que el cielo las estuviera aplastando… En poco, el orbayo será borrasca…

—Menos mal que ya está la fiesta en las últimas y no queda ni una pizca de cordero en las estacas.

—Espero que se retiren pronto, porque estoy muerta de cansancio.

—Esta noche le voy a escribir a Urbano para comentarle lo de Francia.

—¿No será mejor que esperes a que le lleguen a don Carmelo los resultados de la mediación?

—Bueno, pero la carta la empiezo… Me llevará varios días escribirla, no te creas, porque quiero pensar muy bien cada palabra. Estoy ilusionada, Quiria… No sé por qué, pero me entró la ilusión ya desde que salí de la misa.

—¿No estarás perdiendo la serenidad, hermana? Incluso en la desesperación tú siempre te mantuviste serena.

—Fui abnegada, Quiria, ni siquiera desprendida o virtuosa, simplemente abnegada, pero de ninguna manera serena.

—No sé yo…

—¿Tú crees que será muy difícil el francés?

—Allí lo hablan hasta los niños, así que tan difícil no debe de ser.

—No te rías de mí.

—Eres carne de mi carne, Raida, y nada deseo tanto en la vida como que seas feliz, pero no quiero que andes colocando el carro delante de los bueyes. Primero espera a que Urbano salga del penal y luego entrevístate con él, y, si después del encuentro se aprecia entendimiento, entonces será la hora de la determinación. Ya ves tú misma que en esta ocurrencia las carreras están de más, y las prisas ensucian los pensamientos, los cortan como si fueran leche, y si sientes que todavía estás hundida en el pozo, con más razón para que sujetes bien la cuerda al aparejo del brocal antes de ponerte a tirar como una loca, y ese deseo repentino, que ahora sientes, se puede volver desesperación, así que un poco de miedo siempre viene bien, y la prudencia, Raida, nunca estará de más.

—Venga, Quiria, por Dios… Me lo vas a decir a mí que llevo toda la vida militando en la prudencia.

—Pues por eso me sorprende tanta celeridad.

—Es pura necesidad.

—Estos fugados no tienen ninguna prisa en marcharse. Fíjate que están abriendo otro pellejo de vino. Te digo que los tenemos aquí hasta que amanezca.

—Yo no quiero que se vayan. Son como huérfanos, hermana, viven en la completa orfandad, sin poder ejercer naturaleza alguna como

padres, como hijos o como amantes, sin esencia de hombres, ya sin ninguna razón para hacer lo que hacen, pero sin poder dejar de hacerlo. Mucha pena me dan, Quiria, te digo que me da mucha congoja pensar en esa vida que llevan.

—Vamos a charlar un rato con Delmiro, que no tenemos muchas ocasiones para hacerlo.

—Sí, y que nos cuente lo de la viuda Dulce.

HERENCIAS

—Yo nunca tuve hijos, al menos legalmente reconocidos. Te lo digo así, porque de sobra conoces la relación que mantuve con María Gloria, y, si te soy sincero, amigo Tricio, nunca supe, a ciencia cierta, si los gemelos eran hijos míos o lo eran del bueno de Haroldo.

—¡Vaya por Dios, Laureano, vaya por Dios!

—En todo caso, Eliseo hace mucho que está muerto, y Roberto Belarmino puede que también, pues nada supimos de él desde la guerra, y te digo esto porque es mi intención comportarme con tu hijo Arbicio como si de alguna manera también lo fuera mío, si es que no te molesta y salvando las distancias, pues como a un hijo lo quiero desde que me lo trajiste con trece años para que le enseñara el oficio. La paternidad fue un sueño que ya tuve desde muy joven, y no siempre este sueño me trajo buenos presentimientos, aunque sí mucha desazón, y, viéndome como me veo, a las puertas de la vejez, que, como bien sabes, es el tiempo del invierno, por lo que tiene de achacoso y destemplado y sintiéndome como me siento, podríamos decir que huérfano de afectos, tengo decidido, si tú no pones impedimento, cederle el negocio de la carpintería a Arbicio en cuanto estos brazos ya no empujen la garlopa debidamente, lo cual ocurrirá más bien pronto que tarde, pues ya hay días en los que el engranaje de los codos se me resiente, y también es mi propósito cederle en usufructo toda mi hacienda, que no es grande, como bien sabes, pero suficiente para mantener algunos animales, sembrar media hectárea de maíz y sacarle una discreta producción a los huertos, y, por supuesto, entregarles a él y a Jovita, esto sí en reglamentaria herencia, la casa en la que vivo, que es amplia, como también sabes, y soleada y de buena planta, y todo esto a cambio únicamente de que cuiden de mí cuando ya no me valga por mí mismo, pues a nadie tengo y por nada del mundo quisiera terminar donde las monjas, no por ellas, seres generosos e inocentes, sino por la congoja que me inspiran esos refugios, que ya sé que tu padre está en uno de ellos, no es que quiera faltaros al respeto, pero sé que él está allí por motivo del crimen horrendo que cometió, y no porque la familia ande escasa de compasiones y sentimientos, tú ya me entiendes.

—Amigo Laureano, siempre te estuve muy agradecido, porque, debido a tu generosidad, mi hijo Arbicio no tuvo que entrar en la mina y, hoy en día, es un carpintero habilidoso y con buenos conocimientos sobre el trabajo de la madera, y con esto que me dices agrandas, si cabe, la impresión favorable que tengo de ti, así que claro que cuentas con mi consentimiento, aunque el de ellos dos debe ser el principal, pues son los directamente afectados, y te diré que Arbicio tiene un padre, pero carece de un abuelo, pues el materno murió de joven y el paterno resultó un espíritu perdido, así que, por edad, la de abuelo es la función más propia en esta generosa propuesta que nos presentas.

—Dices bien, pues más me aproximo a la edad de tu padre, aunque no la alcanzo, que a la tuya, y no veo mal la ocurrencia de ajustar afectivamente esta circunstancia que, cuando se me ocurrió, te confieso que la deseché por descabellada e insensata, pero tantas vueltas le di a la idea que acabó por parecerme probable, así que se la comenté a Arbicio y como él no sólo no manifestó rechazo, sino que incluso dejó asomar un relativo entusiasmo, pues aquí te la expongo ahora para que la tratéis en familia debidamente, y más sabiendo, como tú sabes ahora, tanto los términos como las intenciones de la propuesta.

—Quiero preguntarte algo, Laureano, por la confianza que me demuestras…

—Pregunta, Tricio, pregunta.

—¿Tú estabas con mi padre en la taberna aquella noche fatídica del crimen?

—Estaba.

—¿Y qué puedes decirme?

—Hombre, Tricio, me sorprendes. Después de tantos años, de sobra conocerás lo ocurrido.

—Nunca lo escuché de boca de un testigo directo.

—Pues verás… Era una noche como tantas otras, insustancial y trastornada por el aguardiente y el vino. Se había abierto un pellejo de vino de garnacha, con cierto dulzor, que acababa de traer el arriero Juan Villamanín, que allí estaba presente. Era un vino que entraba bien y con alta graduación, así que enseguida se nos tiró a la cabeza. Tu padre andaba un poco más borracho que el resto, porque ya sabes que él empezaba a beber muy pronto, y además era un hombre frágil, con tendencia a dejarse llevar, así que los demás aprovechábamos esa debilidad para dirigir hacia él las bromas y los sarcasmos. Erasmo era el que llevaba siempre la voz cantante en lo de las burlas. Ya sabes que el enterrador, cuando andaba bebido, daba de comer al diablo, y los demás le seguíamos la corriente, pues el vino anda sin calzas y con

la lengua larga, así que Erasmo empezó a echarle en cara a tu padre su escasez de carácter, por decirlo de alguna manera, porque al parecer lo habían engañado sobradamente en la venta de una yegua, que bastante disgusto traía para que encima nos metiéramos con él, y, burla burlando, el escarnio se fue haciendo grande, y ya nos reíamos todos a casquillo quitado, todos menos Mauricia Costales, que nos espantaba como si fuéramos gallos. No… ¿Qué digo? Mauricia Costales no, ya se me va la cabeza. Mauricia ya se había marchado huyendo del fantasma de su marido Orestes. Esto lo habrás oído decir… Se le aparecía después de muerto y no la dejaba vivir, así que cogió a su hija Veredigna y a su tío León y un amanecer, antes del canto de los gallos, se fue del pueblo. Veredigna volvió al cabo de unos años para recuperar la casa y la taberna.

—Sí, todo eso lo sé, y, efectivamente, ya no estaba en la taberna Mauricia Costales, sino el castellano Pascual.

—Bueno, pues tu padre le hizo frente al enterrador y lo llamó charlatán, y le dijo que olía a muerto, eso le dijo, que me acuerdo bien, y entonces Erasmo se echó el alma a las espaldas y se pasó por el carajo la caridad cristiana y acusó a tu padre de cornudo, insinuándole que el último hijo, o sea tu hermano Delmiro, no era hijo suyo, sino del fraile que venía todos los años a reclutar seminaristas, y que por eso, pasados unos años, se había llevado a tu hermano al seminario, y ahí todos nos enfrentamos a Erasmo, eso sí que te lo puedo decir, todos sin excepción. El castellano Pascual inmediatamente expulsó al enterrador de la taberna. Algunos de los que allí estaban se han muerto, como Tomás o como el arriero Villamanín, pero otros siguen ahí para servir de testigos de todo cuanto te digo. Es el caso de Frutos Carralón, de Adrián Odalisco, de Plácido el de la Curva, y algunos más. Ah, y también estaba el tonto Alarico, pero ése como si no estuviera. Así que todos, Tricio, todos sin excepción nos enfrentamos a Erasmo por haber metido el rejón hasta la empuñadura, y sin ton ni son, e intentamos consolar a tu padre, pero ya él no atendía a razones, de tanto vino y de tanto pesar que llevaba encima, y se marchó resentido y tambaleante, y después pasó lo que pasó, que a mí se me heló la sangre cuando me lo dijeron, y no era para menos… Pero todo esto ya pensaba yo que lo tenías bien aprendido…

—Más o menos, Laureano, más o menos, pero siempre hay detalles que se van añadiendo. Siempre oí decir que mi padre, de pequeño, se emborrachó con anís, y que por eso tuvo siempre reblandecido el cerebro.

—Pues creo que no fue así. Creo que el de la borrachera de anís fue un hermano de tu padre que luego, de mozo, murió sirviendo en tierras africanas, pero tampoco te lo puedo asegurar.

—Ya poco importa. Él hizo lo que hizo y ahora está donde tiene

que estar, y para tu tranquilidad he de decirte que él no mató a mi madre aquella noche, pues ya la venía matando desde siempre, poco a poco, arrancándole la voluntad y sacándole la sangre, y si no hubiera sido aquella noche, hubiera sido en una noche siguiente, y perdona que te haya distraído con lo de mi padre en un día como el de hoy, tan celebrado, que no sé por qué me tengo que acordar de esa calamidad de hombre con los motivos que hay entre manos para andar despreocupados y alegres, la boda de mi hijo por una parte y por otra este beneficio generoso que me acabas de anunciar.

—Si no te importa, me siento.

—¿Te está molestando la pierna?

—Molestarme, me molesta siempre, pero a veces es como si me la cortaran, y eso tenía que haber hecho, habérmela cortado por encima de la rodilla y haberme fabricado una de madera. Fue lo que le dije una vez a un médico especialista de la capital con el que pasé consulta, pero me dijo que una pierna bien vale un dolor, aunque sea crónico, y que no fuera yo a pensar que cortándomela se marcharía el dolor, que muchos casos había de piernas y brazos que ya no estaban y que sin embargo seguían doliendo, así que me eché para atrás, pero cada uno es artífice de su personal revés, Tricio, y si tu padre anda pagando el crimen que un día consumó, yo también sufro en esta condenada pierna el pecado que cometí contra la fidelidad conyugal que le debía a Constantina, así se puede decir, y también te confieso, esto ya en la confianza que nos tenemos y con la mano puesta en el corazón, que el mayor alivio que tengo para el dolor es pensar en los buenos momentos que pasé con María Gloria, que mira que la tengo ahí, bien cerca y tan sola como yo, pero la vida es rara de cojones, Tricio, corta y rara a más no poder… Con lo bien que podríamos estar ahora los dos juntos, hasta puede que a mí se me quitara el dolor de la rodilla, y a ella la tristeza por los hijos que no están, uno muerto y el otro desaparecido, y sin embargo…

—Debiste de quererla mucho.

—Y la quiero, Tricio, la quiero, y todavía sueño con ella muchas veces y me levanto con desazón, pero sólo es un chasquido al despertar, y lo que ya no me viene cuando pienso en ella o cuando la veo ahí sentada esperando frente al camino del cementerio, es el desánimo, eso no, y más ahora con la seguridad que me da el saber que no tendré que irme con las monjas y que podré seguir al tanto de ella sin que se note, como lo vengo haciendo desde hace años. Me pregunto qué mal le habrá entrado en la conciencia, qué pensamientos oscuros le habrán nublado la razón…

—El mal que se ve venir existía antes de haber llegado.

—Cuando más se nos debilita la vista, es cuando ya menos queda para cruzar el charco.

—Puede que al otro lado no quede nada y sea lo mismo cruzar que no cruzar.

—Confesión por confesión, dime una cosa… ¿Sientes todavía algo cuando bajas a ver a tu padre y conversas con él?

—Contemplo cómo se le va hundiendo la barca. A veces pienso que ya está muerto y siento un alivio grande, pero no lo odio. Hace mucho que dejé de odiarlo. Sólo asisto como oyente a sus estertores de muerte. Es mi deber de hijo. Su desvarío y su remordimiento ayudan a que todo se entierre y se disuelva, aunque la muerte de mi madre, ni fue disculpada, ni fue cobrada. Creo que él en su desvarío a veces piensa que hemos muerto todos y que sólo queda él y por eso ya no tiene prisa para morirse.

—Cuando uno está solo, ya es como si estuviera muerto, y, como no queda nadie alrededor, ya no hace falta ni cerrar los ojos, ya no hace falta ni pedir perdón. Cuando uno se mueve en la soledad, te lo digo por experiencia, es como si lo hiciera para desvanecerse.

—¿Te hace otro poco de vino?

—Claro que sí, Tricio, claro que sí.

MIRAR POR DENTRO

—Tú piensas, Delmiro, que el amor tiene respuesta para todo, pero esta soledad no hay quien la explique. A veces estoy tan sola que ni el sueño se atreve a molestarme y me paso la noche arrimada a la ventana, leyendo una y otra vez las mismas tragedias griegas que ya empecé a leer cuando vivía Lázaro. Antes me hacía preguntas, pero ahora ya no soy capaz de preguntarme nada, como si todas las respuestas estuvieran definitivamente perdidas, así que, como ya no me distraen las preguntas, es como si ya no necesitara las respuestas, pero cada vez que vienes a violentarme con ese placer que tanto se asemeja al sufrimiento, otra vez me atraganto con el veneno de las preguntas.

—Tuviste a tu marido, que fue Lázaro, mucho mayor que tú. ¡Pobre hombre! Se murió atormentado por los dolores, ahí debajo del tilo, semanas después de la caída del caballo, y te dejó esta casa y las rentas mineras de Rocellanos.

—Es lo que me quedó de él.

—Y no fue poco, suficiente para vivir, y tuviste a Juan Damasceno, y lo quisiste mucho, pero también se fue…

—Lo lloré durante años…

—La mina acabó con Juan, pero al menos él te dejó un hijo, y tienes a ese hijo, Santiago, que te querrá siempre, pero él anda por el mundo buscando experiencia y sabiduría, y no va a volver a este pueblo ilusorio, a este puto pueblo de mentira… Y ahora me tienes a mí, y pensarás a menudo que es como si en realidad no tuvieras nada, eso pensarás…

—Lo pienso.

—Y no te falta razón, claro que no, porque ahora y aquí no soy nada, un fugado, un perseguido, un fracasado, un hijo atormentado que ansía acabar con quien le dio la vida, eso soy aquí y ahora, pero te quiero, Dulce Nombre de María, te quiero y te deseo con toda la fuerza que me da el cielo y que me da la tierra. Estás alojada en mis pensamientos noche y día, incrustada en cada trozo de carne de mi cuerpo, pero ya me llegó el momento, me llegó la hora de huir por fin del monte de los fantasmas y del pueblo de las mentiras. Me voy a

otro país y a otro tiempo, a empezar una vida nueva, y quiero comenzar esa otra vida contigo, eso es lo que quiero, así que, cuando encuentre allí un rincón apacible y un trabajo digno, te escribiré, y quiero que acudas, porque quiero que nos casemos, sí, eso es lo que quiero, que nos casemos en Francia y que nos sujetemos el uno al otro para lo que nos quede de vida.

—Hablas de ti y de mí como si fuéramos dos niños que van de la mano camino de la escuela. Así hablas, Delmiro, y pudiera ser así si fuéramos capaces de desprendernos de todo lo que nos sobra, de lo que sufrimos, de lo que tanto esperamos y nunca llega, de lo que nos ensució la sangre, pero todo eso no es un saco que llevemos al hombro y que ahora, porque a ti te parece que llegó el momento, podamos arrojar al río. Tú crees que en otro lugar del mundo, del que nada sabes, hay una vida que nos corresponde, y me gustaría creerlo, no te digo que no, me gustaría mucho creerlo, y capacidad de vivir creo que todavía me queda, y de quererte mucho también, pero el saco pesa lo suyo y, lo que es más importante, forma parte de nosotros, al menos el mío, mi saco, forma parte de mí.

—También en ese saco hay cosas inútiles, desperdicios que de nada sirven, agotamientos, vacíos, enfermedades del espíritu, eso hay, y hay soledad, como bien decías, una soledad amarga que se mastica, y aburrimiento, y también hay preguntas que en este pueblo de las mentiras nunca seremos capaces de responder… En esos sacos, que pesan lo suyo, claro que pesan, hay silencios insoportables, pero te digo, Dulce, que entre los dos seremos capaces de arrojar esos sacos al río o de enterrarlos en el cementerio, junto a las tumbas de Lázaro y de Juan Damasceno, junto a la tumba de mi pobre madre, o junto a la tumba de mi padre, cuando acabe con él. Eres muy hermosa, Dulce Nombre, y ya es la hora de abandonar el luto y mostrarle al mundo tanta hermosura.

—No es luto, Delmiro, lo que llevo encima. Estos ropajes negros no se corresponden con luto alguno. Una vez sí ocurrió de esa manera, pero ya no. Ahora es sólo que el negro, al tiempo de vestirme, se acomoda mejor conmigo, con mi ánimo, con mi vida, y cualquier color que no sea el negro me parecería un descaro hacia la vida que tengo. Igual si llego a creerme que de verdad me quieres, desaparezca el negro de mi vida, pero este amor que me confiesas y que me traes, sólo de vez en cuando y sin avisos previos, este amor, creciente o no, entero o no, es como si en lugar del amor fuera la luna, una luna más rota que entera, así que con tristeza te digo que es un amor irresoluble. Han pasado varios años y sigue siendo tan irresoluble como la primera vez, cuando saltaste la tapia para robarme. Empezaste robándome la comida y acabaste robándome la vida.

—Quiero entregarme a ti para ofrecerte otra vida.

—Pero en una circunstancia fabricada por ti y a tu medida.

—Sabes que no hay otra posible.

—Fíjate, Delmiro, que está la noche cerrada, y lo está para nosotros. La boda ya terminó y ahora todos duermen, unos borrachos y otros enamorados o resentidos, o tal vez alguien quede despierto preguntándose cómo es que sigue vivo, pero está silenciosa y oscura la noche, y tú y yo nos conformamos con esta oscuridad, y ahora voy a quitarme eso que tú llamas luto, voy a quitármelo, porque ya bastante luto lleva la noche, voy a desnudarme para ti, porque quiero disuadirte, quiero que te fijes en mi piel envejecida y vuelvas a plantearte esas preguntas que llevas hundidas en el saco, voy a correr ese riesgo, pues son ya muchas veces las que te entregué mi cuerpo, pero nunca hasta hoy quise mostrártelo iluminado y completo.

—Me sé de memoria tu cuerpo y cada noche lo recito entero.

—No olvides que tú mismo dijiste que estamos en el pueblo de las mentiras.

—Fui guardando cada trozo, cada arruga, cada hueco, y en la libreta del monte lo tengo escrito de mil maneras.

—Pues míralo ahora. Aquí lo tienes. Dime cuántos versos equivocaste en esa libreta, dime si acertaste con las palabras al describir este vientre aflojado, y estos muslos reblandecidos y colgados, y estos pechos que ya no tienen la presencia de antes. Anda, mírame ahora y júrame que la diferencia de edad entre tú y yo no importa nada. No, no me toques, antes mírame bien. Espera, que me doy la vuelta para que me observes entera, y no te olvides de esta vista que ya tengo disminuida y cansada, y de estas canas que me adornan las sienes, no te olvides de nada. Aquí tienes todos estos años para que sueltes de una vez esa rama del guindo a la que te sujetas de mala manera. Éste es el cuerpo que dices que deseas. También está metido en el saco, junto con los dos amores perdidos, y con el hijo que se marchó, y también está la guerra que perdí, pero en eso andamos iguales, así que éste es el espejo en el que debes ahora mirarte.

—Lo que el tiempo haya escrito sobre los cuerpos, escrito está. No voy a ser yo quien le reproche nada al tiempo, pero ese cuerpo brillante que veo entero por primera vez, querida Dulce, me arrebata y me certifica aún más en mi determinación de entregarme a ti de por vida, sin otra condición que la de que pasemos a Francia. Me gusta tu cuerpo, mujer. Me gustan sus curvas, su blancura, su determinación, y la serenidad de esas nacientes arrugas, pero me gusta más lo que ese cuerpo encierra, y voy a necesitar libretas nuevas.

—Mírame bien, Delmiro.

—Nunca te miré tan fijamente.

—Me estás mirando por dentro.

—¿Es que hay otra forma de mirar?… Joder, Dulce, ahora sí que con tu ocurrencia me agarras definitivamente…

—Pero si estás llorando, Delmiro…

—Me estás mostrando las señales de un designio, y ahora también yo me desnudo por fuera y por dentro para mostrarte las mías. El tiempo nos tiene agarrados y al juntarnos vamos a perder la edad, y vamos a enterrar definitivamente esta vida de insostenible espera.

—Así vinimos al mundo, como ahora estamos.

—Abrázame y compadécete de mí.

—No es piedad lo que tengo para darte, no es ni siquiera el suspiro de una pena. Lo que ahora te doy, Delmiro, es el amor que tanto tiempo tuve reservado, el amor que alimenté durante años. Tómalo y haz con él lo que tú quieras.

—¿Acudirás entonces a mi llamada?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Esta casa me la quiere comprar Efrén Alonso, porque perteneció a su abuelo Porfirio.

—Porfirio era su padre.

—También su abuelo, que era el padre de Lázaro, así que en cuanto reciba tu carta, en unos días todo quedará resuelto, y de los terrenos de Rocellanos seguiré percibiendo las rentas, lo hablaré con Santiago, pero ahora tómame y arráncame este saco que me pesa tanto, arráncamelo y lánzalo muy lejos, para que no vuelva a pesarme, para que ni siquiera me toque. Entra en mí y deja que yo también te arranque el tuyo para siempre.

—En el mío quedará todavía algo después de esta noche, un deseo que con los años se fue convirtiendo en necesidad, la certeza de una obligación que se fue haciendo débito.

—¿Tanto te pesa?

—Como una pesadilla.

—Pues haz lo que tengas que hacer, que los sacos han de quedar vacíos.

—Y enterrados.

—Y vacíos.

—Ahora eres tú la que lloras.

—No lo creas. No es más que pura emoción, y también esta humedad que se me agarra a los huesos, que al fin y al cabo una no está acostumbrada a mostrarse como Dios la trajo al mundo, desnuda y sin remordimiento alguno.

—Pues tienes el cuerpo caliente.

—Está encendido de ti, Delmiro.

—Y ahí fuera está cayendo la lluvia como una manta.

—O como un consuelo.

—¿Sabes una cosa, Dulce?

—¿Qué?

—Que aunque llegué a ti con muchos años de aplazamiento, ahora que me tienes dentro y que sé que ya nunca me vas a dejar salir, siento que por delante nos queda el mismo tiempo que le queda al mundo.

—Tanto te quiero que ya siento que anda otra vez al acecho el miedo que le tenía a la muerte. Cuando una está sola y sin esperanza el miedo a la muerte ni siquiera se considera. Ya no pensaba en lo que me pudiera ocurrir y ahora sí que lo pienso. Dicen que Dios tiene escritas en las palmas de sus manos las vidas de todos nosotros.

—No me hables de Dios, que yo a Dios no lo considero.

—Pues ahí está, para bien o para mal.

—Sólo está en la cabeza de la gente.

—No sé dónde estará, pero está, y las manos de Dios deben de ser algo así como ese cielo que se ve desde la Peña del Cuervo en los días despejados.

—Sácate ahora ese Dios de la cabeza que para entrar dentro de ti necesito todo el espacio.

—Mira que eres tonto… Anda, entra ya de una vez y quédate toda la noche dentro.

—Toda la vida me voy a quedar en ti.

DESMEMORIA

—Ayer fue la boda de tu nieto Arbicio, tú no habrás caído en el caso, porque tienes la cabeza como un cesto de grillos. Se casó con una nieta de Benicio. Te acordarás de él, porque fuimos juntos a la escuela y andaba todavía de pantalón corto cuando su padre lo puso a trabajar en los lavaderos del carbón. Luego se casó en día de mala fortuna, porque la mujer se le trastornó en el primero de los partos, ruinosos todos, menos ese primero del que nació Remedios, la madre de la que, desde ayer, es la mujer de tu nieto Arbicio. A ver si de una vez te enteras.

—Desde luego, Sebio, hablas más que las chicharras. Con tu parloteo me haces la misma gracia que si me sacaras las muelas. Me hablas de nietos que no conozco, de escuelas a las que nunca fui y de partos que no me interesan, y te quedas ahí, tan ancho, pero te conozco bien, muy calado te tengo, porque eres de los que pregonan vino y después venden vinagre, así que no me andes jodiendo con tus remembranzas de cada día, que hoy tengo un frío en el cuerpo del carajo.

—¿Qué tendrá que ver el frío con la memoria?

—No puedo recordar cuando tengo las ideas frías, así que me cago en mí mismo, Sebio, cállate de una vez.

—Pues sabrás que, precisamente, es recordando como se consigue escalecer el entendimiento, pero si es verdad que andas helado por dentro, y lo será, no te digo que no, tampoco tendrás en ejercicio la voluntad, así que, te quejes lo que te quejes, sintiéndolo mucho y por tu propio bien, voy a seguir hablando, pues ninguna otra cosa nos queda, Delio, hazte a la idea de que no nos queda más que recordar una y otra vez, recordar tanto lo que sucedió como lo que nunca llegó a suceder, recordar desde el alba hasta el anochecer, que los días aquí son largos, y creo que una cosa así debe de ser ese purgatorio que anuncian en las iglesias, horas que no terminan y entre tinieblas, para expiar las culpas y consumir el miedo, que con tanto vacío y tanta eternidad se han de caer los pecados por su propio peso.

—Hay pecados que pesan tanto que no pasan siquiera por la parada del purgatorio.

—El tuyo pesa más que las campanas de la catedral.

—Qué sabrás tú de catedrales ni de campanas, si no saliste nunca de Peñafonte. Cada tonto tiene su manía y la tuya es tocarme a mí los cojones. Mejor te miraras tus propios duelos y dejaras de andar curándote de los ajenos.

—Hombre, Delio, no te pongas así, que no merece la pena. Andamos ya con el final a vista de pájaro, como quien dice, así que vamos a llevarnos bien el tiempo que nos quede, que no será tanto, y sobre eso que dices de que nunca salí de Peñafonte, te equivocas de medio a medio, porque fui una vez a la ciudad, antes de la guerra, concretamente cuando empezaba la dictadura de aquel general y marqués. Había muchos mendigos con sacos al hombro, y mujeres de vida alegre vestidas de colores que daban limosna a los mendigos, y curas con sotana roja y sombrero de teja que saludaban a las mujeres de vida alegre, y mercados enormes donde se vendían objetos que yo no había visto jamás, y había frutas en esos mercados que parecían pinturas que se hubieran salido de los cuadros, y animales amaestrados, y también había en la ciudad mujeres que cantaban en las ventanas mientras tendían la ropa al sol, y por las noches las calles se llenaban de faroles encendidos.

—Tú eso lo soñaste.

—Para el caso, y estando ya como estamos, te digo, Delio, que me da lo mismo ocho que ochenta.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Es bueno esperar en compañía y tener un amigo cerca cuando llegue la última hora, aunque sólo sea para que te cierre los párpados, te cruce las manos sobre el pecho y te sostenga la cabeza dignamente, que al fin y al cabo, lo que sí sabemos es que aquí en este lugar de caridad vamos a tener un final tranquilo, que ya sabes que hay gentes que padecen finales que no son propios ni siquiera de la mano izquierda de Dios.

—Mi Sara tuvo uno de esos finales que dices.

—No era mi intención revolverte a ti los caldos. Hablaba de esos finales tan nombrados como chocantes que se dieron en nuestro pueblo. Te acordarás del madreñero Fidel. Lo sorprendió la tormenta cuando buscaba por el monte raíces para sus faenas y se refugió en la vieja mina Esquilera, y a consecuencia de un rayo la tierra se le vino encima, así que murió enterrado, él que se había pasado la vida haciendo madreñas de aliso y garabatos de abedul por evitar el peligro del trabajo en la mina. Huyó del fuego y terminó en las brasas. Eso fue lo que pasó… Y te acordarás también de Porfirio, el padre de Efrén…

—Pariente de mi Sara…

—Exacto. Se lo comieron los lobos arriba en los puertos, y también

devoraron al caballo moro con albarda y aparejos incluidos. Ya ves tú, Delio, qué finales más amargos. Y no sé si te acordarás del final que tuvo aquella Aldegunda, criada de este mismo Porfirio. Hacía bien los suspiros y las rosquillas de anís, era un poco descarada y se lavaba los fondos con el agua de la lluvia para evitar, decía ella, los escozores, pues también tuvo un final de agárrate y no suspires. Sobre la parva del cucho se revolcó como una posesa hasta la muerte.

—Algunos decían que no había cumplido una promesa y que la estantigua vino a buscarle las cosquillas, pero no eran más que habladurías de viejas. Lo más probable es que le viniera un cólico por pasarse con el anís.

—No me nombres a la estantigua, que se me ponen los pelos de punta.

—Los pocos que te quedan…

—Veo que recuerdas lo de Fidel y lo de Porfirio y hasta lo de Aldegunda… Todavía tienes tus buenos momentos.

—¿Por qué me cuentas estas historias de muertos?

—No sé, Delio, son recuerdos…

—Me hacen tanta falta como los perros en misa. Además, hoy tengo mal cuerpo y me cuesta aguantarte.

—No habrás hecho tus necesidades como Dios explica.

—En eso llevas razón. Ni siquiera me suelto con las semillas de lino que me dan las monjas, y llevo sin obrar una semana…

—Eso es mucho…

—Y tanto… Y qué te parece lo que me dijo la monja que atiende las porquerizas…

—¿Qué te dijo?

—Que si ando tan estreñido es que tengo algún pecado gordo que confesar, como si las culpas se pudieran expiar por el recto. Anda que no llevo años echando mierda desde aquella hora maldita, habría para abonar un desierto entero, y la culpa no se va…

—En una cosa tiene razón la monja, la mierda es mierda, sea del alma o del cuerpo.

—Tú estás peor que la monja. Fíjate que también pretendía interrogarme sobre los sueños, porque dice que las malas acciones que se sueñan provocan estreñimiento.

—En la infancia yo soñaba con entierros de personas desconocidas, y cuando se lo dije a mi madre me obligó a contárselo a don Lubencio en confesión, y él, que ya entonces comenzaba a echarse a perder con aquellas visiones que lo habrían de matar, que vaya final horrendo que tuvo… ¡Anda, Delio!… Antes no nos acordamos del final trágico de don Lubencio…

—Sé bien el final que tuvo el cura. Deja eso ahora y dime qué fue

lo que te dijo después de la confesión.

—Me dijo que, sin duda, se trataba de un sueño premonitorio, un sueño de esos con señales para interpretar, y que seguramente lo que estaba anunciando mi sueño era alguna futura calamidad, epidemias de cólera o de tifus, inundaciones o incluso guerras, figúrate tú lo que me dijo aquel hombre que estaba perdiendo la cabeza.

—Tú, que tanto presumes de memoria, andas muy enredado, porque no pudo ser don Lubencio el que te escuchó en confesión, sino el cura Belarmino.

—No me jodas, Delio, si a nosotros ya nos dio don Lubencio la primera comunión. No sé por qué sacas ahora a relucir al desgraciado de don Belarmino, que ya de aquella había dejado de ser cura, aunque dicen que nunca se deja de ser cura, y andaba amancebado con Calamanda, su mujer de toda la vida, los dos ya más viejos que el mundo.

—No sé, no lo tengo muy claro… Parece que estoy viendo a don Belarmino, tan triste y tan apagado, rezando el breviario arriba y abajo por el camino de la fuente…

—¡Qué tendrá eso que ver! A él ya lo habían excomulgado hacía años, pero siguió rezando el breviario cada día. De lo que sí te acordarás es de cuando lo encontraron muerto dentro del confesionario. Tenía la sotana puesta y la cara amarilla como la cera, y un mechón de pelo de Calamanda entre los dedos. Dicen que sus hijos son marineros y estraperlistas, y que sus hijas anduvieron sirviendo en la capital y después se dieron a la mala vida.

—A ti no hay quien te replique. Me estabas contando lo de tus sueños y mira dónde terminas. Luego dices que soy yo el que tengo la cabeza rota.

—El cura me obligó a la penitencia de dormir sobre un tablón de madera vieja, y como ya estaba demente no le hice ningún caso, y tampoco le dije nada a mi madre. Creo que fue al entrar a trabajar como ayudante minero cuando se me retiraron los sueños, pero el día en que llegó al pueblo Lucio Pelayo con la noticia del comienzo de la guerra, te digo, Delio, que me entró una desazón que por poco me quedo muerto, porque me acordé de lo que me había dicho el cura hacía años sobre la premonición del sueño. Qué apuro pasé…

—Aquel día estábamos todos contemplando el primer armario con luna que había llegado a Peñafonte. Efrén se lo había regalado a Digna Emerita.

—Estamos ya viejos, amigo Delio, estamos muy viejos y muy cansados, y tuvimos un pasado triste, para qué nos vamos a engañar, un pasado con pocas ocurrencias buenas que significar.

—A mí me jodió la mina, Sebio, me jodieron la ignorancia y la

mina, aprender a beber y a jurar antes de que me saliera la barba, eso fue lo que me jodió la vida, la falta de escuela y un trabajo de animales, y también me jodió el ser tan débil, el tener el alma o el cerebro o el corazón, o lo que sea, tan blando como el cuerpo de un caracol… ¿Sabes que parece que se me empieza a remover el vientre?

—Pues anda, aprovecha, que tienes tiempo de sobra hasta la hora de la cena.

—No te vayas a creer que echo en olvido el que Tricio no haya venido a verme.

—Te dije que se casó tu nieto, te lo dije cien veces, y también te lo había anunciado tu hijo, a ver si estos desvaríos tuyos van a tener que ver con el estreñimiento. Anda, enciérrate en la letrina y no salgas hasta que no se te alivien los intestinos, que tanto atasco te está corrompiendo los pensamientos.

—Si de ésta no me alivio voy a tener que tirarme al pozo.

—Ya estás en el pozo, Delio. Ya hace tiempo que vives en el pozo.

LUNA ROTA

—Hace tiempo que los dirigentes socialistas dejaron de creer en la lucha armada. Ellos dicen que no hay mal que cien años dure, eso dicen, figúrate… Como declaración de principios no tiene precio.

—Vamos a ver, Caparina, lucha armada, lo que se viene entendiendo por lucha armada, no sé si la hubo alguna vez desde que la guerra se dio por perdida.

—La hubo, Milvio, la hubo. ¿O no te acuerdas de las incursiones pirenaicas? Pero los socialistas nunca creyeron en ella, así que malamente habrían estado dispuestos a una ofensiva generalizada. El hostigamiento al franquismo por nuestra parte no suponía para ellos más que una forma de propaganda de cara a conseguir la implicación de los de fuera, ya sabes, de los demócratas.

—Nunca creí en esa intervención. Siempre me pareció una fantasía. Claro que yo me incorporé tarde a esta forma de vida. Cuando me cargué a aquel guardia, hijo de la gran puta, que asesinó a mi perra, ya llevabais vosotros en el monte algunos años.

—Yo sólo creí en esa intervención los primeros años. Digamos que hasta que acabó la guerra en Europa. Fíjate que cuando Francia le declaró la guerra al fascismo, y durante toda la contienda, especialmente con las victorias rusas, sostuve la esperanza de una intervención, porque, al fin y al cabo, andaban los países peleando contra los gobiernos totalitarios de derechas. ¡Joder, era una buena señal! Y aquello alentó nuestra supervivencia, renació otra vez la esperanza entre los milicianos resistentes, y fue cuando se creó la Federación de Guerrillas, pero la intervención no llegó y todo fue de mal en peor hasta acabar en la puta ley de fugas.

—Algunos dicen que los socialistas son la aristocracia del monte. Ya sabes, por lo de la llamada lucha pasiva…

—Lo sé, Milvio, y no les falta razón a quienes lo dicen, aunque excepciones hubo, vaya si las hubo. Ahora poco importa que los que quedamos seamos comunistas, socialistas o anarquistas, ya no importa nada. Ni siquiera sabemos qué hostias es lo que somos, si es que somos algo todavía…

—Perseguidos y condenados, eso es lo que somos, Caparina.

—Pero todos estamos en esta lucha.

—Figúrate que nosotros también andamos desde hace tiempo en esa lucha pasiva…

—Por llamarlo de alguna forma… Qué lejos quedan aquellas reuniones con Marico, con Quintana… No había acuerdo total, pero durante un tiempo hubo entendimiento. Ellos eran buenos comunistas, pero desde el cuarenta y siete no llegan más que noticias de masacres y de decenas de guerrilleros muertos…

—Monte Coya, Santo Emiliano, Funeres…

—Y los traidores crecen como las setas.

—Tú hablas de los socialistas, y es un asunto que no conozco muy bien, pero lo de los comunistas es algo muy distinto.

—No te vayas a creer.

—Joder, Caparina, tú mismo nos lo explicaste.

—Muchas cosas fueron las que expliqué. Llevo media vida explicando cosas, pero la mayoría de ellas resultaron equivocadas. Falsas no, no digo que fueran falsas, pero sí desacertadas. Ahora somos una rémora para eso que llaman políticas de reconciliación nacional. Algún día nos olvidarán, Milvio… En realidad ya nos tienen olvidados.

—Joder, pues los cabrones de los guardias no nos olvidan. Te voy a decir una cosa, compañero, y no te enfades… Hoy andas con el ánimo estropeado.

—Digamos que últimamente tiendo más a la reflexión. Parto de cero, elimino todo aquello en lo que creía y empiezo a pensar de nuevo, como cuando clavas el arado en un terreno que antes había sido pradera y quieres que sea huerto, remueves bien hondo toda la tierra, la abonas y siembras alguna planta nueva, pues algo así es lo que vengo haciendo, y ayer en la boda de tu hija me dio por pensar en muchas cosas que había olvidado. En el monte pensamos que la vida de la gente anda parada esperando algo de nuestra parte, pero ya nadie espera nada. La vida sigue, y no escucho más que ruido de cadenas, grilletes y cadenas que se arrastran, y la miseria humana proliferando por un lado la corrupción de los vencedores y por el otro la triste resignación de los vencidos. Vamos, un erial de tres pares de cojones.

—¿Quieres decir que la rebelión ya se ha vuelto inútil?

—Eso es, completamente inútil. Al menos desde este lugar y de esta manera.

—Hostias, fíjate cómo llueve. No sé qué detesto más, si la desilusión que nos cierra la garganta o esta puta lluvia cansina que nos ablanda la vida.

—Cuando llueve de esta manera, el mundo se queda desamparado

y quieto.

—Y, por si fuera poco, este viento racheado que nos pone el agua en las narices…

—Está el cielo tan apretado y bajo que se nos va a meter dentro de la cueva.

—Hay claros y oscuros.

—Se está rompiendo la luna.

—Vámonos ya para Francia, Caparina, joder, vámonos para Francia. ¿A qué esperamos? No será difícil encontrar algún camino.

—Los caminos están trazados y previstos, Milvio, y los enlaces dispuestos. Sólo falta que venga el calor. Por un lado quiero irme, pero por otro me duele. Nos tiramos al monte, no para desertar de los hombres, claro que no, sino para ser más hombres, para ser más dignos de la condición humana, y ahora la indignidad nos acecha como nos acecha el cielo. Tengo poco más de cuarenta años y ya me siento un viejo. No sé si viejo de años, pero sí de fracasos incontables, cansado como si llevara la Peña del Cuervo a las espaldas, harto de rebeldías estériles y sudores sin fundamento. En realidad nunca sabemos por qué esperamos, ni a quién dedicamos nuestros esfuerzos.

—A la supervivencia no le hacen falta pensamientos grandes. Ayer me dio una lección de la hostia mi yerno Arbicio. Fue cuando me despedí de ellos por la mañana. Le pregunté qué esperaba él de la vida, y miró a Jovita, y me dijo, espero que ella sea feliz, eso es lo que espero. Así me lo dijo, Caparina, como lo oyes, que Jovita fuera feliz. Le di un abrazo y no pude contener las lágrimas. ¡Hostias! ¡Me conmovió de cojones! Él sí que sabe por quién se esfuerza, Caparina, él sí que lo sabe, y sabe bien para quién espera.

—Es una buena lección, Milvio, pero como anarquista me resulta insuficiente, difícil de asumir. Nosotros debemos situar la felicidad mucho más allá de lo que tenemos delante de las propias narices, porque en ese mirar a lo lejos está la grandeza del ser humano.

—Pues yo creo que la grandeza está en la forma en que Arbicio miró a Jovita. Me cago en mi manto, Caparina, tendrías que haberlo visto… Me temblaron hasta las piernas.

—A mí también me estremeció otra mirada, pero fue por razones bien diferentes.

—¿Cómo está Felícitas?

—Perdida, Milvio, está perdida. Ni siquiera me reconoció. Yo la quise mucho, pero mucho, por dos veces la quise a reventar. La primera, antes de que me arrestaran los somatenes. Entonces éramos muy jóvenes, aquello fue como un delirio de fuego, déjame que te lo diga así, una hoguera en la que ardíamos cada noche, y con mi detención llegó la derrota para los dos, sobre todo para ella, que,

como bien sabes, acabó perdiendo la razón. Después de la revolución, cuando regresé al pueblo a recuperarme de las heridas, volví a quererla otra vez, y parecía que el ardor volvía y que su entendimiento recuperaba el ser, pero sólo fue un espejismo, y ahora ya no hay nada que hacer. Mis tíos se la llevarán a un centro especial. Ellos también se irán para vivir cerca de ella. Así que ya lo sabes, Milvio, me dejó muy jodido la visita, pero que muy jodido, porque me siento responsable y no puedo ayudar en nada. Luego llegó la boda y estuvimos distraídos con tu familia y la de Delmiro y con la gente del pueblo, y eso me reconfortó. Por la noche volví, estuve a su lado hasta el amanecer esperando un momento de lucidez por su parte, una señal, algo, por poco que fuera, pero ni siquiera hubo un gesto, ni un pestañeo que indicara que advertía mi presencia. Está muerta, Milvio, es como si estuviera muerta. Esos ojos perdidos de Felícitas, clavados en el vacío de la sala, se me van a fijar en la memoria hasta la muerte. Es muy triste, es lo más triste que me ha pasado jamás, pero, en fin, tengo que aprender a vivir con ello. ¿Y a ti cómo te fue con tu Remedios?

—Ay, Caparina, después de eso tan triste que me acabas de contar, me da un poco de reparo hablarte de lo mío.

—Pues quiero que lo hagas.

—Pues verás… Nos enredamos uno al otro como yo ya no recordaba. Creo que todavía me dura la conmoción. Qué salud tiene mi Reme, me cago en mi vida, qué forma de aguantar y de moverse, si está todavía como una muchacha. Cuando pienso en lo que me estoy perdiendo, me desespero, Caparina, me entra una cosa por aquí, por el pecho, como hacia arriba, que me hunde en la miseria. No sé si hay alguna lucha o alguna guerra, por muy lucha y muy guerra que sean, que merezcan esta jodida abstinencia.

—Mañana, al amanecer, cambiaremos de ubicación. Dejaremos la cuevona por precaución. Llevamos aquí mucho tiempo y supongo que les habrá llegado la noticia de que asistimos a la boda.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Es mejor pensar que ya lo saben. Si la lluvia sigue sin darnos tregua nos quedaremos en las cuadras de Robledal, y si escampa subiremos hasta las Peñas de Cueto Morán.

—No escampará, porque baja el arroyo revuelto y endemoniado, y a mí me está pinchando la rabadilla.

—Por cierto… Melquíades tiene la pierna mal, el hueso se le salió. Vino un curandero de Casares y ya se lo puso en su sitio. Ahora está entablillado y pasará unos días en la cabaña de Rocellanos. Rogelio se quedó con él.

—Tantas veces huyendo en apuros y sobresaltos y se le va a partir

la pierna aquí dentro, bien resguardado, al tropezar con la manta de dormir. ¡Manda cojones! Anda, vamos dentro, Caparina, y tócanos algo con el violín. Te digo yo que el sonido de esa música tuya es lo único que espanta la desidia que nos deja esta puta lluvia. Tendrías que haber bajado el instrumento para la boda.

—Me dijo Delmiro que era una celebración sin músicas, por recomendación del cura y por expresa aceptación de la familia del novio.

—Fue por lo del abuelo Delio, ya sabes… Figúrate tú qué tendrá que ver aquel crimen, que ocurrió hace tantos años, con esta boda del nieto. En fin, ganas de retorcer las costumbres. Los curas se agarran enseguida a cualquier pretexto para espantar la fiesta, y la familia, como anda todavía con la vergüenza a la vista, porque una cosa así la verdad es que cuesta quitársela de encima, pues eso, a callar y a consentir. Además, te voy a decir una cosa, la música que tú tocas no invita especialmente al regocijo, sino al sentimiento y a la meditación.

—Eso es según cómo la reciba cada uno.

—¿Sabes lo que más echo de menos de allá abajo, aparte de tener a mi Remedios cerca?

—¿A tus hijas?

—Sí, a mis hijas mucho, pero aparte de eso…

—¿Qué?

—Echo de menos las cosas que por allá abajo andan siempre a tu alrededor. Son cosas que te decoran la vida, aunque también la estorben a veces. Hay cosas que llevan años olvidadas y quietas, y otras las cambias siempre de sitio, pero nunca las tiras. Todas esas cosas echo de menos. Unas estorban, como te digo, y otras ni siquiera las vemos, los adornos baratos, las alfombras deshilachadas con las que siempre tropiezas, el escaño en el que nunca te sientas, las palanganas, las lámparas eléctricas, las latas de los geranios, las barandas ennegrecidas colgando sobre la lumbre, los cántaros del agua, los ganchos detrás de las puertas cargados de trapos… No sé, Caparina, son cosas que te sirven de referencia, la luna del armario, el calzado para el barro en la escalera, el caldero del carbón, el rincón de la leña… Todas esas cosas son las que echo de menos. Aquí no hay nada de todo eso.

—Aquí también hay cosas. Tú tienes una manta y una navaja, y tienes un retrato de Remedios, y Delmiro tiene libros de poemas, y yo tengo un violín…

—Pero no es lo mismo.

—Lo sé.

—¿Y tú qué echas de menos?

—Echo de menos una orquesta, con ensayos todos los días al

atardecer y conciertos los sábados por la noche. Una orquesta en la que yo fuera el primer violín y con una contrabajo hermosa y tierna de la que estuviera perdidamente enamorado. Eso echo de menos, y paseos con ella cerca del mar hablando de romanzas y sinfonías, y echo de menos un mundo donde todo esté en su sitio y cada persona sepa lo que tiene que hacer… Un mundo, Milvio, donde la gente acuda a los conciertos cada sábado por la noche sin pensar en venganzas ni en revoluciones, sin pensar ni siquiera en lo que harán cuando termine el concierto.

—Eso no puedes echarlo de menos, porque nunca lo tuviste.

—Pero lo soñé tantas veces que es como si lo hubiera vivido.

—Ya no llueve y hay un silencio extraño.

—Sí, es verdad… Cuando llega este silencio es como si la tierra se estremeciera. Esta noche está rota la luna, Milvio.

—Rota parece con esa nube que la atraviesa… Rota o apuñalada…

—Cuando la luna está rota es como si nada fuera verdad, y me acuerdo de lo que decía mi padre, pobre hombre, le cayó encima el brazo de una de las grúas del astillero… Mira, Jacobo, me decía él, siempre hay razones suficientes para que vayas despacio, para que mires por dónde vas, para que pongas un pie primero y después el otro, y no te dejes arrastrar por la corriente, y huye de la oscuridad, y no te muevas si no hay ni siquiera una luna que te alumbre… Eso me decía mi pobre padre… ¿Y sabes una cosa, Milvio? Más de una vez me dejé arrastrar como un perro…

—Parece que está rota, pero no lo está, porque una nube no puede ser un cuchillo.

—Llevo toda la vida corriendo y estoy en el punto de partida. El paraíso resultó irrespirable, y fue porque anduvimos a oscuras y con los dos pies por delante.

—¿Te gustaría volver atrás?

—Sólo para despedirme de mi padre y para salvar a Felícitas de la locura.

—La nube que parecía un cuchillo ya se fue, pero se ha vuelto a romper la luna.

—Hoy es noche de luna rota… El verdugo, hijo de la gran puta, estará observando esta misma luna para matarla.

—¿Tiemblas, Caparina?

—Como si me hubiera caído al fondo de la noche.

RUIDOS

—Nunca, hasta hoy, me había subido en un tren.

—Siempre hay una primera vez.

—A lo más que llegué fue a subirme en las vagonetas del carbón en la mina de San Roque. Ni punto de comparación. Mira qué lujo de asientos… Estas maderas fueron trabajadas por buenos carpinteros, y qué brillantes, y el hierro bien perfilado, se podría vivir aquí dentro, y esta velocidad… Si miro de seguido por la ventana hasta parece que me viniera el vértigo.

—Fíjate cómo corren aquellos árboles… Es como si fuera el mundo el que se moviera…

—Me gusta este ruido de los vagones, Jovita. Me recuerda a los rezos del rosario en los velatorios.

—Pues vaya comparación.

—Ya te dije que a mí me gustan los ruidos acompasados, sobre todo me complace mucho escuchar los sonidos que me anuncian algo, y este sonido nuevo del tren me anuncia un descubrimiento, una novedad, me anuncia un viaje, eso me anuncia. Hay ruidos que me gustan, porque son como las músicas de la vida.

—¿Y qué ruidos son esos?

—¡Hay tantos!

—Dime qué ruidos son…

—Pues los cascos de las mulas de los arrieros golpeando el empedrado de la plaza, la armónica del viejo que llega todos los meses para afilarnos las hachas y los cuchillos, los latigazos sobre los muros del cementerio del vendedor de coplas, el organillo de los titiriteros ambulantes que adivinan los destinos de los confiados, los gritos del tonto Alarico cuando revienta los sapos contra el pilón, el rechinar de las ruedas del carro del alfarero cuando sube la cuesta de la fuente, la algarabía de los cuervos que descubren alguna alimaña muerta, los silbos del viento cuando entra por los huecos de la portalera de las cabras…

—Pues sí que parece una letanía…

—Me gustan mucho esos ruidos, Jovita, y otros muchos que tengo en la memoria. A base de ruidos, como estos que te relato, se va

escribiendo la historia del mundo. Sólo me basta recordar un ruido y me viene a la cabeza una historia llena de gente, pero el sonido que más me gusta es el de la garlopa de Laureano deslizándose sobre las tablas y escupiendo las virutas.

—¿Y qué es lo que te anuncia ese ruido de la garlopa?

—Me anuncia la perfección.

—Pues a mí me quedó muy metido aquí dentro el sonido del violín de Juan Jacobo Varela Caparina, cuando le tocaba romanzas de amor a la loca Felícitas en el balcón de la escuela.

—A Felícitas no le había entrado todavía la locura.

—Eso es verdad… Mira que yo era bien pequeña, pero aquel sonido no se me olvidará jamás.

—Pero, mujer, la música es música, y la del violín mucho más, nada que ver con los ruidos de los que te hablo. Algunos ruidos duran toda la vida, otros se pierden y nunca se vuelve a saber de ellos. Tendría que haber un cementerio de ruidos, con sus lápidas escritas y todo eso, o un diccionario de los ruidos, como lo hay para las palabras.

—¿Y por qué te dio a ti hoy por esto de los ruidos?

—Será por el descubrimiento de este ruido nuevo del tren. Muchas veces había pensado en él, pero no conseguía imaginármelo, como tampoco soy capaz de imaginar el ruido del mar.

—Pues hoy mismo vamos a saber los ruidos que tiene el mar. ¿Tú crees que habrá mucho viento por encima del mar?

—No lo sé, puede que sí. En el mar que nos explicaba don Conrado los vientos eran como el alimento del mar. Tanto se mueven esos vientos que provocan las olas gigantes, que son como la furia del mar, y también son los vientos los que empujan a los barcos, como aquel *María de Oro* del capitán Ravender, del que nos hablaba emocionado el maestro. ¡Sorteando los témpanos infernales y las catedrales de hielo! De esta manera lo decía él. Puede que sí, Jovita, puede que soplen fuertes vientos por encima del mar.

—A mí, ahora, lo que más me gusta es el ruido de las palabras cuando tú las dices.

—Y a mí me gusta mucho contarte lo que pienso.

—Te queda muy bien la gorra que te regaló mi abuelo.

—Y a ti te queda muy bien ese sombrero. Tendrás que quitártelo cuando estés cerca del mar, para que no te lo arranque el viento.

—¿Tú crees que llamaré mucho la atención en la ciudad con este sombrero?

—¡Qué va, mujer! Si en la ciudad debe de estar todo lleno de sombreros.

—Para ir a ver el mar me ataré una coleta.

—Este paisaje que vemos es muy distinto al de Peñafonte. Aquí los ríos parecen quietos y allá arriba el agua siempre baja nerviosa y alborotando.

—Igual nos gusta tanto el mar que terminamos cogiéndole apego a la ciudad.

—Dos semanas no dan para tanto.

—Podías poner una carpintería en la ciudad. Seguro que allí andan faltos de buenos carpinteros.

—Eso mismo me decía mi padre, pero a mí me gusta trabajar con Laureano.

—A tu padre se le ve muy triste.

—Siempre fue así. Supongo que hasta que no entierre a mi abuelo Delio no espantará la tristeza.

—Mi abuelo Benicio también es un hombre triste. A veces le salen las lágrimas sin necesidad de llorar. Mi madre dice que son los restos del carbón de tantos años, pero yo sé que son las lágrimas de la tristeza. Sin embargo, mi padre, a pesar de su adversidad, nunca tiene la cara triste. En la cara de mi padre hay como una especie de coraje. Es un coraje muy viejo, pero parece reciente y por eso conserva la sonrisa.

—Tal vez no sea sonrisa, sino expresión natural, como un gesto que ya traemos cada uno cuando venimos al mundo.

—¿Estás contento, Arbicio?

—Nunca estuve tan contento como ahora. Estoy incluso feliz, porque estos días vamos a estar siempre juntos y vamos a descubrir cosas nuevas, ruidos diferentes, y también estoy muy contento porque a la vuelta viviremos en la casa de Laureano, que ya será nuestra casa. Él la está preparando para nosotros. El castellano Pascual y Fidelín Odalisco se encargan de la reforma. Nos irá bien con Laureano, porque es un buen hombre, y, además, muy propenso a la broma y al júbilo. Estoy harto de la tristeza que hay en mi casa. Son muchos años de convivir con la congoja y el abatimiento, Jovita. Estoy harto de contemplar las caras torcidas por la desgracia. Hasta mi madre, que siempre había sido una mujer desprendida y alegre, terminó contagiada por la pena que se respira en la casa, y se olvidó de canturrear, con lo que a ella le gustaba, y también dejó de poner flores en los jarrones. Una vez me dijo, procura salir pronto de esta casa o acabarás consumido por la tristeza, la pena levanta muros y aquí ya no penetra el sol. Eso me dijo, y también siempre decía mi madre que cuando la pena se te metía dentro, un día duraba tres años. Así que en nuestra nueva casa ya no habrá más tristezas ni más silencios, y eso, Jovita, me pone muy contento.

—Te voy a llenar la casa de flores y voy a dejar siempre bien

abiertas las ventanas para que entre el sol.

—Mi tío Delmiro dice que la ciudad está llena de comercios con grandes escaparates donde se vende cualquier cosa que exista en el mundo, y que hay mercados todos los días, y que hay tantos vehículos circulando por las calles que a veces se chocan unos con otros, y que las noches no parecen noches, porque todo está lleno de faroles encendidos. Mi tío Delmiro había visitado muchas ciudades antes de tirarse al monte, pero él dice que la ciudad más ciudad que le queda por visitar es París.

—Cuando mi padre se establezca en Francia, se irán con él mi madre y mis hermanas.

—Algún día, cuando el mundo sea diferente, iremos a París a visitar a tu familia y a mi tío Delmiro.

—A ti los sueños te corren más deprisa que este tren.

—Le pregunté a mi tío cuál era el ruido que mejor recordaba de todos los ruidos de la ciudad, y me dijo que, aparte del ruido del mar, que era como si el mundo se fuera dando la vuelta a trompicones, el ruido que más recordaba era el del tranvía, porque era como el estribillo de una canción, y también me habló del ruido de las gaviotas, que son pájaros tan atrevidos como los cuervos de Peñafonte, pero más grandes y vestidos con trajes de novias.

—¿Llevas el dinero bien guardado?

—Aquí dentro, en la faltriquera que me hizo mi tía Raida.

—Laureano nos hizo un regalo excepcional.

—Cuando me dio aquel puñado de duros creí que se había trastornado. Toma, me dijo, esto es para vosotros, pero te pongo una condición, que lo gastéis en cultura, que cuando estéis en la ciudad lo gastéis todo en cultura, porque aquí, en el pueblo, ya no queda cultura y encima don Conrado se nos va definitivamente, así que gastároslo en cultura y aprovechad la oportunidad, porque en la ciudad hay mucha cultura para comprar. Eso fue lo que me dijo.

—¿Y cómo se gasta el dinero en cultura?

—Mujer, pues yendo a los cines y a los teatros, asistiendo a los conciertos, visitando los museos, que hay de todas las clases, y comprando libros y revistas que te obliguen a pensar. ¡Anda que no hay maneras de gastarse el dinero en cultura!

—Pues no sé yo si tengo ropa decente para acudir a esos eventos de la cultura…

—Pues con parte de ese dinero nos compramos algo de ropa y nos hacemos cuenta de que son expensas para lo que podríamos calificar, sin ningún reparo, como uniformes para la cultura, y a la salida del cinematógrafo o del teatro nos acercamos a alguna casa de comidas célebre a probar los platos típicos de la ciudad, que la gastronomía

tengo entendido que también forma parte del acervo cultural, así que los duros de Laureano, para dar cumplimiento a su voluntad, serán gastados en cultura en su totalidad.

—A mí me gustaría asistir a un concierto de violines.

—No sé si habrá… Pero no faltarán las actuaciones de orquestas en las que habrá violines.

—¿Sabes una cosa, Arbicio?

—¿Qué?

—Que a tu lado me entran unas ganas locas de vivir.

—Cuando estamos juntos es como si el tiempo no tuviera ruidos, como si se apagaran los ruidos acompasados de los relojes y como si ya nada fuera a pasar después.

—¿Te vas a mirar en mí?

—Tanto me voy a mirar en ti, Jovita, que ni siquiera voy a necesitar espejos.

PUNTO FINAL

—Vengo a matarlo, padre.

—¿Y quién eres tú que ni siquiera te reconozco?

—Soy su hijo Delmiro y vengo a acabar con usted.

—Qué vas a ser tú mi hijo, y, aunque lo fueras, ya llegas tarde.

—Todavía vive usted, padre, así que no llego tarde.

—Mírame bien, alma de cántaro, quien quiera que tú seas y cualquiera que sea tu nombre, mírame bien y verás que estoy más muerto que vivo.

—Desde que el mundo es mundo, el que la hace la paga.

—Ya bien que lo vengo pagando.

—Hace ya mucho que madre está muerta y usted sigue vivo, así que vengo a matarlo para que quede liquidado este asunto de forma definitiva.

—Pues antes de que me mates, cuéntame por qué vienes aquí asegurando que eres mi hijo.

—Madre me decía, cuando me peinaba, antes de mandarme para la escuela, que estudiara bien todas las letras, que practicara las operaciones con los números y que me aprendiera de memoria las historias del mundo para que me hiciera un hombre de verdad y no terminara pareciéndome a usted.

—Vienes a matarme, porque no sabes a qué me dedico.

—¿A qué se dedica usted, padre?

—Me siento al sol y me olvido de que sigo vivo.

—El día que llegué del seminario, atacado por las fiebres, usted no estaba en casa. Andaba por la taberna. Llegó borracho, como todas las noches, y yo estaba en la cama. Madre me había traído un caldo y me lo estaba bebiendo. Ella, emocionada, le gritó desde el cuarto, ya tenemos aquí a Delmiro. Pero usted contestó con una blasfemia y con algunas palabras sin sentido, y se fue a la cama sin verme, y luego la sentí por la noche suplicándole a usted… Lloraba y le decía que yo era su hijo, y que venía de servir a Dios, y que había contraído una enfermedad muy mala, y le insistía a usted en que debía de hablar conmigo. Usted gritaba palabras malas y decía que en la taberna

murmuraban, y madre le preguntaba por esas murmuraciones, y usted respondía, que este hijo no es mío, eso dicen, porque en nada se parece a mí, que es hijo del fraile que viene en primavera a reclutar seminaristas. Eso gritaba usted y madre lloraba y juraba que nunca había estado con otro hombre que no fuera usted, que ni siquiera con el pensamiento había estado con otro hombre, y fue aquella noche cuando escuché la amenaza por primera vez.

—Te estás inventando todo esto.

—Le juro que nada me invento, padre, y usted debe saberlo.

—¿De qué amenaza me hablas?

—Toda su vida fue usted un canalla, padre, y por eso debo matarlo, y mejor me hubiera ido si usted no fuera mi padre, mejor sería que hubiera sido hijo de aquel fraile, pero madre era una santa, y nadie tenía dudas, ni siquiera usted tenía dudas, pero le gustaba imaginar motivos para castigarla. Llevo aplazando este momento demasiados años. Ella era débil y el mal habitó siempre en usted. Nunca hubo concordia en nuestra casa, ni esperanza alguna, ni esas alegrías que había en las casas de los demás. Madre no tenía salud, ni siquiera podía lavar la ropa en el arroyo, y usted la humillaba una y otra vez. Tal vez pensaba usted que la mala salud era un delito…

—No sé si todo eso me ocurrió a mí o a otro diferente.

—Tiene que tener algún agujero en el corazón por donde se le cuele algo de ternura. Tiene usted que tenerlo, padre. Si lo tuviera, igual me temblaría la mano.

—Mátame ya de una vez y déjate de monsergas.

—Fue usted un hombre indigno y despreciable, padre, y su ruindad nos destrozó la vida.

—Sabes muy poco de mí.

—Aquella mañana usted me dijo algo, no sé qué fue lo que me dijo, pero no me preguntó por el tiempo en el seminario, no me preguntó por aquellas fiebres malas que me hacían sudar tanto, no me preguntó por nada, sólo me dijo algo, no recuerdo qué me dijo, seguro que alguna palabra sin sentido. Por la tarde volvía la borrachera y otra vez las amenazas y el sufrimiento de madre, así que hasta el día del crimen anduve sin dirección y al arbitrio de su maldad, perdido entre la incertidumbre propia y la tragedia de sus borracheras.

—Traes contigo mucho resentimiento.

—No sé si vengo a matarlo por odio o por rellenar un vacío que me dejó usted aquí dentro. No puedo soportar que siga vivo.

—Llevo una existencia negra, total porque una vez el diablo me agarró la mano con la que empujé a tu madre. Tan borracho estaba que ni siquiera recuerdo de qué manera se desplomó. Sólo me acuerdo de la sangre. El puto fuego de la suerte puso el pico del mármol en su

cabeza. Eso fue lo que luego me dijeron. Recuérdame que después te hable del fuego de la suerte. Tu madre sabrá lo que pasó, ella tiene buena memoria, pero se niega a considerarme.

—No está usted loco, padre, sé que no está loco, así que no me venga con disimulos. Sé bien que lo suyo no es locura, y entienda ya de una vez que vengo a acabar con usted.

—Tienes la voz grande y negra y por eso las palabras que pronuncias me llegan como disparos. Deja ya de dispararme con tanta palabrería y prepara la navaja, porque vendrás con la navaja dispuesta, pero ajústate bien la conciencia antes de dar el tajo, no vaya a ser que te pese de por vida, no vaya a ser que ella te reproche el ensañamiento, porque ella es una mujer de paz, triste y sumisa, ya lo sabemos, pero pacífica y compasiva, aunque a mí no me quiere considerar, pero las mujeres son así de cambiantes, ya lo sabrás, porque un hombre eres, aunque no sé cómo te llamas, así que la preocupación no es ahora la muerte, porque ya te dije que estoy más muerto que vivo, sino ese fuego de la suerte que me puedes robar al matarme y que pasará a tu conciencia, claro que pasará, y te estará jodiendo hasta la muerte, como me estuvo jodiendo a mí, así que piénsalo bien antes de tirar el tajo, no vaya a ser que el degüello se convierta en coz tirada contra aguijón gigante, que así es como lo decíamos antes, alma de cántaro, cuídate bien de dónde pones el paño.

—Le digo, padre, que vine aquí para matarlo.

—Pues haz lo que tengas que hacer, pero a ella no se lo digas. Dile que me acabé en la cama, debajo de un crucifijo. Dile que las monjas rezaron y que me cerraron los ojos y que ya no se tiene que preocupar. Dile eso, por Dios te lo pido, y no le andes diciendo que un hijo de su vientre vino a cortarme el cuello, eso no se lo digas.

—Madre está muerta, padre, está muerta, porque usted la mató hace ya mucho tiempo, y ahora yo vengo a matarlo a usted. Vengo con mucho retraso, pero vengo decidido.

—Esa navaja que traes será una herramienta útil, no te digo que no, y con un tajo bien dispuesto bastará, pero luego tírala, arrójala bien lejos, no te quedes con ella, porque te abrasará.

—La vida fue muy dura conmigo, padre, tan dura como la de usted, se lo digo con todo el rencor del que soy capaz y porque me pesa en la boca, primero las palizas que nos daba usted, a mí me pegaba menos, porque era el más pequeño, pero por eso precisamente me dolía más que a ellos, así que la ocurrencia del cura Lubencio de llevarme al seminario me salvó por unos años, y después llegaron aquellas fiebres y hubo más ruidos y más perdiciones que indulgencias. Fue una vida extraña la mía, padre, como si ni ella ni yo fuéramos capaces de reconocernos, y antes de que acabe con usted,

debo decirle que fue mucho lo que peleé, sí que fue mucho, pero nunca me sirvió de nada, y ahora vengo a matarlo a usted, antes de marchar a Francia, para hacer justicia y por ver si por fin la vida se reconcilia conmigo.

—Tienes envenenados los sentimientos.

—El veneno me lo puso usted.

—Si yo ni siquiera te reconozco… Llevo muchos años condenado y solo, rechazado como un perro apestoso, y te lo vengo diciendo, la vida me pesa tan poco como una pluma de ganso, y, si vienes a matarme, tengo derecho a saber dónde vives y cómo te llamas.

—Ya se lo dije, padre, me llamo Delmiro, como el padre de usted, que por eso me pusieron este nombre, y vivo en el monte, ahí es donde vivo desde hace años, en los escondrijos del monte, escapado de los guardias que sirven a los fascistas, huyendo de otro cabrón que se creyó dueño de la patria al igual que usted se creyó dueño de madre, para excluirlas y sangrarlas, para anularlas, así que la patria y la madre vienen hoy a confundirse en este cuchillo que me está quemando la carne. Con él vengo a matarlo, padre.

—¿Y qué fue lo que hiciste para andar huyendo?

—Perder, padre, eso fue lo que hice, perder, porque soy un vencido.

—Yo siempre anduve vencido por el puto fuego de la suerte, abrasado y vencido, y no me ando escondiendo de nadie.

—Es por la vergüenza de sus hijos por lo que está aquí escondido y cautivo, pero ahora vine para que todo quede en su sitio.

—Algo más habrá que te dé la vida, y no sólo el ansia de venir aquí a acabar conmigo.

—A mí la vida no me da más que monte, padre, sobresaltos y mojaduras, y, si acaso, la esperanza de que pronto pueda pasar a Francia, por ver si allí me agarro a otra vida, pero antes debo matarlo a usted, que ya sabe que para eso vine.

—Antes de que me mates, quiero que le digas a tu madre…

—A madre ya no hay nada que decirle, padre… Ella ya no precisa de palabra alguna.

—Ahí fuera, donde tú vives, debe de andar el tiempo revolviendo la tierra, porque me llega el olor de las flores del cementerio.

—Hágase usted cuenta de que estoy aquí por ella, porque fue ella la que me dijo un día, cuando me recuperé de aquellas fiebres tan malas, que cumpliera siempre con mi conciencia, y ya anduve aplazando este día demasiado tiempo, esperando por cobardía a que la enfermedad acabara con usted o usted mismo se quitara la vida, pero ya no puede haber más aplazamientos, porque me voy a Francia, y, antes de irme, debo cerrar esta puerta por la que me sigue llegando el

resentimiento.

—Hay una puerta que para mí sigue abierta. Es la puerta del infierno.

—El infierno está aquí, padre, el infierno es la vida que nos dejó. Yo no creo en otros infiernos. Por eso vengo a matarlo, para que ya no pueda ir usted a ninguna parte, para que se mezcle con la mala tierra y salga de nuestras vidas definitivamente.

—¿Y el alma, Tricio?

—No soy Tricio, padre, que soy Delmiro.

—¿Adónde crees tú que se irá mi alma?

—Usted no tiene alma, padre.

—Ando como un sonámbulo, día y noche, espantando los pocos pensamientos que me llegan, ahuyentando a los muertos que vienen a incomodarme, apagando los pocos recuerdos que siguen vivos, y ya todo me amarga, hasta la luz del cielo me amarga, y los rezos inútiles de las monjas, y el color de esas flores y el ruido de los pájaros en los tilos, y más que nada me amarga el desprecio de ella, que viene cada día para arrojarme puñados de gallinaza en la sopa, y me vuelca el orinal sobre la cama, y me echa cáscaras de huevo en el café, y luego se va sin decirme nada, sin dejar siquiera que le diga una disculpa, como si ella fuera la viva y yo me siguiera arrastrando por la tierra, así que debes creerme, Tricio o Delio o Delmiro o como te llames, que ya no me quedan fuerzas ni siquiera para distinguir la vida de la muerte.

—Anda usted arrancándome la clemencia, pero sé que no está loco, no está más loco de lo que siempre estuvo. Hágase cuenta de que vengo a matarlo, padre.

—Pues haz ya de una vez lo que viniste a hacer y que Dios y ella nos perdonen a los dos.

FRENTE AL MAR

—No sé si estamos soñando, Arbicio.

—¡No puede ser! ¡Esto, Jovita, no puede ser!

—Es lo más grande que hemos visto nunca.

—Si no lo veo no lo creo.

—Fíjate en aquella línea que separa el cielo del mar.

—Es la raya del horizonte.

—Parece pintada por alguien y a propósito… Como una raya que no fuera de verdad. Es como si el cielo se quisiera desprender del resplandor que hay por encima de la raya.

—Así lo parece.

—Ése debe de ser el resplandor hacia el que decía mi abuelo Benicio que se dirigían los muertos.

—¿El resplandor del mar?

—El resplandor del cielo en general.

—Dicen que esa raya nunca se puede alcanzar, y que, según navegas hacia ella, ella se va alejando, y así, persiguiendo a la raya, puedes dar vueltas a la tierra por toda la eternidad. Por eso no es una raya de verdad y por eso el mar no se termina jamás.

—Pues allá, contra las rocas, y aquí abajo, en la playa, parece que se terminara el mar.

—Sólo son los laterales del mar, orillas que no son de verdad… Algunos marineros se vuelven locos buscando el final del mar. También dicen de las gentes que viven cerca del mar que sueñan con mayor intensidad.

—¿Tú crees que cuando pasean por la playa en solitario y con las manos a la espalda van soñando con el final del mar?

—Pudiera ser… Caminan solos por la arena como si fueran náufragos.

—O vagabundos… El mendigo que había en el atrio de San Pedro, en lugar de sonreír, tomaba el sombrero en la mano y hacía reverencias.

—Esos que alborotan sobre las olas son los cuervos vestidos de novias. Gritan como si tuvieran prisa, como si se quisieran marchar.

—Me dan un poco de miedo. Son pájaros muy raros. Donde estén los gorriones y los mirlos que se quiten estos pajarracos extraños. Incluso los cuervos me parecen pájaros de más cordialidad.

—Madre mía, Jovita… Nunca pensé que el mar fuera tan grande.

—¿Te imaginas cuánto habrá tenido que llover para que se llenara el mar?

—Aquí debe de estar hasta la lluvia que llovió al comienzo del mundo.

—Tienes los ojos como de romper a llorar.

—Lloraría fácil si me dejara llevar.

—Hay un azogue en el aire que a la vez emociona y acobarda. Nunca me había pasado lo que me está pasando, Arbicio, te juro que nunca me había pasado esto de sentirme los golpes del corazón como si aquí dentro hubiera algo que se quisiera salir. Ni siquiera la otra noche, cuando entraste en mí por primera vez, ni siquiera entonces me pasó lo que ahora me está pasando, te lo digo de verdad, y bien que me estremecí esa noche, no vayas a pensar que no, que se me sacudió la vida y el gusto que sentí me trastornó, claro que sí, porque fue como si rompiera a volar por encima del monte, pero estos golpes que ahora me está dando el corazón nunca antes los había sentido.

—A mí también me da golpes el corazón. Puede que sea por la presión del mar. Tanta agua junta tiene que ejercer mucha presión en el aire. Fíjate que una ola de aquellas puede derribar puentes y edificios. Si respiras hondo lo puedes comprobar, parece que te fueran a reventar los pulmones, sí, debe de ser eso, la presión del mar, pero sólo es hasta que te acostumbras, luego ya el corazón se acomoda a la apretura del aire y vuelve a su latir natural.

—Pues decía la maestra Vidalides que la presión aumentaba cuanto más alto se estaba con respecto al mar.

—Pero ésa es la presión de las alturas… Esta presión de ahora tiene otro fundamento, porque es la presión lunar.

—Pero si es de día…

—Pero la luna está ahí, Jovita, siempre está ahí encima, aunque no la veamos. ¿Cómo crees que se mueve el mar de esta manera tan regular y a la vez tan desesperada?… Pues por la presión que la luna ejerce sobre las aguas.

—Ay, no sé, Arbicio, pero a mí esta visión del mar me tiene sobrecogida.

—Nos acercaremos todos los días, por la mañana y por la tarde, para irnos acostumbrando. Ahora, si quieres, vamos paseando hasta el barrio pesquero. Me apetecen unas sardinas frescas. Sólo probé aquellas sardinas en salmuera que traían los arrieros castellanos.

—Decías que cada ruido te anunciaba algo.

—Y lo sigo diciendo.

—¿Y qué es lo que te anuncia este ruido tan nuevo del mar?

—No lo sé… Puede que la inmensidad. Todavía no tuve tiempo de pensarlo… O puede que me anuncie lo inalcanzable, todo lo que está a la vista, pero no se puede alcanzar.

—¿Sabes lo que te digo, Arbicio?

—¿Qué?

—Lo del mar es algo extraordinario, claro que sí, pero la ciudad, con sus parques de flores y sus comercios… ¿Qué quieres que te diga?… La ciudad también tiene para mí casi tanto encanto como tiene el mar. El mar conmueve, eso sí, sobrecoge y te acelera el corazón, pero la ciudad da mucho que pensar.

—Aquí vamos a aprender muchas palabras nuevas.

—Ya aprendimos algunas, como gaviota, acantilado o pleamar.

—Y también peatón, estanque y estafeta de correos.

—Y restaurante… Me gusta la palabra restaurante. En cuanto veamos uno preguntamos si tienen sardinas frescas.

—Después de comer las sardinas, vamos a acercarnos a una librería que se llama La Escolar. Tengo apuntados unos libros que me recomendó el maestro Conrado, que es amigo del dueño de la librería. Se llama Aurelio. Lo tengo aquí todo anotado. Compraremos también algunas novelas de moda, y después vamos a ir a solucionar el asunto del vestuario. Aquí me apuntó la tía una dirección…

—Confecciones Multipunto…

—Me advirtió que dijéramos que vamos de parte suya. Aquí se deben de conocer todos los comerciantes. Ah, y para los zapatos…

—La Americana…

—Por la noche el primo Nel quiere llevarnos al Teatro Robledo a ver a Imperio Argentina.

—Mira, ahí hay un cartel del circo… Gran Circo Feijóo…

—Me gustaría conocer el circo. Dice la prima Filo que éste es un circo gallego, buenísimo, que no es como los circos rusos, que según ella son los mejores del mundo, pero que tiene fieras extranjeras y equilibristas que andan por el aire y payasos y orquestas que tocan músicas de mucha resonancia.

—Eso podemos hacerlo mañana.

—No, Jovita, mañana no, que ya quedamos para ir al cine…

—Razón tenía Laureano.

—Y que lo digas. Aquí hay cultura por todas partes.

—Fíjate qué despejado está el cielo.

—Nunca había visto semejante claridad. Cuesta incluso abrir los ojos, y el mundo parece más grande… ¿No te parece más grande el

mundo, Jovita? Debe de ser que el viento arrastra toda la luz de los mares del mundo. Resulta cegador hasta el blanco de las gaviotas. Mira cómo entran y salen en la espuma de las olas… En las olas es donde cogen el blanco.

—Me gusta mucho la ciudad.

—Hay espectáculos, diversiones, jardines para pasear, y está el mar, y hay tranvías, y también está el puerto de los barcos que salen y entran… Hay muchas cosas de las que disfrutar en la ciudad, y, sin embargo, Jovita, observo que hay gente que lleva los brazos colgando y la mirada perdida, y eso tiene que ser por algo.

—¿Y por qué será?

—No lo sé, Jovita… Se sientan en los bancos a esperar o pasean arriba y abajo sin llevar nada en las manos. Hay quien lleva perros atados con correas, y los policías llevan las manos en los bolsillos, como si ya no hubiera nada que ordenar, y tengo la sensación de que aquí se deben de engañar unos a otros con mucha facilidad, porque apenas se miran y eso quiere decir que desconfían y que se conocen poco, y luego está lo de esos sueños imposibles de descifrar.

—¿Qué sueños?

—Los que provoca la cercanía del mar. No sé, Jovita… Me gusta el mar y me asombra todo lo que veo, pero sobre la ciudad propiamente dicha prefiero esperar unos días antes de pronunciarme.

—En casa de tus parientes nos han acogido bien. Tienen buena disposición y les gusta conversar. La tía Gracia me dijo que, si un día te decidieras a venir a ejercer aquí la carpintería, ella me daría modo en la mercería, porque tiene muchos encargos para coser. Figúrate, Arbicio, dos jornales regulares… Válgame Dios, no lo quiero ni pensar.

—¿Qué dices, Jovita? ¡Se te está nublando la mente con los vértigos de la novedad!

—No hace falta que te pongas así. Solamente lo digo como una posibilidad que tenemos ahí, al alcance de la mano, por si las cosas en el pueblo no se nos dieran bien, que nunca se sabe, porque lo que hoy es huerto, mañana es páramo, y no me digas que la idea no tiene su encantamiento.

—Vamos a dejarlo aquí, que tú te emocionas enseguida.

—Me gusta mucho la prima Filo. Es muy delicada en el hablar y muy solidaria. Lo de la solidaridad es una moda muy cristiana aquí en la ciudad. Es como una mezcla de compasión y de caridad. Ella dedica unas horas cada semana a arreglar para los pobres ropa usada que ya no quieren los ricos. Me gustan mucho los trajes de sastre que viste Filo, porque son muy finos, y uno así quiero yo para eso que tú llamas uniforme cultural, a ser posible de color malva, la chaqueta bien ceñida y con los hombros redondos. A mí me quedará bien, porque

tengo la cintura bien estrecha, y la falda que sea de tubo y por la rodilla, y quiero cortarme el pelo, ahora se lleva corto, y tú vete olvidándote del sombrero, que hay que ponerse al día, y ya ves que aquí sólo llevan sombrero los hombres de más edad.

—No sé si habrá tiempo para esas confecciones que tú te estás preparando en la cabeza. Cortar y coser un traje lleva su tiempo.

—Ay, Arbicio, estás tú listo… En esos almacenes modernos está todo acabado para probárselo e irse con ello puesto, que me lo dijo la tía Gracia.

—¡Mira aquel barco, Jovita! ¡Menudas chimeneas tiene! Es como una fábrica flotando en medio del mar…

—Parece imposible que eso pueda flotar.

—Te voy a decir una cosa, un pensamiento que ahora mismo me acaba de llegar. Creo que mi abuelo Delio no llegó a conocer el mar, y estoy convencido de que, si hubiera contemplado el mar, como nosotros ahora, no hubiera cometido el crimen que cometió.

—Mira, Arbicio, estás confundido por la emoción. También aquí al lado del mar se cometen crímenes.

—Pero el mundo de mi abuelo era muy pequeño, Jovita. Lo digo por eso. Era un mundo muy reducido el suyo, con poco espacio para los pensamientos. En un mundo así todo está muy encogido… Al conocer el mar todo se vuelve grande. ¿No lo estás sintiendo? Echa un vistazo a tu alrededor… El mundo que llevamos dentro se agiganta. Estoy convencido de que, si mi abuelo Delio y mi abuela Sara hubieran venido en viaje de novios a conocer el mar, no hubiera pasado lo que pasó.

—¿No ves que eso que dices no tiene ningún sentido? ¿O crees que aquí al lado del mar no hay hombres que maltratan a las mujeres?

—Igual tienes tú razón y esto de contemplar el mar, una vez que te acostumbras, ya no tenga tanta influencia.

—Estamos mirando por primera vez el mar y a ti se te ocurre pensar en el crimen de tu abuelo Delio.

—Perdóname…

—No pasa nada.

—Estás muy guapa, Jovita. Te veo más grande, como si estuvieras todavía creciendo, así te veo, y dame la mano, que me hace ilusión que vayamos cogidos de la mano. Me gusta el ruido que haces cuando te mueves, y no me refiero al ruido de las pisadas, a ése no, sino al del aire que vas apartando con las caderas y con los muslos y con las manos, a ese ruido me refiero.

—¿De qué ruido me estás hablando?

—Tú no lo notas, ya lo sé, pero es un ruido muy delgado que alborota los colores, y a mí me llega, me llega como ruido y como

aire, y me llega como temblor y como palabra, y no me mires de esa manera, porque te estoy hablando en serio, y esta Jovita que ahora eres cerca de mí tiene deslumbres nuevos y me hace respirar de otra manera.

—Ay, Arbicio, a veces me dices unas cosas…

—Mira, Jovita, en esta taberna anuncian sardinas frescas.

—Yo prefiero los calamares fritos.

—Pues tú calamares y yo sardinas, pero vamos a entrar.

CONVERSAR

—Mire usted, amigo Conrado, esto de la desconexión entre los gobernantes y el pueblo no es más que una cuestión de tiempo, pues si bien es cierto que actualmente los gobernantes legislan a su favor y ejercitan la represalia en función de un confundido sentimiento de reparación, cuando no por mor de la caprichosa inquietud de sus infladas vísceras, también es de justicia considerar que el pueblo, o la mayoría del pueblo, se acostumbra pronto al yugo del vasallaje y a las cadenas de la sumisión y olvida, más pronto que tarde, los ilícitos orígenes de la dominación, los abusos del poder arrebatado y las falsas justificaciones de la represión ignominiosa que, usted sabe igual que yo, clama al cielo, así que el alejamiento actual entre el gobierno y el pueblo, sometido y hambriento, se irá reduciendo hasta medidas ahora mismo insospechadas, y no estará lejos el tiempo en que miles y miles de desconcertados y olvidadizos súbditos aclamen al dictador como a un auténtico salvador de la patria.

—Me asusta usted, don Carmelo, al pronosticar, con la claridad que lo caracteriza, que esta tormenta que azota a nuestro pueblo se quedará, en menos que canta un gallo, en agua de borrajas.

—Lo que yo le diga… Un poco de tiempo y un trozo de pan y aquí paz y después gloria. La solución vendría únicamente por la vía de la educación… Ya muchas veces lo tenemos hablado usted y yo, pero también eso lo saben ellos, y ya ve lo que andan haciendo con los buenos educadores… Usted es un claro ejemplo. Bien que lo saben, así que andan enviando a las escuelas a maestrillos, hambrientos de pan y de consideración, que propaguen la doctrina del sometimiento y de la salvación nacional, por obra y gracia del iluminado caudillo, y le aseguro a usted que en menos de un año no quedará un solo maestro en todo el territorio nacional que no acate y enseñe los principios generales de esto que se atreven a nombrar como Movimiento, pero que no es más que pura inercia o burda regresión.

—No le falta razón, don Carmelo, que ya son muchos los compañeros que están en mi misma situación, unos acusados de sedición, otros sustituidos sin explicación alguna y los de avanzada edad, como un servidor, retirados sin el derecho de la pensión.

—Usted sabía muy bien explicarles a los muchachos esos detalles que aparentan ser insignificantes, las cosas pequeñas, podríamos decir, que son el fundamento de la condición humana, y ahora tengo entendido que ese maestrillo recién llegado, el cual, permítame la irreverencia, tiene pinta de pajarito frito, les habla de conceptos generales e incomprensibles que me tiemblan en los oídos como los truenos del juicio final. Él no les habla de las cosas pequeñas, nos las explica, no las compara, porque todas esas cosas se le antojan idénticas. Les habla, más bien, de concepciones quiméricas y les dirige el pensamiento con máximas redactadas por los próceres políticos, los cuales, desde luego, no tienen por finalidad la propagación de la sabiduría ni la formación en el libre pensamiento, así que, querido Conrado, los sagrados templos de la sabiduría se están convirtiendo en siniestras oficinas de propaganda y desnaturalización, si me permite usted la palabra.

—¿No piensa a veces, don Carmelo, que pudiéramos estar equivocados?

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a la idea que ambos compartimos, usted desde el amparo de la religión y un servidor atendiendo únicamente al favor de la razón, de que es posible una sociedad en la que imperen la libertad y el bienestar de todos los seres humanos en un ambiente de igualdad social y de verdadera solidaridad, una sociedad en la que los privilegios brillen por su ausencia y las jerarquías resulten innecesarias, equivocados en pensar que algún día conformaremos un mundo libre de cualquier forma de opresión y de explotación.

—No estamos confundidos, señor maestro, en cuanto a la noble finalidad de ese deseo que compartimos, pero tal vez andemos a tientas, o al menos encontrándonos con obstáculos excesivamente recios, en cuanto a la manera de alcanzar el fin. En más de una ocasión le manifesté mi convencimiento de que es usted optimista en sus ideas y pesimista en sus sentimientos, y que tal circunstancia se debe, pienso yo, a esa doctrina llamada materialismo dialéctico, de la cual usted se declara partidario, y acertó plenamente en cuanto a la predicción que siempre me ofrecía de una conflagración sangrienta, pero no acertó en lo referido a la lucha de clases, porque las clases sociales, como yo siempre le insistía, andan repartidas, no sé si como el agua, pero sí como el aceite, entre los materiales ideológicos básicos de ambos bandos.

—No me venga con ésas a estas alturas, señor cura, que bien sabemos qué clase social principal apoyaba y apoya a quienes vulneraron la legalidad iniciando una guerra que sólo trajo dolor, muerte y separación, y, además, consagrándola, para regodeo de la razón, como guerra santa contra los comunistas o cruzada contra los

enemigos de la fe.

—Sólo le voy a contradecir en una cosa, y es que esa lucha de clases en la que usted sigue creyendo está fundamentada en la violencia y por ello no habrá de tener buenas consecuencias, así que mucho me temo que sigue usted situando la esperanza más allá de este mundo real de opresores y oprimidos, sigue pensando en un paraíso que, aunque lo califique de terrenal, está más cerca del cielo de mis profetas que de la tierra que ahora sangra, así que le vuelvo a insistir, don Conrado, en que usted y yo nos parecemos más de lo que a simple vista se pudiera pensar, porque más allá de los dolores que nos afligen, más allá de la ignominia de los actuales gobernantes, de las persecuciones, de los fusilamientos, de la locura de unos y de la miseria de la mayoría, más allá de eso, tanto usted como yo, imaginamos y buscamos, en el discurrir de cada día y en el aprecio de las pequeñas cosas que vemos y tocamos, un mundo feliz en el que imperen la justicia, la libertad y la paz, y sólo diferimos en una cuestión de espacio, ni siquiera de tiempo, sólo de espacio, o mejor diría que discrepamos en el adjetivo con el que calificamos el mismo paraíso, que usted llama terrenal, y un servidor, por mor de la fe que sostengo, celestial.

—El cuerpo, don Carmelo, y sabe usted que cuando digo cuerpo incluyo en él eso que usted denomina alma, de tanto estirarse para sujetar el tiempo, se acaba dando de sí, y este látigo, que cada día nos golpea el entendimiento, también contribuye al estiramiento. Figúrese usted que a mi sobrino Juan Jacobo siempre lo aconsejé en el camino de aprovechar los ultrajes para recomponer el orgullo e incrementar el coraje, y ahora, ante el ultraje de la negativa gubernamental a concederme una pensión, no encuentro manera de aplicarme mi propia prédica, y más bien me inclino a la resignación o a la aceptación de la derrota, que vienen a resultar lo mismo, y ando con el cuerpo entregado y con el ánimo contrito, lo cual muy pocas veces me había ocurrido, así que tengo decidido cambiar el paso, para no terminar como un preso condenado a cadena perpetua, y no pienso continuar rellenando más formularios, redactando más escritos de súplica y solicitud y componiendo más alegaciones, y voy a renunciar a esa pírrica pensión y voy a acomodarme a la idea de que nunca fui maestro por interés.

—Si usted quisiera que yo intercediera informando de que siempre educó a sus alumnos, generación tras generación, en los principios del cristianismo y que en todo tiempo enseñó alumbrado por el espíritu de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, podríamos tener alguna posibilidad de que atendieran a su justa demanda.

—Hombre, don Carmelo… Me propone usted un doble delito de conciencia, su mentira y el derrumbe de los fundamentos de mi razón

de ser, y, si accediera a su disparatada proposición, cargada, eso sí, de loable intención y de más que probada buena voluntad, entonces, cada vez que acudiera al dispensario oficial a recoger las monedas de la traición, me sentiría como el Judas de sus parábolas evangélicas, y hasta puede que, acosado por los remordimientos, terminara como él, colgándome de una higuera.

—Por Dios, don Conrado, no se me ponga así, pues le aseguro que aquello que yo de mi puño y letra alcanzara a certificar no sería de ninguna manera pecado de mentira, pues los mandamientos que usted ha pregonado toda su vida, y los conozco bien, son tan certeros, justos y recomendados como lo son los mandamientos cristianos, y en tanto se parecen, sobremanera en aquel que los engloba a todos y que se define en el amor a nuestros semejantes, que podrían confundirse en su fundamento esencial, y en cuanto a sus escrúpulos de conciencia, que responden también, permítame que se lo diga, a una tradición cultural cristiana, nada parece que los pueda sostener, pues cualquier estipendio que a usted se le asignara nunca alcanzaría a compensar los merecimientos acumulados en toda una vida entregada a la noble y sacrificada tarea de la enseñanza.

—No insista usted, don Carmelo, y bien que le agradezco su interés, pero demorarse en la vacuidad es malgastar la vida inútilmente. El sol seguirá saliendo allá adonde voy, y tendré cerca la energía del mar, y estará a mi lado Remedios para coserme, con la aguja de la paciencia y el hilo de la devoción, cualquier rotura que en el ánimo me pudiera sobrevenir. Mi sobrino me exhorta a que ponga por escrito mis pensamientos y mis ideas sobre la educación y a que se los envíe a Francia, que él ya encontrará allí manera de publicarlos, y puede que lo haga, que la escritura pudiera ser una buena manera de seguir agarrado al mundo de la enseñanza, lo cual, dicho sea de paso, don Carmelo, sería como seguir habitando en el territorio de la locura, o en el de la infancia, porque cuando uno escribe, de alguna manera, revienta las barandas del puente de las convenciones para lanzarse de cabeza en las caóticas aguas de la memoria o para elevarse hacia la atmósfera de los sueños.

—Escriba usted, don Conrado, sí, escriba usted, porque su capacidad para la expresión está más que acreditada y lo que tiene que decir es mucho, para beneficio de unos lectores que no habrán de faltarle y que, a buen seguro, se mostrarán interesados y agradecidos.

—Lo haré, y si algún día se publica un libro de mi cosecha, tenga por seguro que estará dedicado a usted.

—Es usted un hombre, en el sentido noble y clásico de la palabra, maravillosamente trágico.

—Extravagante definición, señor cura. También usted debería dedicarse a la literatura.

—Qué va, señor maestro. Me falta experiencia y, sobre todo, ingenio, así que a lo más que pretendo llegar es a perfeccionar mis prédicas de los domingos.

—Los viejos, y me refiero a mi persona, no a usted, que todavía anda en el fogoso verano de la vida, somos como árboles pelados, los pájaros ya no vienen a nosotros para alimentarse o para anidar, sino para recoger despojos para sus nidos.

—Benditos sean esos despojos que conforman la sabiduría y la experiencia.

—Árboles desnudos a los que sacuden sin piedad los vientos oscuros. El crecimiento fue lento y hubo desarreglos, claro que los hubo, y ramas partidas, algunas de cuajo, y plagas, y sequías y tormentas, pero también a veces florecieron, y maduraron en ellos satisfacciones abundantes, y el árbol de mi vida, querido amigo, creció enraizado a sí mismo al lado de nobles y entrañables compañeros, como es su caso, aunque también cerca de matorrales enmarañados y enanos, y aquí estoy, desnudo y algo acobardado, pero sosteniendo aún una memoria indemne, en la que permanecen vivas tanto las enseñanzas de poetas y filósofos como las inolvidables y afectuosas conversaciones con los buenos amigos, y también en esa memoria activa, no se vaya usted a pensar que se trata de una memoria selectiva, permanecen presentes los nombres recientes de los bandidos, así que voy a vivir, estos años que me queden, al lado del mar, con memoria, pero sin resentimiento, y sucumbo con emoción a este retiro por todo cuanto aquí voy a dejar, pero sostengo con orgullo y energía el aliento por todo cuanto me espera.

—Me congratula esa declaración.

—Espero que vaya usted alguna vez a verme, cuando acuda a las reuniones con el obispo.

—Cuente con ello, Conrado. Sabe que a mí me tira mucho la mar. Junto a ella nací y mi padre vivió de ella.

—Quiero pensar que me voy por darle una mejor atención a Felícitas, pero en realidad me voy porque aquí ya no puedo vivir de mi trabajo y me obligan a abandonar la vivienda de la escuela, y si bien pudiera decirse que me voy como un vencido, porque siento la sacudida del arranque en la cabeza, tampoco le oculto la existencia en mi ánimo de un atisbo de ilusión ante el cambio que en mi vida se avecina. En todo caso, nunca pensé que en este pueblo se terminaría mi vida, y supongo que a usted le ocurrirá lo mismo.

—En las casas de Peñafonte habita el desasosiego. En todas hay rumores y aleteos que desbaratan los sueños, y de las confesiones que escucho cada día deduzco que la enfermedad del miedo se confunde con el triste asedio de la culpa, y las almas andan heladas, don Conrado, heladas en los angustiosos suspiros de cada noche.

—No hay caminos para los que buscan, ni antojanas para los que esperan.

—Las encomiendas de cada uno se han confundido y el que más o el que menos anda con la respiración contenida, y no encuentro manera, amigo Conrado, de ahuyentar de sus corazones el remordimiento, así que claro que más pronto que tarde, tal como va a hacer usted, emprenderé el camino hacia otra parte. En este último entierro que tuvimos pensaba, mientras responsaba sobre la caja del muerto, que en este lugar el tiempo se sostiene sobre las culpas.

—Por cierto… ¿cómo murió el viejo Delio?

—Como vivió, don Conrado, murió igual que vivió, sin motivo alguno, eso fue lo que certificó el galeno, que Delio murió sin motivo conocido, así que podríamos decir que murió por pura necesidad y que nadie lo echará de menos.

—Desde luego que no.

VISIONES

—Hay muertes que no necesitan lágrimas.

—Para esta muerte, Sebio, sólo hacía falta un agujero en la tierra, ni siquiera había necesidad de una lápida, y se lo digo sin remordimiento alguno. Si por mí fuera, hace mucho tiempo que lo habría tirado a los perros, pero una, aunque no quiera, lleva dentro la dignidad cristiana, y, con tal equipaje encima, anda una como vendida.

—Tu padre, desde el aciago día del crimen, vivió sin vida y sufrió sin llanto.

—¿No lo echará usted de menos?

—No sé si lo echaré de menos, Quiria, pero lo que sí te digo es que acabé tomándole aprecio, y no me duele decirlo, porque el Delio que me encontré no era, en condición alguna, el que en aquel tiempo de diablos trajo a tu familia la desgracia, no lo era. Él se fue y a mí apenas nada me queda, todo se me está muriendo, por fuera y por dentro, absolutamente todo. Noto que cada día hay algo que se me escurre, y también te digo que no me importa nada perderlo.

—¿A qué se refiere, Sebio?

—Recuerdos, intenciones, pensamientos… ¡Son tantas cosas! El carbón que respiré desde bien joven, la madera de castaño que quemé, los fuegos que alimenté, el humo que me curaba la matanza, las tormentas que me amenazaron la vida, los cielos despejados que me obligaron a soñar con otros pueblos, los rebecos que maté furtivamente, la humedad de las paredes y de los huesos, la mujer que me calentó la cama, el olor de los caldos de mi madre en el invierno… Todo eso, Quiria, todo se me está escapando por una memoria llena de agujeros, y sin memoria la vida se queda rota…

—¿Qué es lo que se aleja, Sebio?

—¡Tantas cosas se alejan!… Las puertas que cerré y aquellas con las que me dieron en las narices, las partidas en la taberna de Mauricia y el vino calentado con azúcar y canela, las procesiones solemnes de don Lubencio con las andas de San Roque a las espaldas, las huelgas de nunca acabar, aquel niño que fui al que le gustaba tanto encontrar los huevos de malvís y echar los peñones a rodar por las

cuestas de Cueto Morán, el arcón donde se guardaba la ropa de cama que nunca llegó a estrenarse y que se calcinó en el incendio…

—Me acuerdo bien de aquella desgracia.

—Aquel día el fuego terminó con todo lo de fuera y ahora se termina lo de dentro. Todo se me escapa, Quiria… Hasta el hijo que un día me anunció que pensaba subirse a un barco y cruzar el mar para irse de este pueblo miserable que, según él, y razón tenía, no atendía más que a la puta mina. Quería llegar a América para ser un hombre decente y libre… Así lo decía él y yo no sabía qué responderle. Su madre me lo recriminó toda la vida… Deberías haberle dicho algo, deberías haberlo retenido… Y puede que tuviera razón, pero al campo no hay un dios que le ponga puertas, y, cuando la esperanza se apodera de un corazón, la sangre se convierte en tempestad y empuja con la fuerza de cien caballerías. Pues te digo que hasta ese sentimiento de pérdida que tuve toda la vida con respecto a mi Fabián, hasta eso, Quiria, se me está muriendo. No soy más que ceniza, y te digo que tu difunto padre y un servidor en poco nos diferenciamos.

—¿Tuvo usted alguna noticia de Fabián estos últimos años?

—Ninguna tuve. Ya sé que tú y Fabián tuvisteis algún trato antes de que él se fuera, y a mí me gustabas como nuera, te lo digo como lo siento, y a Etelvina también.

—Lo mío con Fabián no fue más que un pensamiento.

—¿Tuyo o de él?

—Supongo que de los dos. Nos miramos y nos sonreímos unas cuantas veces, y luego, a través de otros, nos dijimos algo, pero nada que nos comprometiera, y al poco supe que él se embarcaba, así que el pensamiento se desvaneció, y no tuve tiempo de pensar en ello, porque llegó Fidel a proponerme relaciones.

—Este pueblo es ya pura ceniza, Quiria. Tu padre tenía razón.

—Es usted el que parece carbonizado, Sebio. En este pueblo quedan padres y madres que tienen hijos, y abuelos que enseñan a sus nietos la historia de la gente, y hay jóvenes que se casan y que empiezan una vida nueva.

—O la puta mina, como decía mi Fabián, o la desidia o la huida… No queda otra cosa, Quiria, te lo dice alguien a quien ya le importa un carajo tanto la muerte como la vida.

—Los muertos no son los más indicados para hablar de la vida, y usted dice que lleva la muerte dentro, así que déjelo estar y no nos ensucie la vida a los demás con su aflicción o su pena o lo que sea eso que siente, que bastante ya tenemos…

—Te pido disculpas…

—Ahora él ya se ha muerto y en la tumba también se quedará

enterrado lo que hizo, y que conste que vengo a verlo a usted por si necesita algo, porque sé que no tiene a nadie, y al verlo la semana pasada en el entierro me entró tristeza y consideración, porque me acordé de Fabián, ya ve usted, se me hizo presente aquel pensamiento viejo, pero no voy a venir a verlo con regularidad, no quiero sujetarme a eso, pero sí quiero decirle que por el panadero puede usted mandarme aviso si precisara de algo, que allá estoy, a una hora de camino, a su disposición, pero no me fastidie más con sus negruras y sus calamidades, que los tiempos que vienen han de ser de mayor fortuna, porque mis hijos irán a estudiar al seminario, y no entrarán en la mina, y mi hermana Raida recibió ayer la noticia de que Urbano sale por fin de la cárcel, pues los trámites de don Carmelo dieron buen resultado, y mi hermano Delmiro y otros de la cuadrilla se marchan por fin para Francia, que quiera Dios que pasen sin novedad la frontera, y creo que la viuda Dulce se irá detrás de él en cuanto lo venda todo, así que, desde que mi padre murió y con él se enterraron los malos augurios y las derivaciones del crimen, pues todo parece que llega por un camino real…

—Como a campana tañida…

—Eso es, así que habrá que aprovechar el viento de los favores, que bien puede valer el cielo, y usted déjese ya de lamentos, que no anda tan mal de salud, y disfrute de la vida que le quede… Aquí está bien atendido, Sebio, que yo lo sé, y duerme en paz y come caliente. Otros habrá por aquí con los que usted pueda conversar y andarse entretenido. Me dijeron que acaban de ingresar Telmo y Venancio, los hermanos que vivían en la casa del camino de Casares. Deben de ser de su quinta.

—Lo son, pero llevan años sin tratarse entre ellos.

—Pero usted puede tratar con los dos, una vez Telmo y otra vez Venancio, doble entretenimiento. Debe usted conversar y pensar en lo bueno que tuvo la vida, y no dejarse apagar como la luz de una vela. Válgame Dios… Dejarse morir es pecado mortal y además una tontería, así que ya lo sabe, mándeme el aviso si necesita algo.

—Mira, Quiria, ya que tienes conmigo tanta consideración, quiero decirte algo que lleva años pesándome como la Cruz de Cristo, y ya ves que tengo el ánimo muerto, pero de la cabeza estoy bien, así que no vayas a pensar que son fantasías de viejo. Te lo voy a decir, porque ya no me quedará mucho tiempo y nunca se lo dije a nadie, ni siquiera a tu padre se lo dije, así que tú serás la primera en saberlo. La noche anterior al incendio las vi pasar en procesión, con sus ropajes largos y oscuros y sus luminarias, chapoteando en el barro y en silencio…

—¿A quién dice que vio?

—La luna, aunque estaba rota, les hacía las sombras. Las vi desde el balcón de mi casa. Llevaban las cabezas cubiertas. Fue sólo un

instante, el tiempo que tardaron en recorrer las dos primeras vueltas del camino que va desde el huerto de la viuda Dulce hasta la fuente, y pensé que venían a buscarme a mí, eso pensé, y me acordé de las historias que contaba mi madre…

—¿De quién habla, Sebio?

—Estaba empezando a amanecer y eso debió de ser lo que me amparó. El que no se libró fue Tomás, el padre de Amelia, que apareció muerto sobre las losas de la cocina. A mí no me llevaron, pero a la noche siguiente prendieron fuego a mi casa, que así las gastan las ánimas cuando se juntan, porque andan removidas de conciencia y no aguantan el ansia de hacer sufrir.

—Vamos, hombre, déjese usted de supercherías y cábalas. Serían los vencidos que volvían de la guerra con los gabanes puestos y las cabezas caídas. Serían los soldados, tristes y rendidos, que iban camino de los escondites del monte. Ésos serían, Sebio, ésos serían, que lo tengo a usted por un hombre cabal y lo de las estantiguas no es más que una leyenda vieja que no merece un solo desasosiego. El viejo Tomás se cayó por la escalera, porque ya andaba muy torpe, y la casa de usted se quemó porque saltaría una brasa de la lumbre hasta el lienzo del escaño o porque dejaría la vela consumirse sobre el mantel de la mesa. Vaya usted a saber. Ahora eso ya da lo mismo, y no le conviene andar revolviendo en la ceniza, pues lo que es del río el agua se lo lleva, así que déjese de anuncios sobrenaturales y de procesiones de almas en pena, que lo que le toca es vivir en paz los años que le quedan. Seguro que aquello que pasó por el camino de la fuente fueron los vientos de la mala noche.

—Viento había…

—No hablo de vientos que vienen de fuera, como el aquilón o el gallego, o como el aire de las castañas. Los vientos de la mala noche brotan de la misma tierra, y por eso son ásperos y oscuros y levantan las raíces y las ideas, y dejan las cabezas desprotegidas y dispuestas a componer imágenes inconvenientes.

—Mi Etelvina decía que ese viento escarbaba los huesos hasta secarlos.

—Pues eso…

—No te hablo de vientos, Quiria, ni de unos ni de otros, que los conozco bien… Lo que vi, lo vi, y en la memoria lo guardo, y te digo que eran figuras que no caminaban como seres conocidos.

—Esos vientos de la tierra conforman unas manchas que se mueven como si fueran nieblas. Ellos trastornaron a Mauricia Costales, que llegó a imaginar a su difunto marido Orestes pidiéndole explicaciones a cada instante, y son los vientos que compusieron aquellas sombras del huerto rectoral que a don Lubencio le parecían

los espectros de sus antepasados.

—Te digo que no fueron esos vientos.

—¿Y por qué viene usted ahora con esos cuentos tan viejos?

—Porque la noche que murió tu padre volví a verlas otra vez.

—¡Ay, Dios!

—Te lo juro por mi Etelvina. Otra vez las vi… Pasaron junto a las tapias, y no sé cómo las pudieron atravesar, y eran tantas que me escondí antes de que terminaran de pasar, y formaban una hilera larga y triste, tan larga y tan triste como mi vida, y me apretaba tanto el corazón que tuve que llorar.

—¡Ay, Virgen Santa, está usted perdiendo la cabeza!

—Sí, Quiria, tuve que dejar que me salieran las lágrimas, y miré a la luna, que andaba por allí rodando, por encima de los tilos, aunque parecía rota, igual que aquel otro día, partida por la mitad, y la miré como se mira a quien te atiende todos los días, porque a mí siempre me alivió contemplar la luna, sobre todo cuando rueda por encima del mundo, pero fue mirarla y ya una nube la tapó, y fui a buscar a tu padre para contárselo, pero sólo encontré un bulto encogido y acurrucado contra los cestos donde las monjas guardan la ropa de las camas.

—¡Ay, Dios!

—Supe que estaba muerto y que habían sido ellas, porque las había visto pasar por las orillas de los muros, silenciosas y con los gabanes puestos, como aquella otra vez, y no me hables de los vientos de la tierra, Quiria, no me hables de los vientos de la mala noche, porque la noche estaba tan quieta como la Peña del Cuervo, quieta como si la luna hubiera aplastado el cielo contra la tierra. Te digo yo que eran las almas. Igual se colaron por los socavones que dan al río. Ellas no precisan de agujeros grandes, ni siquiera precisan de agujeros, y antes de avisar a las monjas me fui a sentar junto al tilo, al banco donde tu padre y yo pasábamos las horas conversando, y allí sentado, aquella noche del tránsito de las almas, aquella noche, Quiria, en que murió tu padre, una a una fueron pasando ante mí las mujeres de Peñafonte, figúrate tú, y esto ya sí que te digo que fue una visión.

—No me cuente usted esas cosas que voy a pensar que se ha trastornado.

—Un descalabro del pensamiento… Eso sí que pudo ser obra del viento malo de la tierra, aunque aquella noche no hubiera viento… La cabeza me ardía… Como si los recuerdos hubieran tomado cuerpo, y subía y bajaba la cabeza, y me la sacudía, y cada vez que subía la cabeza se presentaba ante mí una nueva figura.

—Un mal sueño tuvo usted… Eso fue lo que pasó…

—Todas más flacas y tristes de lo que fueron en vida. Etelvina

llevaba el vestido negro que estrenó para nuestra boda, pero su pelo ya estaba completamente blanco, y mi madre llegó detrás de ella quejándose y a tientas, y la niña Clara Luz, la hija de Rufo, se atrevió a preguntarme por Juan Damasceno, figúrate tú, qué le iba a decir yo, tantos años que lleva muerto, pues murió poco después que ella, pero ella no debía de saberlo, y Úrsula, la madre de Juan, que habrás oído decir que dormía siempre con los ojos abiertos, pues los llevaba cerrados, y pasó también ante mí la pobre Calamanda.

—¿Qué Calamanda?

—La madre de los hijos del cura Belarmino, y después llegó Plácida, la madre del tonto Alarico, y te digo que, de tanta tristeza como desprendía, la piel se le volvía transparente, y Constantina, la mujer de Laureano, tan tísica de cuerpo y alma como en vida, intentó acariciarme la cabeza, y yo no sentía rechazo hacia aquello que veía, como si cada una de ellas viniera a ofrecerme el pésame y el consuelo por la muerte de tu padre, y a Julia Odalisca le pregunté cuándo se había muerto, porque yo pensaba que seguía viva, y me dijo que ni ella misma lo sabía, y ya sabes que cuando su hijo Adrián se mató en la mina ella perdió la mirada y la voz, y llegó después la vieja Angustias, con los huecos de la nariz adobados de barruntos de tanto olfatear catástrofes, y algún refrán quiso decirme, pero no le alcanzó la voz, y sentía yo mucha paz con aquella visión.

—Eso mismo… Una visión, una mala visión…

—Así te lo digo, Quiria, hasta cuando vi a la vieja beata María Felicia, con aquel bocio blando que le colgaba como a los pavos, hasta con ella sentí la paz y mira que me ofendía aquella mujer.

—A mi hermana y a mí nos jodió la vida con sus maledicencias.

—Y detrás de ella llegó Blandina. Llevaba en la mano el cepillo de púas con el que le rascaba la espalda a su hermano Lubencio, y pasó Emelinda, la mujer de Tomás, la que murió en el incendio de la Peña Grande, toda chamuscada y humeante, y yo bajaba y subía la cabeza, y aquello era mucho más que una procesión, era mucho más que un delirio, aquello era como un abrazo postrero y maternal que me ofrecía la memoria para aliviarme, y levanté la cabeza y allí estaba Delaira, aquella pobre mujer a la que maltrataba Lucio Pelayo y que murió en el patio de la viuda Dulce cuando nos llovió la bomba, y después de ella venía Cándida, la abuela visionaria de María Casta, que predijo la muerte de Antonio Cánovas en el balneario de Santa Águeda y muchas desgracias más, y le hice un gesto a Cándida con la cabeza para que me contara la última de sus predicciones.

—¿Y se las dijo?

—Me dijo que viviría… Vivirás, eso me dijo… En el fondo fue como no decirme nada, porque vivo sabía que estaba, trastornado por la visión, pero vivo, y pasó ante mí Gudelia, la mujer del árabe

Ibrahim, la más hermosa del mundo en vida y también en muerte, te lo puedes creer, llevaba el vestido de flores y la banda de papel brillante con la que recorría las ferias, y después pasaste tú.

—¿Qué me está usted diciendo, Sebio? ¡Calle, por Dios!

—Cuando ya me levantaba para ir a avisar a las monjas, pasaste tú. Fuiste la única mujer viva que aquella noche pasó ante mí, aunque llevabas la cabeza ensangrentada, pero pasaste muy apurada y sólo pude distinguirte por el perfil, y por eso te mandé a buscar.

—Me está usted asustando. A mí nadie me vino a buscar. Vine porque se me ocurrió venir, como le dije, por lo triste y abandonado que lo vi en el entierro de mi padre… Me estoy poniendo nerviosa… No comprendo muy bien a santo de qué me cuenta todo esto.

—Tampoco yo sé a santo de qué llegué a imaginarlo. Durante toda la procesión de las mujeres permanecí inmóvil, sólo bajando y subiendo la cabeza, ligeramente, despacio, sabiendo que no podían ser verdad aquellos espíritus vivientes, pero sin poder quitármelos de encima, y cuando tú pasaste, que como te dije fuiste la última, exhalé un suspiro, una mezcla de desesperanza y de rendición, y entonces todo se desvaneció, y la luna volvió a salir de detrás de la nube y alumbró el patio y los tilos y se dispuso otra vez a rodar sobre el silencio del mundo.

—¡Está usted listo!

—Y ahora que lo pienso, a la que no vi pasar fue a tu madre.

—Mi madre fue la última que vio usted pasar manchada de sangre, y seguro que la confundió conmigo, pues nos parecíamos mucho… Pero no sé lo que estoy diciendo, que va usted a trastornarme con tanto sueño y tanta fabulación, y me parece a mí que no está tan bien de la cabeza como yo pensaba. A ver a santo de qué lo van a visitar a usted, aunque sea en sueños, las mujeres de Peñafonte.

—Ay, hija, eso quisiera yo saber.

—Vamos a dejarlo.

—Será mejor… Mira, Quiria… Quisiera que echaras estas cartas al correo. Son todas para Fabián. Es la misma carta reproducida para enviarla a cada una de las direcciones que conservo de él. Igual alguna le llega, si es que todavía continúa vivo.

—Voy a enviarle esas cartas y voy a hacer algo más. Hablaré con don Carmelo para que haga llegar el interés por su hijo a la Embajada Argentina.

—Ando con las espaldas dobladas y con los brazos caídos esperando lo que tú bien sabes, así que sólo me queda la gratitud de los vivos… Estos gestos que tienes conmigo pesan tanto como la propia vida.

—Se va a quedar usted con estas rosquillas de anís que hizo mi

hermana Raida para que se las tome con el café de la mañana.

—Escucharte decir que de alguna manera te vas a preocupar por mí supone una prerrogativa con la que no contaba, pues en nada se corresponde tu disposición con la soledad que vengo sufriendo desde la muerte de mi Etelvina, y quiero manifestarte mi deseo de reescribir el testamento para dejarte en herencia el solar de la casa quemada, la mata de Rocellanos y el huerto…

—¿Qué dice usted?

—Cuenta con ello, Quiria. No vale mucho, pero es lo que tengo, y tampoco es cuestión de que se consuma en el abandono de las ortigas o que se lo quede el gobierno.

—Tiene usted un hijo.

—Ojalá lo tenga, pero si lo tuviera es seguro que él nunca volvería al pueblo. De aquí se fue para no volver.

—¿Y las cartas?

—Pura necesidad de saber si sigue vivo.

—No quiero que murmuren.

—Por caritativo afecto eres ahora mi única parentela. Te dejaré unos duros que guardo para el entierro. Quiero que me entierren en el mismo agujero en el que está Etelvina, y no pienses que tengo prisa, y menos ahora que sé que alguien estará ocupándose de mí, aunque sea en la distancia. Cuando llegue la muerte, llegará. Ya una vez quise correr más que la suerte y salí escaldado como los gatos que caen al agua de pelar los cerdos. Dolores no tengo, y el ánimo lo echaré adelante.

—Pero anda usted sufriendo de visiones.

—Siempre tuve una memoria justa, una memoria de lo bueno y de lo malo, pero desde el día en que volví al pueblo para asistir al entierro de tu padre todo lo que me pasó en la vida me llega desbocado a reclamar presencia, y no por el camino ordinario de la cordura, sino en forma de imaginaciones y sueños, así que no te voy a negar que ando un poco aturdido…

—También anda aturdido el mundo, Sebio. Usted está aquí recluido entre monjas benefactoras y nada sabe de lo que ocurre fuera. Tal vez se lo imagine, pero no parece que tenga usted, que se diga, la imaginación muy saludable últimamente. Tengo la sensación de que andamos todos soñando, incluido usted… Sí, Sebio, soñando el sueño que tiene sobrecogida a esta patria o nación o lo que sea, y las estantiguas que imagina no deben de ser otra cosa que los remordimientos que flotan en el aire, infectado por tantos muertos escondidos, por tanta infamia repartida en miles de familias, templadas muchas de ellas y temerosas de Dios. Su sueño es el sueño de esta nación, que no termina de curarse del mal del desagravio, así

que puede que tenga razón y ande el mundo abarrotado de estantiguas que van y vienen buscando la razón por la que perdieron la vida. Serán las almas de todos los muertos que deberían seguir vivos y de tantos vivos que andan tropezando con la mala suerte y huyendo de la voluntad del hombre que camina bajo palio, concienzudo y altanero, del hombre que nadie se atreve a nombrar sin sentir que se estremece la tierra, así que la fiebre que padece su memoria es la fiebre de la peste de la guerra de nunca acabar, es una fiebre que quema más que el sol y se pega al ánimo como el barro de hacer los cántaros. En fin, que me estoy desviando… Ando estos días más enojada que de costumbre y muy preocupada.

—Acabas de perder a un padre.

—Ya le dije, Sebio, que no me hubiera sentido triste ni aunque se lo hubieran comido los perros. Muerto está, porque muerto estaba y poco pagó para lo que hizo. Mi preocupación viene por otro camino. Mi hermano Delmiro acaba de partir para intentar llegar hasta Francia, y no sé si lo conseguirá, y, si lo consigue, tal vez nunca más pueda volver a verlo, así que ya ve usted, la alegría se vuelve enseguida abatimiento, y mi hermana Raida, a la que quiero más que a mi vida, también se va en busca del arriero Urbano, que la quiere hacer su mujer y también se la quiere llevar a Francia, que digo yo que qué tendrá esa Francia, válgame Dios, con lo bien que podríamos estar todos aquí unidos, ahora que ya no está el que tanto nos estorbaba, aunque cierto es que hay otro que está muy alto, aunque es de poca estatura, y estorba más que una peste negra.

—Sé bien a quién te refieres…

—En fin, Sebio, que todo está muy confuso, pero vamos a vivir, a pesar de los contratiempos y a pesar de esos fantasmas que no dejan de restregarnos su victoria por los morros, a pesar de eso, vamos a vivir, usted aquí tan a gusto, sabiendo que estoy pendiente de usted, y yo atendiendo a mi Fidel, que es el hombre más justo de la tierra, y a mis hijos, que ojalá les pinte bien el seminario y terminen algún día como ministros de Dios, al menos uno de ellos, que tal como están las cosas, no habrán de encontrar una profesión mejor.

—¿Sabes una cosa, Quiria?

—¿Qué?

—El tiempo está tan quieto que el vino no envejece y no se agria la leche. Lo decía siempre mi padre, mientras fumaba el cigarro de la noche.

—El tiempo, Sebio, vuela, y es menester despacharlo todo deprisa. Fíjese que parece que acabo de llegar y ya llevo una hora platicando con usted.

—Y no sabes cómo te lo agradezco.

—Ande, guarde estas rosquillas que cocinó Raida para usted y recójase ya, que a mí me espera Fidel con el carro para llevarme al pueblo.

—Que Dios te bendiga, Quiria, que Dios te bendiga, y no te olvides de las cartas.

ORILLAS

—Ando como si desandara.

—Pero andas, Caparina, andas…

—Siempre quise ir un poco más allá, ya sabes, recorrer esos pasos que lo separan a uno de lo que no puede ser.

—Los Pirineos ya están a la vista.

—No me refiero a eso, Delmiro. Te hablo de otras distancias. Son inmensas y no miden, sin embargo, más que un palmo. Son las mismas que recorrieron los sabios y los filósofos, pasos breves, pero gigantes. También se atrevieron con ellas algunos revolucionarios, e, incluso, no hay motivo para negarlo, algún que otro religioso de esos que llamaron místicos. Es como el movimiento ligero de la buena gente en dirección a los otros, porque en el fondo, a ti te lo puedo decir, siempre quise pertenecer al grupo de la buena gente. Mi padre me advertía siempre que para cambiar el mundo, no hacía falta moverse más que un palmo. Él me llamaba Jacobo, nadie más que él me llamó Jacobo. También repetía muchas veces que poco es más que todo. Por mirar hacia un paraíso que no existe ignoramos las orillas… No las advertimos o no las comprendemos. Ahora sé, Delmiro, que la revolución depende de los detalles, de esos pasos a la vez tan breves y tan gigantes.

—Si te soy sincero, Caparina, en este preciso instante no sé de qué coño me hablas.

—No comprendemos las orillas de nuestra tierra, de la patria que nos dieron. No comprendemos nuestras propias orillas, y ésa es nuestra condición, Delmiro… Nuestra condición es la condición de nuestras orillas. Tu padre era para ti una orilla, y Dulce Nombre es otra orilla, y nosotros, el grupo, somos también orilla de tu vida, y tu pasado en el seminario y el futuro que ya imaginas en Francia… Ésas son algunas de tus orillas.

—Ahora lo voy entendiendo…

—Y también son orillas los hijos que no tuvimos o las promesas que no pudimos cumplir. Todo está lleno de orillas y el centro no se divisa. Puede que no exista más que eso…

—¿El qué?

—Desamparo, intemperie y orillas.

—Venimos desnudos al mundo… Siempre repetía don Carmelo que el mundo se sostiene porque unos visten a otros, o sea, por la bondad. Ahora vamos en busca del amparo.

—Vamos en busca de una orilla diferente, de una orilla donde la arena no nos trague la vida. No sabemos si esa orilla que nos espera será la de la resurrección, o la de la generosidad, o la de un nuevo desamparo… Y te digo una cosa, Delmiro, puede que la anarquía no consista en destruir el centro, sino en juntar todas las orillas, aunque en esto te confieso que ando un poco confundido.

—Para confusión la mía, y no precisamente por causa de los principios del anarquismo.

—Mataste a tu padre…

—Lo maté muchas veces. Anduve muchos años matándolo… Me pasó como a aquel personaje de la novela rusa de la que me hablaste. En Francia pienso leerla.

—*Los hermanos Karamázov*…

—Muchas veces lo maté, pero la última sólo bastó con soltarle a la cara mis propósitos y ya él se dejó llevar… Estoy triste, Caparina, estoy jodidamente triste…

—¿Por lo que dejas?

—Por la claridad con la que estos días estoy viendo lo que fui y lo que no fui.

—Ahora sólo importa lo que seremos… Sólo importa esa claridad que ya se adivina por encima de los montes y que viene del otro lado, de la otra orilla… Ahora sólo importa eso, Delmiro.

—En el seminario había escrita una frase en el dintel de la puerta principal. Estaba escrita por dentro y la podías leer al salir, al marchar. CLARITAS EST LUMEN VITAE, ésa era la frase, y quería decir que la claridad que te esperaba más allá del umbral era algo así como la luz de la vida.

—¿Sabes cómo llamaba mi tío Conrado a esa claridad?

—¿Cómo?

—El agujero de respirar.

—Nos expulsan, Caparina, nos empujan como si fuéramos apestados.

—Nunca pertenecimos a nada, sólo a esa orilla que de ninguna manera supimos explicar.

—Andas tú hoy un poco insistente con eso de las orillas.

—Pudiera ser… En cualquier caso, Delmiro, en algún lugar existirán el amparo y la hospitalidad… Creo que vamos en la buena dirección.

—Vamos en la única dirección posible.

—Al menos el asunto de tu padre ya no te ocupa el pensamiento.

—¿Sabes, Caparina? En realidad no sabía nada de mi padre. No lo reconocí. Fui en busca de la idea que tenía de él y me topé con un despojo humano… Él se iba a la mina antes de que amaneciera y cuando regresaba, por la tarde, yo estaba en la escuela. Después, por la noche, volvía siempre borracho de la taberna. Un hombre tiene que ser algo más que eso… Hasta él tuvo que ser algo más que su trabajo y sus borracheras…

—Ya es tarde para que te hagas esas preguntas.

—Le tenía miedo, porque nunca sabía hasta dónde llegaban sus arrebatos. A veces me pegaba y nunca conocía el motivo, pero me provocaba más terror que le pegara a mi madre. A mí me golpeaba con el cinturón y a mi madre con la mano y con las palabras. Cuando no estaba furioso tenía la mirada perdida en el vacío. Ahora pienso que no sabía nada de él… Somos muy vulnerables, Caparina…

—Cierto… A la intemperie, al desarraigo, a la derrota… Por eso buscamos amparo… Hablando y hablando ya casi llegamos al punto de encuentro.

—No vamos todos…

—Rogelio prefirió el agujero y Melquíades… Joder, qué mala suerte tuvo Melquíades con la puta pierna…

—Tiene para tiempo… La mujer sin nombre que lo espera en Francia asomada al balcón de las flores tendrá que esperar… ¿Qué es lo que hacemos, Caparina? ¿Qué demonios hacemos? ¿Huimos o regresamos?

—Nos habíamos hundido tanto, Delmiro, que cualquier camino será un camino de regreso… Es como dudar y desandar al mismo tiempo…

—Regresamos a un lugar que no conocemos.

—Como si nos viniera persiguiendo aquello que no pudimos encontrar.

—Joder, Caparina, como siempre, me estás complicando los pensamientos. Vamos a dejarlo por hoy, que ya está aquí la luz del día y sólo nos quedan dos noches para pasar a Francia.

—Esta vez tuvimos una noche luminosa y cálida. En ningún momento se rompió la luna. ¿Acordaste el futuro con Dulce Nombre?

—Lo acordamos. Sólo falta el consentimiento del hijo. Oye, Caparina… ¿Cómo se puede desear aquello que jamás se tuvo? Tú piensas bien y anduviste en la universidad, así que algo sabrás…

—Eso es el deseo, Delmiro. El verbo desear procede de una palabra latina que tiene que ver con la contemplación de las estrellas, así que el deseo vendría a ser algo así como echar en falta en el cielo esa estrella que nunca vimos, anhelarla aunque nuestros ojos no la hayan

visto jamás.

—¡Joder, Juan Jacobo Varela Caparina, cómo me gusta escucharte! Me gusta escucharte hasta cuando me confundes los pensamientos… Allá en Francia deberías dedicarte a la enseñanza…

—Mira, Delmiro… Aquella luz que se mueve arriba y abajo es la señal del enlace que nos espera.